


JAZMIN®

360 ptas. • Argentina: $2.70 • México: $10.00

HISTÓRICA

# Desafío del destino

Sally Blake

# Desafío del destino

Sally Blake

**Desafío del destino (1999)**
Titulo original: A gentleman´s masquerade
Editorial: Harlequin ibérica
Colección: Jazmín 1426

ARGUMENTO:

Después de la muerte de su padre en 1912, Lauri Hartman decidió usar su herencia para ir a visitar a sus parientes de Devon, pero, desde luego, ella siempre tuvo la intención de volver a Boston, su ciudad natal, y su idea era distraerse y no contraer matrimonio...

Por eso, la inmediata atracción que sintió por su vecino Steven Connor no dejaba de sorprenderla. Cuando su tía cayó enferma, Lauri decidió quedarse algunos días más en Devon para ocuparse de ella, con lo que se vio obligada a cancelar el pasaje que tenía para el Titanic. Cuando supo el trágico final que el destino tenía reservado para el trasatlántico, Lauri quedó muy impactada y el hecho de haber estado tan cerca del desastre la unió, todavía más, a Steven.

De hecho, ella esperaba que un día u otro, Steven le propusiera que unieran sus vidas y no llegaba a entender por qué se estaba demorando tanto...

NOVELAS CON CORAZÓN
Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A. Hermosilla, 21 28001 Madrid

DESAFÍO DEL DESTINO, N° 1426 - 14.7.99
Título original: A Gentleman's Masquerade
Publicada originalmente por Mills & Boon, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 84-396-7330-2
Depósito legal: B-24933-1999
Editor responsable: M. T. Villar
Diseño cubierta: Mana J. Velasco Juez
Fotomecánica: PREIMPRES1ÓN 2000
C/. Matilde Hernández, 34. 28019 Madrid
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSES, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 11.12.99
Distribuidor exclusivo para España: M.I.D.E.S.A.
Distribuidor para México: INTERMEX, S.A.
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRÁN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed. / Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía., S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

## CAPÍTULO 1

AHORA que ya te has instalado después de tu viaje, quiero que conozcas a todos nuestros vecinos, querida -dijo Lady Hartman-. Sobre todo a los chicos Connors.

Su voz reflejaba cierto regocijo mientras tomaba un almuerzo informal con su sobrina en el invernadero y tuvo que reconocer a regañadientes que la vitalidad de la joven la estaba dejando sin fuerzas. Cierto que Lauri era un encanto, pero también tenía un dinamismo propio de todos los norteamericanos. ¿Y por qué no iba a tenerlo, pensó Helen Hartman a continuación, si la costa de Devon era nueva para ella? Debía de parecerle tan relajante comparada con el bullicio de Boston y el largo viaje en barco hasta Inglaterra...

-Quiero conocer a todos tus amigos, tía Helen -dijo Lauri con interés-. Pero, ¿qué tienen de especial esos chicos?

Lauri disimuló una pequeña sonrisa, preguntándose quiénes podrían ser. Seguramente unos colegiales traviesos que sus tíos consideraban una compañía apropiada para una joven que acababa de liberarse de las garras de su tutor y que necesitaba un poco de diversión.

Los mayores nunca pensaban en ella como en una adulta, pensó, aunque era la primera vez que conocía a aquellos parientes británicos. Y estaba agradecida por el afecto mutuo que había surgido al instante por ambas partes. Su tía se rió ante su pregunta.

-Enseguida lo sabrás, querida -dijo en tono misterioso-. Todos estamos invitados a ir a cenar a Connors Court esta tarde.

-¿Connors Court? ¿Esa finca tan grande de la costa que vimos de camino aquí?

-Efectivamente -asintió Lady Hartman.

-Entonces, siendo un lugar tan grandioso, será mejor que busque algo apropiado que ponerme.

-Te pongas lo que te pongas, estarás preciosa -dijo su tía, y contempló con melancolía el cuerpo curvilíneo y las mejillas sonrosadas de la joven. Tiempo atrás, ella también había sido así... Vio cómo su sobrina estiraba sus largas piernas, tan elegantes con las medias de estilo neoyorquino, y anticipó su siguiente pregunta.

-¿Crees que el tío Vernon me dejará usar uno de sus automóviles? Me gustaría explorar el terreno. Te aseguro que sé conducir. Mi padre me animó a aprender.

-Debes preguntárselo tú, Lauri, pero no creo que haya ningún problema. Seguramente, tu tío ya se lo imagina, e incluso creo que le hace ilusión.

Sus ojos centellearon al hablar y, por un momento, Lauri tuvo una visión de la encantadora mujer que había sido su tía antes de volverse

tan frágil. Su pariente sanguíneo era su tío, pero aquellos ojos de color azul claro eran la marca de la familia Hartman. Sus padres los habían tenido, y ella también... Rodeó la pequeña mesa y le dio a su tía un rápido abrazo.

-Me alegro tanto de haber venido a Inglaterra -dijo con su acostumbrado candor-. Mi padre siempre quiso que te conociera... -se quedó callada, y las dos supieron que había recordado que, gracias a la herencia de su padre, había podido hacer aquel viaje. Helen habló con energía.

-Lo sé, Lauri, y puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras.

-Eres un cielo, tía Helen, pero ya sabes que tengo el pasaje de vuelta reservado para el diez de abril, así que pretendo ver lo más que pueda de tu hermosa costa antes de esa fecha.

–Bueno, nadie podría negarte la emoción de volver a Nueva York en el primer viaje del Titanic -reconoció Lady Hartman-. Si mi salud me lo permitiera, casi desearía acompañarte. Pero si alguna vez quieres quedarte en Devon, sabes que éste es tu hogar.

Mientras tomaba un chal para protegerse del aire frío de marzo, Lauri no pudo evitar pensar en la suerte que tenía de haber encontrado dos familiares tan maravillosos. Después de la muerte de su padre, y tras completar su educación con su tutor como había sido su deseo, había decidido viajar durante un tiempo antes de decidir qué haría después. ¿Y qué mejor que empezar explorando la costa de Devon, donde se había criado su padre? Era una joven norteamericana de pies a cabeza, pero sus raíces estaban allí.

Emprendió el camino hacia las cocheras, donde siempre estaba metido su tío. A pesar de su riqueza y posición en la comunidad, era un nombre práctico, y tan opuesto a su padre como nadie podría imaginar. Mientras que un hermano había sido un estudiante serio y había aceptado un puesto de investigación en una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos, donde había conocido y se había casado con la madre de Lauri, el otro no era feliz sino hurgando en las tripas de un coche. Pero se había hecho rico con su don para la mecánica y las patentes de sus ideas innovadoras.

-Bueno, querida -dijo Lord Hartman, emergiendo de debajo de un capó con una sonrisa complacida al verla aproximarse-. ¿Cuál de mis hermosas criaturas quieres probar?

-Debo de parecerte un libro abierto, tío -rió Lauri-. ¿No vas a objetar nada? La mayoría de los hombres son muy celosos con sus coches.

-Pero sé que te mueres por probar uno de mis juguetes. Detecto en ti la misma ansiedad que yo siento cuando me muero por sentarme

detrás del volante y sentir el poder del motor.

-No sé si eso me hace parecer muy femenina -bromeó Lauri.

-Nadie podría acusarte nunca de no ser femenina -comentó su tío, y Lauri se ruborizó bajo su mirada de admiración. Era alta y elegante, y tenía el pelo de un tono rubio impactante. Llamaba la atención donde quiera que fuese, tanto si lo quería como si no, y no siempre era una situación tan cómoda como la gente creía. A veces deseaba ser bajita y morena y anónima... ¡pero sólo algunas veces!-. Bueno, entonces –prosiguió Lord Hartman-, te sugiero que pruebes el orgullo de Henry Ford, ya que sospecho que será el modelo que te resulta más familiar.

Lauri contempló el modelo T con su línea elegante y asientos de cuero gris y asintió. Uno de los amigos de su padre tenía uno igual y el automóvil no guardaba secretos para ella. Subió al coche y deslizó las manos por el volante con un gesto casi sensual. Le encantaba conducir, y explorar una costa desconocida sería toda una aventura.

-Cuidaré de él, te lo prometo -le dijo a su tío mientras ponía en marcha el motor-. Quiero recorrer un poco la costa y ver tranquilamente el mar.

-Ve hacia Sidmouth -la aconsejó su tío, mostrándole el lugar en un mapa que había sacado de la guantera del coche en el que trabajaba-. Encontrarás algunos salones de té, si es que te apetece tomar algo.

Lauri dijo que lo haría, consciente de que era la dirección en la que pretendía ir. Connors Court aparecía claramente señalado en el mapa, a unos quince kilómetros de la casa de sus tíos, y sentía curiosidad por echar una ojeada al lugar.

Se alejó de los confines de la propiedad Hartman a velocidad moderada, consciente de que su tío la estaría observando, pero, en cuanto desapareció de su vista, aceleró. El coche rodó por la carretera ondulada mientras Lauri inspiraba el aire aromático con una sensación parecida al éxtasis.

-¿Qué demonios está haciendo? -oyó que le gritaba una voz furiosa.

Antes de que tuviera tiempo de pensar, o de levantar el pie del acelerador, vio que algo enorme y oscuro se elevaba frente a ella y pisó el freno con fuerza, deteniendo el coche con un chirrido.

Un caballo enorme resoplaba sudoroso junto al vehículo mientras el hombre que lo montaba con arrogancia, como si fuera el dueño del mundo, luchaba por controlarlo. La miró con enojo. Era un hombre apuesto, pensó Lauri fugazmente, pero su atractivo se perdía en la furia que desplegaba en aquellos momentos.

-No sé de dónde ha salido, pero el que la enseñó a conducir debía

de estar loco -gritó.

-Lo siento, no lo había visto -empezó a decir Lauri con voz trémula, consciente de ser la culpable.

-¿En serio? -repuso con sarcasmo-. Pues si no reconoce a un caballo cuando lo ve, debería llevar gafas y, desde luego, no debería conducir si no sabe respetar el código.

-Oiga, ya le he dicho que lo siento -Lauri empezó a sentir que su propio genio se despertaba ante la rudeza de aquel bruto-. No ha sufrido ningún daño, ¿no es cierto? En el futuro tendré más cuidado.

Y también tendría cuidado de alejarse de jóvenes malcriados y sin modales, pensó con aspereza. Se dio cuenta de que el hombre la estaba mirando con más atención y que había entornado los ojos.

-Éste es uno de los coches de Lord Hartman, ¿verdad? -le dijo con brusquedad-. Entonces, usted debe de ser...

Lauri se cuadró de hombros y lo miró con enojo. No estaba dispuesta a reconocer su identidad, aunque aquel hombre creyera conocerla. Que pensara lo que quisiera. Habló con el mismo sarcasmo que él.

-Debo de ser una ladrona de automóviles, y acabo de tomar posesión de esta hermosa criatura. Así que, si eso le hace sentirse mejor, por favor, informe a Lord Hartman de hacia dónde me dirijo.

El hombre se inclinó hacia atrás en la silla con una sonrisa sarcástica en los labios.

-Tal vez lo haga -le dijo. Lauri pisó el acelerador y, a medida que el coche se alejaba, rezó para que no la siguiera, y también para que no hiciera caso de su loca sugerencia. Pero cuando volvió la vista, Lauri vio que el jinete se alejaba a campo traviesa, y no precisamente en la dirección de la propiedad Hartman.

Sintiéndose humillada, redujo la velocidad, preguntándose cómo había podido enemistarse con alguien tan rápida e inintencionadamente. Se enorgullecía de ser buena conductora, pero también era cierto que no estaba acostumbrada a aquellas carreteras estrechas ni a los frecuentes cruces con caminos de tierra.

Condujo con más precaución, y afortunadamente no se cruzó con otras personas o vehículos, lo que hizo que sus nervios se tranquilizaran mientras salvaba la distancia que la separaba de Connors Court. No estaba interesada en explorar pueblos o ciudades. Por pintorescos que fueran, sólo eran conjuntos de calles y edificios, pero una verdadera mansión semejante a un pequeño castillo era algo insólito para Lauri.

Aparcó el coche al borde de la carretera, en un punto desde el que podía contemplar la ladera ondulante, el lago que había a la entrada de la finca y la montaña de piedras vetustas que conformaban la

mansión. Rodeada de jardines y arbustos, brillaba a la luz del sol y era increíblemente hermosa. Allí se respiraba a dinero, a herencia y a clase.

Lauri oyó un traqueteo a su espalda que rompió la paz de la tarde. El hombre alto del coche que se había parado detrás del suyo llevaba gafas y gorra de automovilista y no podía distinguir su rostro. A pesar de que conducía, su coche no era tan impresionante como el de su tío, de modo que debía de ser un empleado.

-¿Se ha perdido? -le gritó. Lauri se alegró de no haber apagado el motor. Estaba a kilómetros de distancia del pueblo más cercano y aquel hombre era un extraño.

-En absoluto -respondió fríamente-. Sólo estaba contemplando el paisaje, pero gracias por preguntarlo.

-¿Es usted la joven Hartman? -de repente, pareció mirarla con atención-. Perdone si le he parecido un poco brusco, pero todos hemos oído hablar de la famosa sobrina norteamericana de los Hartman, y su acento la delata.

-No soy famosa, y no sabía que pudieran reconocerme tan fácilmente.

-Le aseguro que no vemos a muchas mujeres como usted por aquí, y Lady Hartman ha hablado con tanto entusiasmo de su sobrina a sus amistades, que hemos empezado a sentir que la conocíamos.

Lauri no estaba segura de querer oír todo aquello. No tenía ni idea de quién era aquel hombre, y después del irritante encuentro con el jinete, empezaba a sentirse vulnerable ante su repentino interés.

-Lo siento, pero debo irme -dijo, y se alejó rápidamente sin más explicaciones.

Apartó a los dos hombres de su cabeza con decidido esfuerzo: uno grosero y de mal genio, el otro más considerado pero demasiado perspicaz para su tranquilidad. No era propio de ella sentirse así, y un ligero coqueteo no hacía daño a nadie, pero decidió que debía de ser la novedad de estar en la costa de Inglaterra lo que le hacía sentirse más sensible que de costumbre.

-¿Hay fantasmas por aquí? -preguntó a sus tíos cuando emprendieron el camino a Connors Court aquella noche. Su tío los llevaba en su valioso Wolseley amarillo.

Lord Hartman tenía una expresión inmutable cuando contestó.

-Por supuesto, ¿qué mansión respetable no tiene su acervo de fantasmas y encantamientos?

-Pero no los hay en Hartman House, ¿verdad?

-No dejes que te tome el pelo, Lauri -dijo su tía-. Aquí no hay fantasmas, aunque se dice que una dama de gris ronda por los pasillos

de Connors Court.

-¡Ahora eres tú la que me toma el pelo!

-En absoluto, querida. Se ha aparecido muchas veces, aunque sólo a almas desgraciadas e inquietas, según tengo entendido. Dudo que Steven entre en esa categoría, tiene los pies en el suelo. En cuanto a Robert... Bueno, si alguna vez viera a un fantasma, no se lo diría a nadie.

-¿Son esos los Connors? -inquirió Lauri, y se preguntó por qué su tía siempre se refería a ellos en conjunto-. Yo habría pensado que les encantaría burlarse de la gente con su fantasma. A los niños les encantan esas cosas, ¿no?

-Y tanto que sí -corroboró Lord Hartman-. Pero su padre vio a la dama en varias ocasiones antes de morir y pensó que había sido una premonición.

-Vernon, por favor, habla de algo más alegre -dijo su mujer con aspereza, y Lauri supo que le estaba recordando con delicadeza que no hablara de la muerte.

Su padre había fallecido apenas hacía un año, y a veces la pena la embargaba repentinamente, cuando se sorprendía volviéndose para decirle algo y comprendía que ya no estaba. Se volvió hacia su tía.

-No me has contado nada sobre esos chicos. No sabía que no tuvieran padre. Su madre seguirá viva, espero...

-Su madre murió hace algunos años -le dijo Lord Hartman.

Entonces eran huérfanos, como ella, se dijo Lauri.

Tenía algo en común con aquellos muchachos, aunque difícilmente fuera a conversar con ellos sobre el tema.

-Tal vez debería advertirte, Lauri... -oyó que empezaba a decir su tía, pero en ese momento una rueda chocó con una piedra de la carretera y, por unos momentos, todos se aferraron a sus asientos mientras Lord Hartman recuperaba el control del vehículo.

-Lo siento, queridas -dijo alegremente-. Pero no os preocupéis, es un coche sólido. ¿Sabes algo de Wolseleys, Lauri?

-Por amor de Dios, Vernon -exclamó su esposa-. Sólo porque le guste conducir no esperes que sepa de mecánica. Además, hablar de motores y cilindros... y válvulas no es la forma de atraer a un marido.

Lauri rió.

-Te aseguro que no estoy buscando marido, tía Helen, aunque veo que has aprendido bastante sobre la pasión del tío Vernon.

-Qué remedio me queda, querida -dijo su tía con ironía-. Casi nunca habla de otra cosa.

Pero las miradas que intercambiaron eran afectuosas y tolerantes, y Lauri envidió aquella compenetración. No tenía a nadie en el mundo con quien se sintiera unida. Pero ignoró aquel pensamiento lúgubre y

recordó que estaba soltera y sin compromiso, como solía decirse, y que se alegraba de ello.

-Ya casi hemos llegado -comentó su tío, y Lauri distinguió el contorno de la hermosa mansión de los Connors delante de ellos. Su corazón latió con fuerza por la emoción de verla de cerca. No podía imaginar qué se sentiría viviendo allí, aunque suponía que a los Connors les parecería lo más normal del mundo.

-¿Qué me ibas a advertir antes, tía Helen? -murmuró, inclinándose hacia delante con los ojos centelleantes como zafiros por la expectación.

-Ya no importa, querida. Creo que es mejor que lo veas por ti misma.

-¿Hay pasadizos secretos o algo así? -dijo Lauri con una sonrisa-. ¿No suele haberlos en las casas encantadas?

-Espera y verás -dijo su tía misteriosamente, dejándola aún más intrigada.

Lord Hartman detuvo el Wolseley con un gran floreo y ruido de grava delante de la casa. Casi de inmediato, se abrió la puerta principal y un mayordomo salió para saludarlos.

-Es más distinguido que los chicos -dijo Lady Hartman a Lauri en voz baja-. Qué extraño que los criados suelan serlo, como seguramente ya habrás notado.

Presuntuoso era como Lauri describiría a uno o dos empleados de Hartman House...

-Los caballeros los esperan en el salón -dijo el mayordomo, y Lauri se preguntó a cuántas personas habrían invitado a cenar aquella noche. Había dado por hecho que sólo a su familia, pero tal vez se trataba de un acto social.

Siguió a sus tíos al interior de la mansión, contenta de haberse puesto un vestido negro sencillo adornado con hilos de plata que dejaba traslucir elegancia y clase y no avergonzaría a nadie. Alrededor del cuello llevaba un collar de perlas que su padre le había regalado al cumplir los dieciocho años, y se había recogido el pelo, acentuando así la elegante curva de su cuello y su delicado rostro de forma ovalada. Se sentía lo bastante confiada como para conocer a cualquiera, por distinguido que fuera.

Los condujeron al salón, con su alfombra china y costosos muebles, donde una doncella esperaba con una bandeja de bebidas para los invitados y sus anfitriones. Lauri sintió que abría los ojos con sorpresa al ver a uno de los dos caballeros de la habitación que caminaba hacia ellos sin molestarse en controlar el matiz sarcástico de su sonrisa.

-De modo que nos volvemos a encontrar, señorita Hartman -dijo la

voz del jinete al que había estado a punto de atropellar horas antes. Pero se había quitado su traje de montar y estaba igual de impecable que su tío-. Le presento mis disculpas por no revelarle mi identidad de inmediato, pero después de nuestro desafortunado encuentro, no quería echar a perder este momento.

Si sus palabras dejaron perplejos a sus tíos, a Lauri no. Lo que quería decir era que estaba disfrutando plenamente de su incomodidad. Cuando la doncella empezó a ofrecer las bebidas, Lauri tomó una automáticamente. Entonces, al apartar los ojos del irritante jinete, vislumbró al segundo caballero y la copa casi se le cayó al suelo.

-Nosotros también nos hemos conocido, y me habría presentado entonces, señorita Hartman, de no ser porque se alejó a tanta velocidad que no tuve oportunidad de hacerlo.

Lauri se quedó mirando a los dos hombres alternativamente y cerró la boca, sintiéndose estúpida por comportarse de forma tan ingenua, como si no hubiera visto nunca a unos gemelos. Porque debían de serlo, o hermanos muy próximos en edad. De repente, sintió cierta sospecha al ver la sonrisa traviesa de su tío.

-Sé que no deberíamos habértelo ocultado, Lauri, pero no pudimos resistirnos, sobre todo cuando pensaste que los chicos Connors eran unos mozalbetes. Así que, permíteme que te los presente como es debido, cariño. Son Robert y Steven.

-Pero ya los ha conocido a los dos -exclamó Lady Hartman-. ¿Cómo es posible?

"¿Y es así como se conoce la gente en Norteamérica, sin una presentación formal?". Lauri casi podía oír los pensamientos indignados de su tía.

-Creo que te lo mereces por guardarme un secreto así, tía -dijo con ironía. Pero le resultó difícil no mirarlos fijamente, porque se parecían tanto... Aunque si eran gemelos, no eran idénticos. Había una clara diferencia en sus expresiones. Y estaba segura de que si los volvía a ver por separado, distinguiría la sonrisa sarcástica de la otra, más abierta.

-Conocí a su sobrina mientras conducía su modelo T, Lord Hartman -dijo Robert fríamente-. Aunque tal vez sea más exacto decir que ella y mi caballo estuvieron a punto de verse las caras.

-Qué poco galante de su parte al recordármelo, señor -dijo Lauri enseguida-. Tendré más cuidado en el futuro de con quién me encuentro en la carretera.

-Y yo sólo le pregunté si se había perdido -intervino Steven, camuflando la leve tensión entre ellos-, y perdí la oportunidad de presentarme debidamente antes de esta noche.

-Me temo que estaba demasiado ocupada orientándome para sentirme sociable -repuso Lauri-. Me gusta estar sola y formarme mis propias impresiones sobre las personas y los lugares.

-Entonces, hermano -dijo Robert-, tal vez perdieras tu oportunidad, pero la vida está llena de oportunidades desperdiciadas, ¿no es así?

Tal vez fuera una observación lícita, pero había otra mucho más obvia que hacer en aquella habitación. No había afecto entre los dos hermanos. Pudo verlo en la mirada desagradable del rostro menos marcado de Robert y en el brillo de enojo en los ojos de Steven.

Pero aquello prometía ser una cena mucho más interesante de lo que había sospechado. Sobre todo, porque había imaginado a dos picaruelos como anfitriones y los hermanos Connors eran cualquier cosa menos eso...

## CAPÍTULO 2

EL TERCER miembro de Connors Court era una tía abuela anciana que pasaba la mayor parte del tiempo descansando en su habitación y escuchando las lecturas de su dama de compañía. Pero antes de la cena, se la presentaron como la señorita Freda Connors. Parecía de otra época y su vestido anticuado de estilo Victoriano le hizo sentirse de repente demasiado vestida y moderna, aunque la dama también hacía gala de antiguos modales.

-He oído hablar mucho de ti, querida -dijo Freda Connors-. Debe de ser muy agradable para ti estar en Inglaterra después del bullicio de Boston, pero espero que no nos encuentres demasiado aburridos.

-Haremos lo posible para que evitarlo, tía Freda -repuso Robert-. ¿No es así, hermano?

Steven se volvió a Lauri.

-Habíamos pensado acompañarla a visitar la costa, si nos lo permite, señorita Hartman. También me gustaría enseñarle el astillero Connors. Construimos algunos de los mejores barcos de la zona por encargo especial.

-¿En serio? No lo sabía. Pero claro, ¿cómo iba a saberlo?

Le resultaba más fácil dirigirse a Steven que a Robert. Era un joven realmente atractivo, pensó, sintiendo cómo el corazón le daba un pequeño vuelco. A pesar de su evidente cabeza para los negocios, tenía una mirada menos dura que su hermano... pero inmediatamente Lauri recordó que no debía dejar que su corazón la dominara en el poco tiempo que llevaba allí.

-No está lejos de aquí -continuó Steven-. ¿Le interesan los barcos, señorita Hartman?

-Bueno, un barco me trajo hasta aquí, y tengo planeado volver a casa en el mejor barco de todos los tiempos, así que... Sí, puede decirse que me interesan.

-¿Piensa volver en el Titanic? -exclamó, y sólo de oír aquellas palabras Lauri sintió la excitación en sus venas. Iba a ser una aventura tan maravillosa... Y la culminación del sueño de su padre de que conociera Inglaterra. Al asentir, Robert habló en tono más cáustico:

-Bueno, no creo que vea nada de ese estilo en el astillero de Steven, ¿verdad?

Otra vez pudo sentir el antagonismo entre los dos hermanos. Suponía que era inevitable, sobre todo siendo gemelos... Ya había deducido que Robert era el mayor y no le caía muy bien.

-¿No es también su astillero? -preguntó, dirigiéndose a él-. Lo siento -añadió apresuradamente-. Sé que hago demasiadas preguntas, y supongo que se debe a mi naturaleza inquisitiva.

-Mi sobrina ha salido a su padre en eso -intervino Lord Hartman al

ver el rubor en sus mejillas-. Era un requisito obligado en un investigador, por supuesto.

-Mi hermano siempre ha estado interesado en horizontes más amplios, señorita Hartman -le dijo Steven con un ceño cuyo motivo Lauri no comprendía–. Ha viajado mucho, aunque todavía no ha cruzado el Atlántico, como usted.

-Tal vez debería reservar un pasaje a Nueva York en el Titanic para visitar aquellas tierras -intervino Robert-. ¿Qué le parece la idea, señorita Hartman?

-Creo que ha perdido la oportunidad de hacerlo -dijo Lauri con energía-. Estoy segura de que ya están reservados todos los pasajes.

-Comprendo la emoción de una travesía así -dijo Steven dirigiéndose a ella-, pero es una pena que no pueda quedarse más tiempo. Tenemos pensado organizar un baile de máscaras en mayo para celebrar nuestro cumpleaños. Será una fiesta por todo lo alto. Estoy seguro de que le encantará.

-Seguro que sí, y son muy amables al invitarme, pero ya lo tengo decidido -dijo Lauri con firmeza. Haría falta algo, o alguien, muy especial para que renunciara a su billete-. Pero, por favor, llámenme Lauri. Señorita Hartman me parece demasiado pomposo.

Lauri rezó para no parecerles frívola, pero no estaba acostumbrada a tanta formalidad. Afortunadamente, la cena estaba a punto de ser servida y mientras Steven acompañaba a su tía abuela, fue Robert quien le ofreció su brazo y la apretó a su costado levemente cuando se dirigían al comedor iluminado con candelabros.

-Me alegro de que no seas como otras jóvenes estiradas del distrito, Lauri -le dijo en voz baja.

-No se trata más que una reacción natural a un extraño, ¿no cree? -Lauri mantuvo el tono deliberadamente frío. Había escuchado suficientes halagos como aquél para no sucumbir al encanto de una voz inglesa. Pero debieron de hablar más alto de lo que creían, porque oyó reír a Steven.

-Creo que has encontrado la horma de tu zapato, hermano. Nuestra prima de Norteamérica no es tan ingenua como tus señoritas españolas.

-De modo que ha viajado a España, señor Connors -preguntó enseguida Lauri, para desviar la conversación a temas menos incómodos.

-A menudo, Lauri, y si esperas que te llame por tu delicioso nombre, será mejor que me devuelvas el cumplido. Entre amigos no son necesarias las formalidades.

Por su tono de voz, Lauri no supo si hablaba en general o había un significado más preciso en sus palabras.

-Mi hermano está más interesado en el cultivo de la uva y su producto -dijo Steven, levantando ligeramente su copa de vino hacia ella desde el otro lado de la mesa-. España es famosa por sus vinos, y Robert ha traído varias cajas de la mejor cosecha en sus últimos viajes. Es una de las razones que lo impulsan a volver, aunque ahora se está tomando un breve respiro de los encantos de ese país.

Robert rió.

-Creo que mi debilidad por sus encantos es más una pasión que mero interés, hermano.

Había una insinuación latente en las réplicas y Freda Connors decidió que ya había habido suficiente ligereza por una noche. Le preguntó a Lauri educadamente si tocaba el pianoforte y si le gustaría tocarlo para todos después de la cena. Desde luego, Freda Connors pertenecía a otra época, pensó Lauri, una época en que las damas debían mostrar sus aptitudes en las reuniones.

-Por desgracia, nunca he aprendido a tocarlo -dijo Lauri-. Mi padre me animó a cultivar mis aficiones, pero la música nunca ha sido uno de mis fuertes.

-Cielos, qué moderna -murmuró la anciana señora. Su tío intervino a su favor.

-Mi sobrina es producto de su época, señorita Connors, igual que nosotros de la nuestra. Sería una pena, si no una tragedia, que no avanzáramos con los tiempos, ¿no cree?

-Bueno, usted desde luego lo ha hecho, Lord Hartman -repuso la anciana expresivamente-. De vez en cuando, oigo esos automóviles suyos que contaminan la atmósfera con sus gases y perturban la vida apacible de la campiña...

-Vamos, tía, sé que disfrutas viajando en mi coche como el que más -le dijo Steven con firmeza-, así que no finjas lo contrario.

-Pero tú eres un conductor prudente, no como otros -añadió Freda, que no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

Lauri no miró en dirección a Robert, con la esperanza de que no comentara nada sobre su incidente en la carretera. En cambio, su mirada se cruzó con la de Steven, y se quedó sin aliento al tiempo que sentía que su pulso se aceleraba.

Pero lo último que haría, se dijo Lauri Hartman mientras desviaba los ojos del joven Connors, sería crear un vínculo serio con un hombre, quienquiera que fuese. Un leve coqueteo era una cosa, pero enamorarse no entraba en sus planes cuando sólo pensaba quedarse en Devon durante poco más de un mes.

Cuando la familia Hartman abandonó Connors Court aquella noche, Lauri había recibido dos invitaciones vagas. Robert se había

ofrecido a enseñarle a montar a caballo y Steven quería mostrarle todos los entresijos del negocio naviero.

-La idea de Steven puede resultarte muy aburrida, Lauri -comentó su tía mientras volvían a casa. No creo que un astillero albergue mucho interés para una joven.

-Te equivocas, tía. Me gustaría saber cómo se construye un barco. Te olvidas de que mi padre me metió la curiosidad en la cabeza desde pequeña, y no creo que me guste tanto montar a caballo como piensa Robert.

-Ah, sí, Robert -dijo su tío en voz baja. Lauri lo miró con intensidad.

-Ése ha sido un comentario muy enigmático, tío. ¿Hay algo que debiera saber sobre Robert que no es del todo de tu gusto, tal vez?

-No me gusta hablar de nadie a sus espaldas -respondió su tío-, pero tal vez en este caso...

-Por amor de Dios, no le tomes tanto el pelo a tu sobrina -exclamó Helen Hartman-. Robert tiene cierta reputación, Lauri. Siempre ha sido un aventurero, y también se dice que mujeriego, sobre todo en lugares donde no se lo conoce tanto como aquí. No sé si hay algo de verdad en todo ello, pero no estaría de más que tuvieses cuidado.

-Bueno, en ese caso, te agradezco que me lo hayas dicho, tía -dijo Lauri con voz firme, aunque sabía que Robert Connors no la iba a asustar lo más mínimo. Pero su tía Helen sólo lo decía pensando en su bien-. ¿Y qué me decís de Steven? Ya que parece decidido a enseñarme el condado, ¿tiene alguna leyenda negra de la que deba protegerme?

-Ninguna que nosotros sepamos -dijo su tía-. A no ser que su obsesión por su trabajo te resulte molesta.

-No, creo que es admirable. Me cae muy bien, y no parece tan voluble como su hermano.

Helen se echó a reír.

-No te engañes, Lauri. Steven ha heredado la aspereza de su padre lo mismo que Robert. Pero la exterioriza de forma distinta, eso es todo. Y Steven la controla mejor.

Lauri decidió dejar de mostrar interés en los dos hermanos para evitar que su tía empezara a buscarle un buen partido.

-¿Has estado en Londres, tío? -preguntó.

-Varias veces, y no me gustaría vivir allí. Sobre todo cuando puedo optar por respirar el aire puro de la campiña inglesa, especialmente el de Devon.

-Pues a mí me gustaría ir y ver todos los edificios famosos de los que me habló mi padre. ¿Crees que sería posible? Podría ir en tren o en autobús y alojarme en un hotel un par de noches.

-Tú sola, no, Lauri -dijo su tía enseguida-. Sería demasiado peligroso para una joven.

-Soy muy independiente, tía Helen. Y si he podido cruzar el Atlántico sola, no veo qué peligros puede depararme Londres.

Trató de mantener el tono sereno y ocultar su impaciencia, pero hacía mucho tiempo que nadie cortaba sus movimientos, aunque fuera de forma afectuosa. Pero en aquellos momentos, no le importaba.

-Iremos todos -dijo su tío-. No te importará que dos viejos monumentos te enseñen la ciudad, ¿verdad, Lauri?

-¡Claro que no! -dijo con afecto-. Y no puedo pensar en dos monumentos más viejos que tú y tía Helen -añadió apresuradamente.

Por un momento pensó que los había ofendido, aunque ésa distaba de ser su intención. Llevaba con ellos una semana y se había conformado con inspeccionar todos los rincones de Hartman House y sus alrededores, pero se sentía demasiado inquieta para no hacer nada, y la urgencia de conocer nuevos lugares se hacía cada vez más fuerte.

Su oportunidad se presentó días más tarde, cuando un pequeño coche que reconoció se aproximó a la casa. Lauri y su tía estaban inspeccionando el invernadero con sus exóticas flores y arbustos, y disfrutando de una limonada fresca durante el calor de la tarde. A través de los cristales, pudieron ver cómo el dueño del coche bajaba del vehículo y entraba en el invernadero introduciendo con él el aroma a aire salado.

-Buenos días, señoras -las saludó Steven alegremente-. Ya veo que están las dos bien, y espero que me perdonen por la informalidad de esta visita, pero vamos a botar nuestro último navío dentro de un par de días y pensé que Lauri estaría interesada en verlo y asistir al posterior brindis de champán.

-Cielos, sí, me encantaría. Parece muy emocionante -exclamó, y Steven mostró su contento al ver su reacción desinhibida.

-No siempre ocurre igual, te lo aseguro. Casi siempre nuestro trabajo es muy sobrio, pero en esta ocasión nuestro cliente es un parlamentario y va a traer a su familia de Londres para ver la botadura de su yate. Así que, siguiendo sus instrucciones, hemos reservado una habitación en un hotel de la localidad para la celebración de una pequeña fiesta.

-Qué maravilla -a Lauri le centellearon los ojos-. Es un honor que me hayas invitado.

Lauri se sorprendió mirando las manos de Steven. Eran grandes y capaces, pero nada toscas. Hiciera lo que hiciera, seguía siendo un caballero, pero uno que evidentemente disfrutaba de la actividad

física de su trabajo. Tenía los dedos muy fuertes, y sintió que se sonrojaba al imaginarlos sobre ella...

De repente, se dio cuenta de que Steven la estaba hablando.

-Te he preguntado si te gustaría dar un paseo esta tarde, Lauri, para enseñarte cómo funciona el astillero.

-¿Ahora mismo, quieres decir?

Oyó su comentario estúpido y vacío, cuando siempre se había enorgullecido de ser razonablemente sofisticada y dueña de sí misma.

-¿Por qué no? -Helen Hartman tomó el mando de una situación que parecía no ir a ninguna parte-. Estáis dando un rodeo enorme cuando los dos deseáis lo mismo. Ve y diviértete, Lauri. Cuando la traigas de vuelta, quédate a cenar con nosotros, Steven. Somos bastante informales en Hartman House.

-Es muy amable de su parte, Lady Hartman.

Lauri se alegró de que su tía no se hubiera sentido obligada a incluir a Robert en aquella invitación improvisada. Pero sólo porque los hermanos fueran gemelos no quería decir que tuvieran que ir juntos a todas partes.

-Entonces, si me esperas un momento, Steven, iré a por mi chaqueta.

El corazón le latía más deprisa de lo normal al entrar en la casa y subir las escaleras hasta su habitación en busca de la prenda, pero se dijo que no podía ser más que una reacción natural a la inesperada distracción que ofrecía el día. Ya se había arriesgado a enamorarse anteriormente y había vivido para lamentarlo.

Se estremeció levemente, ajustándose el cuello de la chaqueta y observando cómo sus ojos se ensombrecían en el espejo de la cómoda. Su breve romance con un estudiante, el héroe del equipo de deporte de la universidad de su padre, había sido más apasionado de lo que esperaba, y había despertado emociones en ella cuya existencia desconocía. Pero cuando él había querido más de lo que Lauri estaba dispuesta a darle, enseguida había centrado sus atenciones en otra joven más complaciente, rompiéndole a Lauri el corazón. No pretendía volver a caer en la misma trampa dos veces, por carismático que fuese el hombre en cuestión. Incluso si tenía que reprimir su naturaleza intrépida, pretendía tomarse las cosas con calma en lo relativo al amor.

-Entonces, ¿te gusta Devon? ¿Es todo como esperabas? -preguntó Steven mientras conducían por las carreteras sinuosas hacia la costa.

-Es exactamente como mi padre lo describió -repuso Lauri-. Todo me resulta tan familiar... Seguramente pensarás que estoy loca.

-En absoluto. Me parece la forma en que cualquier persona

reaccionaría al volver a casa.

Lauri se quedó mirándolo.

-¡Qué extraño! Mi padre solía decirme que, si alguna vez venía a Devon, me sentiría como si estuviera volviendo a casa porque este lugar lo llevaba en la sangre.

Steven se limitó a sonreír.

-Entonces, dime, ¿qué piensas de nosotros los pueblerinos del condado de Devon?

El rostro de Lauri se iluminó. Nadie distaba más de parecer un pueblerino que Steven Connors. O su hermano.

-Si lo que buscas son cumplidos, sólo voy a decirte que me alegro mucho de estar aquí y de la bienvenida tan grata que he recibido. ¿Servirá?

-Supongo, por ahora. ¿Y no dejaste ningún vínculo allí en Boston?

-Ahora estás husmeando, ¿verdad?

-No -dijo Steven fríamente-. Sólo quiero asegurarme de que no me meto donde no me llaman si te digo que eres la joven más bonita que he visto nunca.

Sería muy fácil, pensó Lauri, suprimir cualquier atención no deseada de Steven, o de cualquier otro, diciendo que un prometido la esperaba en Nueva York cuando bajara del Titanic para llevarla de nuevo a Boston. Pero sería igual de imposible que Lauri Hartman recurriera alguna vez a esa clase de subterfugio. Movió la cabeza y habló alegremente.

-No estás metiéndote donde no te llaman, como tú dices. Pero no he venido aquí a coquetear y tampoco a buscar marido...

-Entonces, perfecto. Porque no me estaba declarando -repuso Steven ingeniosamente. Lauri lo miró enseguida y vio su rostro serio y su mandíbula contraída, y se preguntó si lo habría ofendido de alguna forma. Pero, de repente, su mirada cambió y se rió de su expresión recelosa.

-Estaba bromeando, Lauri, pero tampoco voy a confesarte mi amor eterno desde el momento en que te vi. Tú no buscas marido y yo no busco esposa, así que no hay problema, ¿no es así?

Mientras hablaba, extendió el brazo y le apretó la mano durante un instante. El contacto sólo duró unos segundos, pero durante todo el trayecto a la costa y al bullicioso astillero, Lauri siguió consciente del contacto de su mano y de cómo había acelerado su corazón de forma absurda.

## CAPÍTULO 3

RECORRIERON la misma ruta que Lauri había seguido en el coche de su tío, pero tuvo que reconocer que era más divertido tener a alguien que le comentara las distintas características del paisaje sin tener que concentrarse en conducir un vehículo extraño. En realidad, era más divertido estar con Steven, punto.

Había unos acantilados al otro lado de una pequeña aldea llamada Kingscombe y Steven condujo paralelamente a ellos hasta parar en un páramo lleno de arbustos desde donde podían ver el agua centelleante del mar a lo lejos.

–Está tan tranquilo hoy -dijo Lauri, inspirando el aire limpio mientras salían del coche y se acercaban al borde del acantilado-, Pero recuerdo que mi padre me hablaba de lo tempestuoso que se ponía a veces, y de todos los barcos que se han hundido a lo largo de la costa. Aunque ahora mismo no puedo imaginarlo.

-Pues es cierto -dijo Steven-. Cornwall, en concreto, es el condado con más barcos hundidos de la costa.

Lauri se estremeció involuntariamente, pensando que no había nada más terrible que estar a bordo de un barco que estuviera balanceándose en un temporal y haciéndose añicos contra un acantilado...

-Tu astillero no construye barcos muy grandes, ¿verdad, Steven? -preguntó, apartando a un lado aquella visión.

-No. Cubrimos una gran variedad de modelos, pero no estamos equipados para barcos pesados. De eso se encargan los grandes astilleros de Liverpool y otros puertos.

-Debe de ser una gran satisfacción ver cómo un barco cobra forma simplemente a partir de planos y especificaciones -comentó.

-Lo es -repuso Steven-. Y eres muy amable por fingir interés en el trabajo de un hombre. No son muchas las jóvenes que lo hacen.

-Eso resulta un poco paternalista, ¿por qué no iba a interesarme? Las mujeres viajan por mar igual que los hombres, ¿no?

-Pero no todas se preocupan de las tuercas y las clavijas del barco en el que viajan. Hay muchas que hacen una travesía por mar con el único propósito de encontrar un marido rico.

Lauri se sintió indignada ante aquella actitud tan machista y su acento norteamericano se acrecentó.

-Creo que eres injusto con las mujeres si piensas que eso es lo único en lo que piensan, Steven. Las mujeres de hoy día no dependen tanto de un hombre que tengan que revolotear a su lado para suplicarles unas migajas.

-Cielo santo, he tocado una fibra sensible, ¿no es cierto? -dijo Steven mientras Lauri hacía una pausa para respirar-. No pretendía

ofenderte, y debo decir que es bueno conocer a una mujer con opinión propia. Claro que debo de haberte ofendido otra vez al insinuar que las demás mujeres que he conocido no hacen más que... ¿cómo era? ¿revolotear suplicando unas migajas?

Pero Lauri se dio cuenta de que hablaba en broma y de que se había ofendido cuando nadie había querido herirla. Pertenecían a culturas distintas, por muy similar que fuera su idioma, y la mujer norteamericana estaba mucho más liberada. Al menos, eso pensaba.

La falda ligera que se había puesto aquel día ondeó alrededor de sus piernas llevada por la brisa del páramo, y Lauri inspiró el aire salado. Era un día demasiado espléndido para discutir.

-Está bien. Digamos que estamos en paz, ¿de acuerdo? Ahora ya sabes que tengo mis propias ideas, y estoy segura de que cualquier mujer de por aquí puede tenerlas -le dijo.

-Creo que será mejor que conozcas a Alice antes de que te precipites en tus afirmaciones -replicó Steven. Lauri levantó la vista y se preguntó si la sonrisa que detectaba en su voz ocultaba algún significado.

-¿Y quién es Alice?

-La dama de compañía de la tía Freda. Habría cenado con nosotros la otra noche, pero estaba resfriada y prefirió quedarse en su habitación.

Bueno, aquello eliminaba la posibilidad de que fuera la amante de Steven, pensó Lauri. Daba la impresión de ser un poco pavisosa, pero dio el beneficio de la duda a la pobre mujer por no querer contagiarlos la noche de la cena.

-¿Es tan anciana como tu tía?

-¡Qué va! No creo que te lleve muchos años, pero sois polos opuestos. Sin duda, se debe a vuestra educación.

-¿Ah, sí? ¿Y cuál de las dos sale perdiendo, en tu opinión?

Lauri no pudo contener el sarcasmo que impregnaba sus palabras, consciente de que Steven estaba disfrutando de aquella situación.

-Al margen de lo demás, si reiterara que eres la mujer más hermosa e interesante que he conocido, seguramente pensarías que estoy siendo demasiado atrevido dado el poco tiempo que hace que nos conocemos. Así que, si lo prefieres, puedes olvidar lo que he dicho.

Lauri se quedó perpleja ante el tono resuelto de sus palabras. Y desde luego era muy pronto... Sólo se conocían desde hacía unos días, aunque allí de pie junto al acantilado, suspendidos momentáneamente en el tiempo, se dio cuenta de que había pensado en él constantemente.

Sin pensarlo, dio un paso atrás, como para establecer cierta distancia entre ellos.

-Por el amor de Dios, Lauri, ten cuidado -dijo Steven con aspereza, apartándola del borde del acantilado. La apretó contra su pecho y Lauri pudo sentir los latidos de su corazón, tan rápidos como los suyos. Pudo respirar la textura de su piel y ver el color castaño intenso de sus ojos. Si dejaba que sus fantasías vagaran a placer, casi podía jurar que veía el inicio de un nuevo amor...

Soltó una carcajada incómoda y se soltó de sus brazos, consciente de que tenía que aligerar aquel ambiente tan cargado.

-Creo que será mejor que prosigamos nuestro paseo, Steven, de lo contrario, corremos el riesgo de que algún transeúnte nos sorprenda en una postura comprometida, por inocente que sea.

Los dos miraron a su alrededor, conscientes del páramo aislado donde podrían haber sido las únicas personas del planeta.

-¿De qué tienes miedo? -le preguntó-. ¿De que te hagan daño? Yo nunca...

-Desearía que no hablaras así -dijo torpemente-. Me alegro de tenerte como amigo, pero no busco ninguna complicación en mi vida en este momento.

Steven rió brevemente.

-Me han llamado muchas cosas, pero nunca una complicación, y si te he disgustado, te pido sinceramente que me disculpes. Aunque pensaba que no eras la clase de joven que tenía miedo a enfrentarse a nuevas experiencias. Hace falta mucho valor para cruzar el océano en barco sola.

-Eso es diferente.

El viaje no había supuesto ninguna emoción romántica o ninguna decisión importante sobre cómo vivir el resto de su vida... y no tenía ni idea de qué dirección iba a tomar su vida todavía.

-¿Estás bien? -preguntó Steven.

-Por supuesto. ¿Proseguimos nuestro viaje al astillero?

-Ahora mismo, señorita -dijo con energía, imitando su acento y haciéndola reír.

Lauri reconocía que Steven le caía bien. Apenas lo conocía, razonó, pero las razones no importaban cuando había empatía entre dos personas. Se le ocurrió pensar que tampoco conocía a Robert y que, cuando no estaba gruñéndole desde lo alto de un caballo, tal vez resultara también una grata compañía.

El astillero estaba en una de las calas más grandes próxima al pueblo. Las letras Connors e hijos engalanaban la verja de la entrada como prueba de su antigüedad en la familia. Al salir del coche, Lauri se alegró de poder estirar las piernas después del traqueteo por los páramos. Caminaron hacia los sonidos de sierras y martillos, y los

olores de serrín, pegamento y pintura.

Por la bienvenida de los trabajadores, Lauri dedujo que Steven era respetado y querido por todos. Se dispuso a indicarle los barcos en sus diferentes estadios de construcción, y permitió que cada encargado le explicara el proceso que seguía.

-Es hora de que veas nuestra obra maestra -le dijo con entusiasmo apenas disimulado-. Éste es el yate que le estamos construyendo a Sir Gerald Hawkes. Ya te hablé de él, ¿recuerdas?

-El parlamentario -murmuró Lauri. Normalmente, no la intimidaba la idea de conocer a nadie, pero tenía que reconocer que las personas con títulos nobiliarios no frecuentaban en su país.

-Eso es -dijo Steven, sin percatarse de su temor-. Te gustará. Se parece mucho a tu tío. Es corpulento y bromista y muy extrovertido.

Caminaban hacia un embarcadero, donde estaba amarrado un elegante velero de grandes dimensiones. Lauri no sabía mucho de barcos, pero era evidente que se trataba de una obra maestra.

-Es magnífico -susurró-. Estoy abrumada, Steven.

Steven rió, pero se mostró complacido por su reacción.

-El mérito no es todo mío, te lo aseguro. Tenemos unos empleados muy diestros que aman su trabajo.

-Ése es el secreto del éxito, ¿verdad? Mi padre solía decir lo mismo.

Steven le tendió la mano para invitarla a subir a bordo, y Lauri caminó con cautela por la plancha hasta permanecer de pie en cubierta.

-Querías mucho a tu padre, ¿verdad? -le dijo Steven.

-Como todo el mundo.

-No todo el mundo -replicó-. Algunos padres pueden resultar unos tiranos y cierran tanto la bolsa del dinero que casi echan a perder todo lo que tiene valor para los hijos.

-¡Qué palabras más profundas! -Lauri trató de no dejar traslucir lo intrigante que le parecía aquella afirmación, pero deseaba saber más-. Pero supongo que lo que dices tiene alguna implicación personal, así que no indagaré.

-Será mejor que lo sepas, ya que es del dominio público. Además, sospecho que tu mente inquisitiva pronto hallará la manera de sonsacárselo a tu tío.

-Por favor, no hagas que me sienta como una fisgona. Es natural que me interese por los amigos de mis tíos...

-¿Eso es todo? Confiaba en que estuvieras interesada en uno de ellos en particular, y no sólo como un amigo.

Lauri sintió que su corazón se agitaba al oír aquellas palabras, y para eludir otra vez cualquier sospecha de intimidad entre ellos, habló

con voz más tajante que de costumbre.

-Ibas a contarme algo sobre tu padre, creo, pero no lo hagas si no quieres.

Steven se encogió de hombros y aquel momento íntimo pasó.

-¿Por qué no? Siempre quiso que sus dos hijos trabajaran en el astillero. Pero Robert nunca tuvo el mismo interés que él y prefería viajar en lugar de sentar la cabeza. Así que en lugar de dejarle el astillero a mi hermano, que es el primogénito, mi padre hizo que el negocio estuviera controlado por una sociedad, de la que yo sería el director ejecutivo y que se hizo efectiva después de su muerte hace cinco años -la mirada de Steven se ensombreció-. Pero esta situación cambiará en mayo, cuando cumplamos treinta años, porque entonces, por ley, el astillero pasará a manos de Robert. Claro que yo haré todo lo que esté en mi mano para impedirlo.

Lauri dedujo por su tono de voz que estaba dolido por la injusticia de su situación. Y era comprensible, pensó. Parecía una acción bastante cruel, cuando un hermano amaba tanto el astillero y el otro parecía tener una naturaleza más volátil.

-¿Y está dolido Robert por todo esto? -preguntó, tratando de no parecer crítica.

-¿Por qué iba a estarlo? No hace nada salvo gastar su parte de los beneficios cada trimestre. Pero no te he traído aquí para hablar de riñas familiares, Lauri. ¿Qué te parece nuestra última creación?

-Creo que es digna de un rey, y cualquiera se sentiría orgulloso de tenerla.

-Esperemos que Sir Gerald Hawkes opine lo mismo. No es exactamente de la realeza, pero es el cliente más destacado que hemos tenido nunca y su nombre como patrono incrementará sin duda nuestro prestigio.

Cuando terminaron de recorrer todo el astillero y Steven le presentó a algunos de los artesanos, era la hora de ir a Connors Court a tomar el té.

-¿Veremos hoy a tu hermano? -preguntó Lauri mientras se alejaban en coche del astillero y regresaban tierra adentro.

-No, no verás a Robert hoy, ni durante el tiempo que pretenda estar fuera esta vez. Parece que España ha perdido temporalmente su atractivo, pero nunca perderá su afán por los viajes. No tengo ni idea de a dónde se ha ido esta vez. Pero tal vez esa faceta de su naturaleza te resulte atractiva, ya que a ti también te gusta viajar.

Lauri detectó el tono mordaz de sus palabras y habló con cautela.

-En realidad, no. Admiro a los que quieren explorar y ampliar su conocimiento del mundo, pero no me gustaría pasar la vida vagando por el globo. Sería como... como no tener raíces.

-Entonces, me alegro de que coincidamos en algo -dijo Steven.

El coche se detuvo delante de la puerta principal de la mansión y, en cuanto bajó, Steven le ofreció la mano para ayudarla y Lauri se la dio sin pensarlo dos veces. E igual que antes, el roce de su mano persistió en su piel mucho tiempo después de que el contacto terminara.

-Permíteme que te presente a la señorita Alice Day -dijo Steven cuando entraron en el salón. Lauri detectó cierta inocencia en su voz que no la engañó ni por un momento.

Aceptó la mano que le ofrecía la elegante mujer de pelo oscuro que estaba sentada, dibujando, mientras su señora dormitaba en un sillón cómodo próximo a los ventanales. Ocultando su sorpresa lo mejor que pudo, Lauri pensó que Alice Day no se parecía remotamente a como imaginaba que sería la dama de compañía de una anciana.

-Me alegro de conocerla, señorita Hartman -dijo Alice con voz modulada-. La señorita Connors ha hablado de usted en varias ocasiones y me interesaría mucho oírle hablar de su país.

-Será un placer, aunque Estados Unidos es tan grande que sólo conozco a fondo una pequeña parte, señorita Day. Pero la costa este tiene una historia apasionante, por supuesto...

-No, la historia no me interesa lo más mínimo. Me gustaría aprender cosas sobre la gente y sus costumbres.

-Cielos, entonces será mejor que me diseccione para usted -dijo Lauri sin poder evitarlo.

Al instante, supo que no le gustaba aquella mujer. Era atractiva, y seguramente atenta con la anciana Freda Connors, pero no irradiaba afecto. Eran sus ojos, decidió Lauri. Sus labios sonreían, pero tenía unos ojos fríos y calculadores...

Lauri se preguntó entonces si tendría sus miras puestas en alguno de los hermanos Connors, y si veía a la recién llegada como una amenaza para los planes que albergaba.

Freda Connors empezó a despertarse al oír voces y Alice se dirigió a ella enseguida.

-Tiene una visita, señorita Connors -dijo alegremente-. Steven ha traído a la señorita Hartman para que tome el té con nosotras. Pediré que lo traigan, ¿le parece?

Sí, era una aduladora empedernida, concluyó Lauri. Con una frase, Alice había ocupado el lugar de la futura señora de la casa. Seguramente, Robert se casaría algún día, y su esposa se convertiría en la dueña de la hermosa mansión, pero si seguía vagando por el mundo de soltero después de que su hermano se casara, entonces, la esposa de Steven tendría el control de la casa. ¿Y en cuál de los dos

tenía Alice puestas sus miras?, se preguntó Lauri con interés.

-He dicho, ¿cómo está su tía, señorita Hartman? -oyó decir a Freda Connors, y comprendió que se había quedado mirando al infinito por unos momentos.

-Perdone, señorita Connors -dijo enseguida-. Mi tía se encuentra bastante bien, gracias, aparte de su tos.

-Todos tenemos problemas, señorita Hartman -dijo la anciana con ironía-. Y me atrevo a decir que uno de los suyos, jovencita, es el puñado de carcamales que se ha visto obligada a conocer desde su llegada.

-¿Perdón?

Oyó cómo Alice se reía como un cascabel. Sí, decididamente era una aduladora, volvió a pensar Lauri.

-Te habrás dado cuenta de que mi señora tiene una edad en la que ya no se muerde la lengua, Lauri. ¿Puedo llamarte Lauri?

-Pero no es tan vieja que no pueda hablar por sí misma, Alice -la regañó Freda con aspereza–. Y ahora tomemos el té -añadió la anciana cuando la doncella entró con la bandeja.

Era evidente que Alice iba a servir el té, y momentos después Steven se reunió con ellas y tomó la taza y el plato de sus manos con una sonrisa. ¿Sentiría algo por ella?, especuló Lauri. ¿Se daba cuenta del cambio de tono en la voz de Alice cuando le hablaba? Tal vez cuando el hermano mayor estaba ausente se contentaba con adular al pequeño.

Lauri se sintió repentinamente molesta consigo misma por todas aquellas especulaciones, pero era sólo un juego, nada más. Era una observadora de la vida, como su padre le había dicho a menudo, y como experiencia era enriquecedora. Pero su padre también solía decir: "No te olvides de vivir tu propia vida, querida, mientras te entretienes observando la de los demás..."

Cuando, por fin, Steven y ella regresaron a Hartman House para cenar con sus tíos, fue con gran alivio por parte de Lauri. El antagonismo que emanaba Alice Day hacia ella era del todo inmerecido y ensombreció cualquier placer que Lauri pudiera haber sentido intentando analizar su carácter.

-Estás muy callada -dijo Steven-. Y sé que vas a reñirme por no advertirte que Alice no se parecía en nada a la típica solterona dama de compañía.

-En absoluto -repuso Lauri fríamente-. En realidad, me estoy acostumbrando a la tortuosidad de la mente inglesa. ¿Sabías que antes de conocernos mis tíos hablaban de ti y de Robert como los chicos Connors? Estuve a punto de llevaros un juguete la primera noche -

añadió-. ¡Habría hecho el más absoluto ridículo!

Steven se echó a reír.

-Estoy seguro de que lo habría aceptado cortésmente, aunque no puedo responder por Robert, claro. Su sentido del humor a veces resulta chocante. Pero en serio, ¿estás disgustada por que no te dijera que Alice es como es?

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo crees que es?

-Bueno, no es la vieja arpía que tal vez esperabas ver. Su familia tenía dinero, pero su padre lo perdió todo en el juego y siente rencor hacia todo el que es rico dado que ella tiene que trabajar para ganarse la vida. Pero siento no haber sido del todo sincero contigo.

-Por favor, no le des más vueltas -volvió a decir-. Dudo que la señorita Day y yo nos veamos muy a menudo.

Nunca, si de Lauri dependía. Era la última persona que buscaría como confidente. Aunque tampoco podía explicar con certeza por qué se sentía así. Steven no había mostrado ningún interés por la joven y, aunque lo hubiera hecho, Lauri no tenía motivos para sentirse celosa. Sólo era un amigo.

## CAPÍTULO 4

EN MUY poco tiempo, Lauri se sintió como si realmente Inglaterra fuera su hogar. Una de las atracciones principales, reconoció, fue el día en que su tío la llevó en coche a Connors Court, donde subió al vehículo de Steven y lo acompañó a Kingscombe para la botadura del yate de Sir Gerald Hawkes.

El caballero era como Steven lo había descrito: de un gran parecido físico a su tío Vernon, bromista y jovial. Además de su esposa, lo acompañaban sus dos hijas menores y un niño larguirucho.

Lady Hawkes pareció fascinada con el acento de Lauri. Una vez que botaron el barco sin problemas y que la comitiva se desplazó al hotel para celebrarlo, Lady Hawkes se mostró deseosa de brindarle su hospitalidad a la joven norteamericana.

-A menudo conocemos a turistas en Londres, señorita Hartman, y los norteamericanos siempre nos parecen encantadores. Si alguna vez viene a Londres, por favor, háganos una visita. Pero dígame, ¿la está cortejando el apuesto señor Connors?

Era evidente que, esposa de un parlamentario o no, a Lady Hawkes le encantaban los cotilleos. Lauri se apresuró a contestar.

-No, en absoluto. Es vecino de mis tíos y ha tenido la amabilidad de invitar a una extranjera a que asista a esta celebración.

La dama rió.

-Bueno, tal vez sea así como lo ve usted, mi querida joven, pero es evidente para cualquier otra mujer que sólo tiene ojos para usted. Nunca me equivoco en estas cuestiones -dijo maliciosamente-. Y tengo entendido que va a volver a Norteamérica en el Titanic, ¿no es cierto? ¡Qué emocionante!

-Y todos estamos intentando convencerla para que no lo haga -intervino Steven desde el otro extremo de la mesa-. Debería quedarse en Inglaterra más tiempo para que pueda conocernos a todos como es debido.

-¿Lo ve, señorita Hartman? -murmuró Lady Hawkes en tono conspirador-. Y sólo hay una persona que quiere que conozca como es debido.

-Pero no es cierto -empezó a decir Lauri débilmente-. Steven y yo somos buenos amigos, eso es todo.

-Lo comprendo -intervino Sir Gerald, que debía de haber captado la conversación con su esposa. Se inclinó hacia ella y le guiñó el ojo al tiempo que le apretaba la mano brevemente-. Pero recuerde que los buenos amigos a menudo hacen las mejores parejas, señorita Hartman.

Lauri exhaló el aire que sin darse cuenta había estado conteniendo. Por un momento terrible había creído que iba a decir que los buenos a amigos a menudo hacían los mejores amantes... y aquello habría sido

realmente vergonzoso. Así que Lauri se sintió mejor cuando la familia Hawkes emprendió el viaje de vuelta a Londres en el lujoso coche de Sir Gerald.

-Entonces, ¿qué piensas de los ingleses de ciudad? -preguntó Steven cuando conducían de regreso a Hartman House.

-Bueno, como yo también soy una chica de ciudad -le recordó-, me cayeron bien.

Steven rió, y volvió a imitar su acento.

-Entonces, haré lo posible para comportarme como un hombre de ciudad, si eso me hace ganar puntos.

-No. Me gustas tal y como eres. Y antes de que te ronden pájaros en la cabeza por lo que acabo de decirte, quería decir que... bueno, sólo eso. Que me gusta mi amigo.

-Y a mí mi amiga -dijo Steven con una sonrisa en la voz, sin mirarla.

Lauri contempló su perfil. Llevaba las gafas y la gorra de automovilista que tan bien le habían servido de disfraz en su primer encuentro, pero los accesorios no ocultaban su firme mandíbula y sus rasgos masculinos...

-Cielos, mira quién vuelve a aparecer, la oveja negra -exclamó Steven, y los dos vieron a un jinete cabalgando a toda velocidad a campo traviesa.

A Lauri le dio un vuelco el corazón. Algo en la forma en que Robert Connors montaba su caballo tenía el poder de estremecer el corazón de cualquier mujer y, aunque no se sentía físicamente atraída por él, no era del todo insensible a la sensualidad de aquel hombre.

-Debías saber que volvería algún día, supongo -murmuró Lauri.

-Por supuesto. Pero con demasiada frecuencia suele traer consigo cierta agitación, y eso es decir poco.

Detuvo el coche cuando Robert se aproximó a ellos, inclinándose para saludarlos e ignorando la forma en que su caballo sudaba y resoplaba.

-Vaya, hermano. Ya veo que has aprovechado mi ausencia para conocer mejor a la encantadora señorita Hartman.

-No sabía que tuvieras prioridad sobre sus movimientos -dijo Steven fríamente.

-Pero ahora que he vuelto...

-Ahora que has vuelto, seré yo quien diga si quiero conocerte mejor, a ti o a cualquier otro, Robert -dijo Lauri, molesta porque los dos hombres hablaran como si ella no estuviera presente. Robert rió con arrogancia.

-Por supuesto. Pero me prometiste que me dejarías enseñarte a

montar, y apelo a esa promesa. Pídele prestado a tu tío uno de sus coches y ven a casa mañana por la tarde a eso de las tres. Tendré ensillada una yegua dócil para ti. Y si no tienes traje de montar, ya encontraremos algo en los establos.

Antes de que Lauri pudiera decir nada, Robert tiró de las riendas, dio media vuelta al caballo y se alejó al galope. Era indignante, pensó Lauri con enojo.

-Irás, por supuesto -dijo Steven.

-¿Tú crees?

Al día siguiente, fue a Connors Court en el mismo modelo T que había pedido prestado antes a su tío. Ya estaba familiarizada con el coche, y también con las carreteras del condado de Devon, donde era prudente conducir con cautela. Llevaba puesto un traje de montar que Helen había comprado para una joven que se había alojado en su casa durante un tiempo y que no había llegado a estrenar. Era de una talla razonable, a pesar de lo largas que eran sus piernas, pero lo prefería a tener que pedirle algo prestado a Robert Connors.

Debía darle el beneficio de la duda y pensar que sólo quería ser amable con ella, lo mismo que Steven, pensó Lauri, pero tenía sus dudas. Era más insolente que Steven... más aventurero, y muchas mujeres dirían que llevaba una vida más emocionante que la de Steven, pero eso no lo hacía más admirable.

-Vaya, los dioses me han sonreído al enviarme a una pupila tan elegante -comentó Robert en cuanto la vio aparecer en los establos-. Lo único que lamento es que un asunto imprevisto e improrrogable me impide poder acompañarte, así que Steven se ha ofrecido a hacer los honores.

Sus ojos la estudiaron de pies a cabeza, contemplando su impactante pelo rubio recogido limpiamente en un moño, la chaqueta verde, los pantalones de montar de color beige y las botas de cuero. Un examen tan osado de su figura curvilínea la puso nerviosa y, cuando estaba nerviosa, hablaba con aspereza.

-Me encantará ir con Steven, gracias. Dime, ¿estoy bien vestida para la ocasión?

La forma en que la miraba le hacía sentirse vulnerable y ponerse a la defensiva. ¿Qué tenía que tanto la irritaba?

-Estarías bien con cualquier cosa... o sin ella, Lauri -dijo con una profunda insinuación en la voz.

Entonces, supo lo que era. Robert no tenía la elegancia de Steven, que aunque no era contrario a las burlas no las hacía para sorprender, como Robert. A pesar de su educación, era un bruto, y si Alice Day tenía sus miras puestas en él, era todo suyo.

-Ésta es tu montura -dijo Robert cuando un mozo sacó una yegua moteada de ojos grandes del establo. No era un animal grande, pero de cerca le parecía enorme. La yegua ya estaba ensillada y el mozo la estaba invitando a poner el pie en el estribo.

Para alivio de Lauri, en cuanto Steven apareció, Robert se despidió de ellos y se alejó.

-No estoy segura de que sea tan buena idea -empezó a decir.

-No me digas que alguien que ha atravesado el océano tiene miedo de esta belleza. Molly no haría daño a una mosca.

Desde luego, la yegua parecía dócil, pensó Lauri con vacilación, y al ver la mirada desafiante de Steven supo que no podía echarse atrás.

-Entonces, adelante.

Steven le explicó cómo sostener las riendas y tirar de ellas cuando fuera preciso, y cuándo hincar los talones suavemente en los flancos de Molly para hacerla trotar e ir más rápido. Luego contempló cómo Steven montaba con soltura en su caballo de color pardo.

-No me harás galopar, ¿verdad? Me gustaría volver de una pieza.

Steven rió mientras se alejaban lentamente de los establos. Pero, en cuanto salieron a los campos abiertos y la incitó a ir un poco más deprisa, empezó a relajarse. Casi sin darse cuenta habían llegado a la costa, a un largo tramo de arena, y Steven sugirió que dejara trotar a Molly libremente, sólo por el gusto de hacerlo.

-¿De qué tienes miedo, Lauri? No imagino que no haya muchas cosas en la vida sobre las que no sientas curiosidad.

No podía pasar por alto la indudable pregunta en su voz y en su mirada, y Lauri sintió que le ardían las mejillas. No era una ingenua dispuesta a dejarse seducir por un señorito en un lugar aislado... pero tampoco era rápida o promiscua sólo porque proviniera de una cultura distinta y más progresista. La insultaba sugiriéndolo.

Sin pensar lo que hacía, Lauri hincó los talones con fuerza en los flancos de Molly y la yegua se lanzó hacia delante. Lauri gritó, aferrándose a las riendas mientras Steven le gritaba que se agarrara con fuerza que no le pasaría nada.

-¿Y qué crees que estoy haciendo? -gritó mientras el viento le arrancaba algunas horquillas y le soltaba el pelo. La arena penetró en sus ojos y trató de calmar a Molly inclinándose sobre su cuello.

Entonces, Steven apareció a su lado, tomó las riendas de Molly y la detuvo con destreza. Estaba controlando al animal... y riéndose. Por increíble que pareciera, se estaba riendo de ella, así que rápidamente enmendó su opinión sobre su sentido del humor.

Se deslizó al suelo y estuvo a punto de caerse al descubrir que sus piernas parecían haberse convertido en gelatina en los últimos minutos.

-¡Supongo que te parecerá divertido! -gritó, perdiendo su aplomo acostumbrado.

-Desde donde yo estaba sentado, sí, lo era -le dijo-. Pero la culpa fue tuya. Le hundiste los talones tan bruscamente que la asustaste.

-¿Que la asusté? -balbució Lauri-. ¿Qué diablos crees que me hizo a mí? ¡Estaba totalmente fuera de control!

-Tonterías. Molly habría reducido el paso en cuanto hubieras dejado de hostigarla. ¿Verdad, pequeña?

Steven había desmontado y empezó a acariciar la cabeza de la yegua con las manos, hablándole suavemente antes de darle unos terrones de azúcar que llevaba en el bolsillo.

Lo único que le preocupaba era el animal, bufó Lauri, y aunque era digno de un caballero ser amable con los animales y los niños, no estaba segura de querer ser el chivo expiatorio de la desenfrenada carrera de Molly por la playa.

Dio media vuelta y cruzó los brazos para mirar el mar con desafío mientras recuperaba el aliento. Luego, sintió los brazos de Steven en sus hombros y el corazón le dio un vuelco.

-Debes perdonarme si no te he dedicado la atención que merecías, Lauri. Pero lo único herido ha sido tu orgullo y los animales son valiosos.

-Y yo no -le espetó, empezando a sentirse bastante ridícula tras aquella demostración de pánico.

-Yo no diría eso, jovencita -dijo Steven.

Lauri fue consciente al instante de que estaban solos en aquel lugar aislado y, antes de que pudiera pensar en algo ingenioso que decir, Steven la volvió hacia él y cubrió sus labios con los suyos en un beso largo y dulce. Una mano se había deslizado al cuello para capturar los mechones sedosos de su pelo y la otra se había deslizado a su esbelta cintura para que no pudiera moverse...

Lauri se separó de él, preguntándose si pensaría que las jóvenes norteamericanas eran fáciles. Aquel pensamiento la deprimió al instante.

-¿A qué juegas? -le preguntó con enojo-. Mis tíos se escandalizarían si supieran que estabas tratando de comprometerme.

Cielos, qué pomposas resultaban sus palabras. Pero la respuesta impaciente de Steven no sirvió para aliviar aquella sensación.

-¿Comprometerte? Dios me libre de una mujer beata que no puede aceptar un gesto espontáneo de afecto. Y no me digas que los bostonianos no han aprovechado la oportunidad de besar a una mujer bonita cuando podían.

-Tal vez algunos lo hicieran -dijo fríamente-. Pero otros esperaron a ser invitados. Yo pensaba que un caballero inglés pertenecía a la

segunda categoría. ¿Pero continuamos con el paseo o era ése el final de la lección?

-Por supuesto que no era el final y, si me prometes no sospechar de seducción si te toco inadvertidamente, te ayudaré a volver a montar.

Después de recogerse el pelo lo mejor que pudo con las horquillas que le quedaban, dejó que lo ayudara a subir a la silla de Molly. Sólo entonces comprendió lo asustada que había estado cuando la yegua había tomado el control. No quería estar allí, y decidió que montar a caballo no era lo suyo.

-Ahora me doy cuenta de que Molly es demasiado pequeña para ti -declaró Steven-. Fue una tontería que Robert la sugiriera, seguramente habrías estado más cómoda con una montura más grande...

-Bueno, no tendréis que preocuparos en el futuro, porque no tengo intención de repetir el experimento.

-Es una pena -le dijo Steven mientras sus caballos trotaban por la arena-. Tienes una pose muy atractiva sobre la silla.

Lauri lo miró con enojo, pero Steven tenía la vista al frente y no supo si hablaba en serio o no. Pero tampoco iba a provocar una respuesta no deseada preguntándoselo.

Sin embargo, a medida que cabalgaron a paso más suave por los páramos y los prados de regreso a Connors Court, Lauri se sorprendió pensando en dos cosas.

Una era que se sentía inmensamente agradecida por que nadie hubiera sido testigo de su estupidez. La otra era el recuerdo de aquel beso...

-¿Disfrutaste del paseo a caballo? -la saludó su tío cuando aparcó el Ford delante de la casa con elegancia. Salió del coche con rigidez, anhelando un baño caliente.

-Bueno, Steven sí que disfrutó -contestó expresivamente-. Pero no tardé mucho en descubrir que montar a caballo me hacía ejercitar músculos que no sabía que tenía. Decididamente, prefiero sentir cuatro ruedas a mis pies que los lomos de un animal.

Vernon Hartman rió.

-Tiene gracia, pero a mí me pasa igual, querida. Pero si ya te has distraído bastante por hoy, tal vez sería buena idea que fueras a animar a tu tía. Creo que se siente un poco mal.

-Estaba perfectamente cuando me fui -dijo Lauri-. Espero que no sea nada serio.

-Yo también, pero le pediré al doctor Vine que venga y la examine mañana. Su tos es muy persistente y la extenúa cuando le dura mucho tiempo.

Lauri sintió una alarma repentina por sus palabras, percibiendo la

preocupación que se escondía tras ellas. A pesar de que ya había pasado un año, todavía no había aceptado del todo la muerte de su amado padre. Y después de encontrar a aquellos familiares tan encantadores, la idea de que a la tía Helen le ocurriera algo grave era insoportable.

-Iré a verla enseguida -dijo, y su propósito de darse un lujoso baño de espuma desapareció de su cabeza. Caminó a paso rápido hacia la casa y entró directamente en el salón, donde su tía estaba mirando por la ventana. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero parecía demasiado pálida y cansada.

-El tío Vernon me ha dicho que no te encuentras bien, tía Helen -dijo enseguida-. ¿Puedo hacer algo por ti?

Helen sonrió con pesar.

-No, a no ser que puedas dar marcha atrás a los años, querida, y para eso hace falta un milagro. Pero no pongas esa cara de preocupación. Nadie puede escapar al paso del tiempo.

Mientras hablaba, los espasmos volvieron, y pasaron varios minutos antes de que recobrara el aliento. Para entonces, Lauri se alarmó al ver cómo había perdido todo el color del rostro. Se quedó de pie junto a ella, sin saber que hacer. Finalmente, su tía habló con voz ronca.

-Déjame sola un rato, Lauri, y te prometo que se me pasará. Siempre es igual. No te preocupes por mí, querida.

-Entonces, si estás segura, me gustaría quitarme esta ropa de montar y darme un baño caliente.

-Por supuesto. Dile a Maisie que te ayude -dijo Helen vagamente, recostándose en la silla y cerrando los ojos.

Lauri la dejó y fue a buscar a la doncella. Y en cuanto la joven empezó a llenar la bañera en el espléndido cuarto de baño que su tío había instalado recientemente, la interrogó sobre su tía.

-¿Desde cuándo tiene mi tía estos ataques, Maisie? -le preguntó-. Comprenderás que esté preocupada.

-Claro, señorita, todos lo estamos -dijo la joven con ardor-. Hace ya tiempo, más de un par de años, diría yo. El médico viene a verla con regularidad, pero no hace gran cosa, aparte de darle jarabe para la tos.

-Entiendo. Bueno, gracias por decírmelo.

-No hay de qué, señorita. Le he dejado las toallas en esta balda. ¿Necesita alguna otra cosa?

-Nada, gracias -dijo Lauri, y se dio cuenta de que la doncella contemplaba con envidia su figura esbelta y voluptuosa. Los dos hermanos Connors también habían dado muestras de apreciarla. Lauri se estremeció y los apartó de sus pensamientos mientras se desvestía y se metía en el agua cálida y fragante.

El doctor Vine era un hombre maduro que usaba gafas y que, evidentemente, no tenía tiempo para interesarse en las máquinas modernas, porque se presentó en Hartman House en un cabriolé. Lauri esperó a que saliera de ver a su tía y habló con él fuera de la casa.

-Le agradecería que fuera sincero conmigo, doctor. ¿Es grave lo que tiene mi tía?

-¿Y qué le hace pensar que no he sido sincero con la dama en cuestión, jovencita? -repuso el médico con brusquedad. Lauri se sonrojó, pero la franqueza era su mejor arma.

-Porque sé por experiencia cómo trabajan los médicos. Por amabilidad hacia el paciente a veces dicen una cosa cuando piensan otra, ¿no es cierto?

Mantuvo la vista fija en él, consciente de que tal vez se hubiera excedido. A los médicos no les gustaba que cuestionaran sus métodos. Para alarma suya, su rostro se tornó grave.

-Yo diría que Lady Hartman tiene muchos años por delante, los mismos que cualquiera con un corazón débil y tendencia a ignorarlo. Nunca se recuperará del todo, ni empeorará indebidamente, pero un médico siempre tiene un límite si la naturaleza del paciente decreta lo contrario. ¿Responde eso a su pregunta?

-No exactamente, pero supongo que bastará por ahora.

-Entonces, disfrute de su estancia aquí, señorita Hartman, y guarde sus preocupaciones para sí. Su visita es el mejor tónico para mi paciente, como ella misma me ha dicho -añadió antes de alejarse.

Lauri se quedó mirando la nube de polvo que levantaban las ruedas del cabriolé durante unos minutos. Estaba segura de que el médico no había pretendido hacerle chantaje emocional al decirle que era el mejor tónico para su tía, pero sabía que era cierto. Y también sabía que el mayor deseo de su tía era que Lauri se quedara en Devon más tiempo del previsto.

Pero no, no entraba en sus planes, se dijo con firmeza. Volvería a Boston cuando terminara su visita. Tenía el pasaje reservado en un barco maravilloso y su tía se pondría bien en cuanto llegara el sol del verano. Había que pensar positivamente en la vida, se dijo Lauri con determinación.

## CAPÍTULO 5

A MEDIDA que los días se hicieron más cálidos, Lauri se convenció de que su tía estaba más fuerte y de que su teoría de que la luz del sol era el mejor de los tónicos favorecía la situación. Sin embargo, empezaba a tener dudas sobre su esperado viaje a Londres, aunque a modo de consolación, Steven le había prometido llevarla a Plymouth.

Se presentó en el día señalado, con una expresión menos que complacida y acompañado de su tía Freda, que iba a pasar el día con los Hartman. Los dos parecían muy agitados y, aunque no dijeron nada de inmediato, Lauri se volvió a Steven en cuanto subieron a su coche y se alejaron de la casa.

-¿Vas a decirme qué te pasa o tendré que aguantar tu cara gruñona todo el día? -preguntó.

-No te andas con rodeos cuando quieres saber algo, ¿verdad? -replicó-. Te lo iba a contar de todas formas. Tal vez no conozcas la historia de nuestro famoso fantasma...

-Sí, la he oído. No me digas que se ha materializado otra vez.

No pudo evitar sonreír, incapaz de pensar que Steven creyera en aquellas fantasías románticas.

-Hace tres noches, Alice juró que la vio vagando por los pasillos y que le dio un susto de muerte.

-¿Qué? -Lauri se sintió aún más escéptica al recordar a la calculadora señorita Day, y se preguntó si no sería un ataque de nervios fingido para poder arrojarse a los brazos de algún hombre complaciente-. ¿No habrá disgustado a tu tía abuela contándoselo? -preguntó enseguida, recordando la historia de cómo el padre de Steven había visto a la dama de gris poco antes de su muerte y lo había tomado como un lúgubre presagio.

-Se lo ha contado a todo el mundo, y ha puesto a todos los criados de los nervios. Luego hizo las maletas y se fue sin decir palabra. Robert está furioso, ya que al parecer Alice y él se habían tomado cariño. Y la tía Freda está indignada porque, por lo visto, la joven se llevó parte de su dinero y de sus joyas.

-¡Oh, no! -exclamó Lauri. Al margen de lo que hubiera pensado de Alice, nunca la habría tomado por una ladrona, ni siquiera en momentos difíciles-. Habrás llamado a la policía, ¿no?

-Por supuesto. Han invadido la casa estos últimos días. Me alegro de que tía Freda pase el día fuera ahora que nos han dejado para seguir algunas pistas, como ellos dicen, pero dudo que encuentren a Alice. Ya debe de estar muy lejos de aquí.

-Steven, lo siento mucho. Ha debido de ser terrible para ti, y sobre todo para tu tía.

-Si Alice era una ladrona, estamos mejor sin ella. Pero nadie sabe

con certeza si realmente vio a la dama de gris o se inventó toda la historia para que cundiera el pánico en la casa. Pero si Alice realmente vio al fantasma, ¿deberíamos dar crédito a la vieja historia de que presagia una muerte? Y más aún, ¿qué muerte? Contéstame a eso, si puedes.

Lauri comprendió entonces que Steven, a pesar de su sentido común, todavía sentía cierto respeto por un cuento sobrenatural que formaba parte de la herencia familiar.

-¿Es eso lo que piensa tu tía Freda? -dijo con cautela-. ¿Que presagia una muerte?

Y seguramente pensaría que era la suya. Según el orden natural de las cosas, los miembros más viejos de la familia perecían antes que los jóvenes.

-Bueno, da rodeos en torno al tema, lo mismo que Robert, pero sé perfectamente que no olvida la predicción de mi padre sobre su propia muerte. Y eso se hizo realidad.

-Podría haber sido sólo una coincidencia...

-Tal vez. O tal vez no -Steven contempló su rostro pálido-. Pero no debería preocuparte con los problemas de mi familia. Y mucho menos hoy.

-Tenías que decírmelo. De lo contrario, la tía Helen lo habría hecho, porque estoy segura de que ella y tu tía abuela están enfrascadas en una larga conversación.

Y tal vez también estuvieran analizándose mutuamente, tratando de adivinar quién tenía más posibilidades de estar a la merced del Señor de la Muerte...

Ante aquel pensamiento, Lauri sitió que el corazón se le paralizaba. La visita del fantasma Connors no podía estar relacionada con nadie que no fuera de la familia, así que no había ningún motivo para pensar que podría afectarle a la tía Helen. Pero Helen era la que estaba enferma y bajo los cuidados del médico, mientras que Freda, a pesar de su fragilidad, tenía una salud de hierro que la mantendría viva muchos años. Lauri se sintió presa del pánico cuando su imaginación precipitó los acontecimientos y vio a su tía muerta y enterrada...

Apenas se dio cuenta de que Steven había detenido el coche al borde de la carretera. Tampoco se había percatado de lo mucho que estaba temblando hasta que no la rodeó con sus brazos.

-Tal vez deberíamos posponer este viaje hasta otro momento, Lauri -dijo en voz baja-. Veo que te he alterado mucho. Parece que tengo la costumbre de hacerlo.

-No es culpa tuya, sino mía -murmuró-. Estoy preocupada por tía Helen y toda esta conversación sobre la muerte...

El rostro de Steven estaba muy próximo al suyo y, antes de poder anticipar lo que iba a hacer, le puso los labios suavemente en la mejilla. Al menos, así comenzó, pero fue Lauri la que se movió torpemente y giró inconscientemente la cabeza hasta que sus labios se encontraron y permanecieron unidos durante un largo y dulce momento.

Fue completamente distinto de su primer beso. Fue distinto de cualquier otro beso que Lauri hubiera recibido antes. Steven habló lentamente, todavía sin soltarla.

-Perdóname, Lauri. Parecías tan confusa que no pude soportar verte así.

-No hay nada que perdonar -repuso en voz baja-. No es más que... Bueno, he intentado ser clara al respecto, Steven. No quiero crear ningún vínculo emocional durante mi estancia aquí.

-Me parece bien, porque yo tampoco -dijo en tono sereno.

Lauri se sintió levemente perpleja por su réplica, y Steven se rió de su expresión incrédula.

-Seguramente he vuelto a ofenderte con mi torpeza. Lo que quiero decir es que, dado que el tiempo que vamos a estar juntos es muy limitado, estoy de acuerdo en que sería una locura enamorarnos, ¿no crees?

–Una auténtica locura -dijo Lauri con firmeza. Era evidente que Steven era tan sensato como ella.

Decidieron continuar su camino, y una vez en Plymouth, se maravilló de la increíble extensión de agua del puerto mientras Steven la deleitaba con sus conocimientos sobre los diversos barcos que flotaban en el agua. Finalmente, cuando empezó a acusar el cansancio, se retiraron a un hotel a almorzar.

-Te agradezco que me hayas traído aquí, Steven, sobre todo hoy -le dijo Lauri cuando se sentaron a una mesa con vistas al río. Meneó los dedos de los pies, contenta de poder flexionarlos después del largo paseo.

-Para mí es un placer -dijo Steven bruscamente-. No bromeaba cuando dije que me gustaría que te quedaras más tiempo.

-Sabes que no puedo.

-¿Por qué no? ¿Qué te lo impide? Podrías quedarte todo el verano, a tus tíos les encantaría. Te quieren mucho.

La camarera les llevó la comida en aquel momento, y Lauri hizo un esfuerzo por apartar de su mente la pregunta que había surgido tras las palabras de Steven: «Y tú, ¿también me querrás?»

-No soy ningún médico, por supuesto -continuó Steven-, pero conozco a tu tía bastante bien. Ha mejorado mucho desde que estás aquí, y seguramente empeorará cuando te vayas.

-¡Eso es el chantaje emocional más ruin para hacer que me quede que he oído nunca!

Steven se encogió de hombros.

-Te aseguro que no pretendía que lo fuera. Si lo parecía, te pido mis más sinceras disculpas.

Parecía tan franco que Lauri no dudó que hablaba en serio. Pero si conocía a su tía tan bien, debía de haber notado el cambio en ella.

-¿Realmente ha mejorado desde que estoy aquí? -dijo con incomodidad. Y en ese caso, ¿cómo debían de ser antes sus ataques de tos?

-No debería haber dicho nada, pero sé que tu tío está considerando la posibilidad de llevarla a Londres a ver a un especialista de Harley Street. Seguramente, habrá pensado que tu deseo de visitar la ciudad podría coincidir convenientemente con una visita al médico sin que tu tía objetara demasiado.

-¿Es que objeta? -preguntó Lauri, pensando que Steven parecía saber más sobre su familia que ella misma. Pero claro, era su vecino desde hacía mucho tiempo.

-Yo creo que no quiere reconocer que puede tener algo serio, porque en cuanto la vea un especialista...

Dejó el resto a la imaginación de Lauri.

Lauri sintió que su alarma se acrecentaba. Era la tía de Steven, no la suya, la que aquella mañana había aparecido con el ánimo agitado, pero las tornas parecían haber cambiado y se sentía llena de ansiedad por su tía Helen. Y por irónico que pareciera, casi sentía rencor hacia Steven por ser él el causante de su preocupación.

-Otra vez tienes esa mirada agresiva -dijo Steven lentamente-. Creo que no te gusta que un simple hombre te contradiga. ¿Ha sido tu educación privada el origen de tu independencia o es algo más básico?

-Seguramente las dos cosas. Y no soy en absoluto agresiva, te lo aseguro. Tal vez demasiado resuelta.

Los dos sorprendieron el brillo en sus miradas en aquel momento. Relajándose, se echaron a reír simultáneamente y Steven cubrió su mano con la suya.

-En eso tienes razón -le dijo, imitando nuevamente su acento-. Pero me gustan las jóvenes con espíritu, y eso no te falta.

Lauri se sintió absurdamente complacida por aquel pequeño cumplido. Había oído otros mucho más floridos y menos sinceros.

La cena tocaba a su fin y Lauri se sorprendió vigilando a su tía disimuladamente. Hacía horas que Steven se había marchado a Connors Court con su tía, pero gran parte de la conversación durante la cena había girado en torno a los sucesos de la gran mansión, y Lauri

intentaba averiguar con sutileza si la historia de la aparición había consternado a su tía. Al parecer, no.

-Si crees que he prestado la más mínima atención al cuento del fantasma Connors, jovencita, estás muy equivocada -dijo Helen con determinación-. Y no tengo intención de dejarme influir por él en ningún sentido.

Lauri sintió un calor repentino en el rostro y supo que debía de estar colorada de vergüenza.

-Lo siento, sólo me preguntaba...

Se quedó callada. ¿Cómo podía explicar que había tenido una visión desagradable de la mortalidad de su tía y que no podía soportar la idea de perderla tan rápidamente después de haberla encontrado? Para su sorpresa, su tío terminó la frase por ella, eructando casi imperceptiblemente al acabar de comer.

-Sólo te preguntabas a quién exactamente había querido advertir el fantasma, ¿verdad, querida? -dijo con una carcajada-. Yo creo que no ha sido más que una ingeniosa distracción sin fundamento alguno. Las noticias sembraron el pánico en la casa y el robo no se descubrió de inmediato, por lo que la perversa Alice pudo ponerse a salvo sin problemas.

Helen rió al ver el asombro en el rostro de Lauri ante aquel resumen de los hechos.

-Ya ves que tu tío sabe desechar cuestiones tan frívolas como advertencias de fantasmas, Lauri, y tú debes hacer lo mismo. Es una bonita historia, nada más, y Freda se tranquilizó mucho al oír la explicación de Vernon.

-Y como todo lo que robó su dama de compañía estaba perfectamente asegurado, no se ha producido ningún daño real -añadió Vernon.

Lauri no pudo dejar pasar aquel comentario.

-Creo que ése es un punto de vista enteramente masculino, tío. Tal vez la señorita Connors no haya echado en falta el dinero, pero estoy segura de que algunas joyas debían de tener mucho valor sentimental. Y eso es algo que no se puede suplir.

-Esas cosas dejan de ser tan significativas a medida que envejecemos, Lauri -dijo su tía Helen-. Y la salud es más importante que todas las joyas de la Corona.

-Así que hemos tomado una decisión -intervino su tío, y Lauri se sorprendió mirándolos alternativamente como si estuviera observando a dos jugadores en un partido de tenis.

-¿Qué decisión? -preguntó con una sonrisa.

-Iremos a Londres a pasar unos días a finales de la próxima semana. E insisto en que tu tía vea a un médico de Harley Street para

que todos nos tranquilicemos de que la tos no es un síntoma de algo más serio.

Todo estaba transcurriendo como Steven le había dicho, pensó Lauri débilmente, preguntándose si acaso era adivino...

-Por favor, borra esa mirada de preocupación, Lauri -dijo Helen-, La visita a Harley Street es sólo una excusa. Tu tío se muere de ganas de enseñarte la ciudad, y si insistes en volver a Boston en abril, decidimos que era mejor hacer planes ahora.

-Tía, sabes que tengo que volver...

-No sabemos tal cosa -repuso Vernon con firmeza-. Eres una mujer libre, y nos encantaría que te quedaras con nosotros por tanto tiempo como desees. Eres un soplo de aire fresco en esta vieja casa apolillada. Y si quisieras quedarte para siempre, nada sería de mayor agrado para nosotros.

Lauri rió, pero sintió que la garganta se le cerraba. Eran unas personas encantadoras, y se alegraba de conocerlas y formar parte de su vida.

-Ni esta casa ni sus inquilinos tienen nada de apolillado, tío. Pero gracias por el ofrecimiento y por el cumplido.

-Entonces, piensa en ello -insistió Vernon.

Por un momento, Lauri bajó la guardia y se permitió soñar. ¿Realmente quería volver a Boston? Y si no iba, ¿encajaría allí como la sobrina de aquel matrimonio tan inglés? Una visita era una cosa, pero quedarse para siempre otra muy distinta.

A sus tíos les agradaba su juventud y su actitud independiente, pero la libertad de la que disfrutaba tomando sus propias decisiones no era necesariamente el estilo inglés, y tal vez llegara un momento en que se cansaran de ella. Lauri era la novedad, y todo el mundo sabía que al final toda novedad perdía su brillo.

Robert Connors se presentó al día siguiente por la tarde, montando su caballo, mientras Lauri y su tía estaban sentadas en el jardín. Estaba muy elegante sobre la silla, reconoció Lauri, apuesto e imponente, y tenía la sensación de que Robert lo prefería a la posición más mundana tras el volante de un coche. Había algo primitivo y básico en la relación entre un hombre y un caballo...

-¿Cómo están, señoras? -las saludó a las dos.

-Las dos estamos bien -repuso Helen enseguida-. Pero ¿qué me dices de Freda? Confío en que no se haya indispuesto después de su desagradable experiencia. ¿Se sabe algo más?

-Freda está bien -dijo fluidamente-, y ya está en su elemento contando la historia a su círculo de viejas cotorras... Perdón, Lady Hartman, pero no es mi intención incluirla en esa descripción, naturalmente.

-Naturalmente –replicó Helen con ironía, y Lauri vio que conocía muy bien a aquel joven-. Entonces, ¿cuál es el propósito de esta inesperada visita, Robert? Normalmente no pierdes el tiempo con viejas cotorras, así que supongo que la principal atracción es la joven aquí presente.

-Estoy segura de que Robert ya tiene bastantes amigas como para tomarse molestias conmigo -dijo Lauri.

-Ah, pero en eso te equivocas, Lauri -contestó con pesar burlón-. Paso tanto tiempo fuera que, cuando vuelvo, cualquier joven en la que hubiera puesto mis miras ya se ha fijado en otro. ¡Deberías compadecerte de mí!

-Dudo que nadie pueda compadecerte -replicó Lauri-. Yo diría que podrías escoger a la mujer que quisieras...

Se mordió el labio. No había pretendido halagarlo, pero era evidente que Robert había tomado sus palabras como un cumplido. En cuanto habló, confirmó su opinión de que era muy arrogante y prepotente.

-Qué comentario más franco y halagador, querida Lauri. Pero es algo propio de nuestros primos de las colonias, al menos eso tengo entendido.

-¿Me estás criticando? -preguntó Lauri.

Robert fingió estar horrorizado por la sugerencia.

-Nunca criticaría a una dama. Sobre todo cuando he venido hasta aquí para pedirte que me acompañes a los festejos de Kingscombe el sábado por la tarde. Te prometo que te divertirás.

Helen habló enseguida.

-Ve, Lauri. Será una oportunidad única. Verás cómo la gente del pueblo se viste con trajes de época y reproducen algunas de las viejas costumbres para los visitantes.

-¿Qué clase de viejas costumbres?

-Carreras de sacos, pescar manzanas en un barril -explicó Robert atrevidamente-. Las señoras venderán sus mermeladas y pasteles caseros y algunas de las jóvenes más bonitas de la ciudad venderán besos.

-Me preguntó qué comprarás tú -dijo Lauri.

-Touché. Entonces, ¿vendrás?

-De acuerdo, y gracias -contestó-. ¿Irá también Steven?

Lo dijo sin pensar, pero sin duda si el sofisticado Robert se dignaba a pasar la tarde en las festividades de un pueblo, Steven disfrutaría con ellas. Para su sorpresa, Robert movió la cabeza.

-Siento decepcionarte, pero no. Va a llevar a la tía Freda al despacho de nuestro abogado en Exeter, para reclamar la indemnización por el robo de las joyas.

Aquello ensombreció el ánimo de todos, y luego Robert les informó que, al parecer, Alice Day había desaparecido y que la policía había declarado que no era probable que la señorita Connors volviera a ver sus joyas.

Y para alguien supuestamente atraído por Alice, Robert Connors no parecía en absoluto preocupado por su desaparición. Superficial, decidió Lauri. Ésa era la palabra que lo definía.

## CAPÍTULO 6

DE MODO que había dos acontecimientos que esperar. El sábado por la tarde prometía ser una distracción deliciosa, y al término de la semana siguiente, estaba el viaje a Londres que tanta ilusión le hacía.

-Me gustaría enviar una carta a Sir Gerald Hawkes y a su esposa, tía Vernon -le dijo a su tío aquella misma noche-. Me invitaron a visitarlos si alguna vez iba a Londres y no sería educado no hacerlo, ¿verdad?

-Por supuesto. Pero ¿por qué no les telefoneas cuando lleguemos a nuestro hotel y lo dispones todo para ir a verlos la tarde en que tu tía y yo tenemos la cita en Harley Street?

-De modo que ya habéis concertado la cita -dijo Lauri, recordando que la razón principal del viaje a Londres era la visita al médico.

-Para el lunes por la tarde, así que dispondremos de los dos días siguientes para visitar algunos de los lugares más importantes -dijo Helen.

-¿Estás nerviosa, tía Helen?

No tuvo intención de hacerle aquella pregunta, pero después de haber visto la enfermedad de cerca en dos ocasiones, no pudo evitarlo. Su tía sonrió débilmente.

-Siempre he tenido una filosofía muy sencilla, Lauri. Lo que tiene que ser, será, y siempre que uno haga todo lo que esté en su mano, no hay necesidad de preocuparse por nada más. Así que me niego a estar nerviosa sin motivo.

-Entonces, eres más valiente que yo -dijo Lauri.

-No, querida. Sólo más vieja.

El sábado por la tarde, Robert Connors se presentó en la casa detrás del volante de un coche deportivo, contradiciendo el hecho de que sólo era un jinete de primera sin otras habilidades.

-Cuida de nuestra sobrina, Robert, y no conduzcas muy deprisa -lo advirtió Vernon después de admirar la línea agresiva del vehículo.

Robert rió, echando la cabeza hacia atrás de forma despreocupada, y Lauri comprendió cómo podía haber cautivado a sus señoritas españolas.

-Hasta ahora no he perdido nunca a una joven, señor, a no ser que fuera mi intención, por supuesto -dijo con una arrogante sonrisa.

Lauri subió al coche dispuesta a disfrutar de las festividades y a olvidar sus preocupaciones. Se alejaron de Hartman House y vio cómo Robert la miraba con desafío.

-¿Te asusta la velocidad, Lauri? No me pareces una joven miedosa.

-Yo no diría eso. Es de tontos hacer las cosas sin pensar en las

consecuencias.

Por un momento, Robert le puso la mano en la rodilla. Estaba cubierta del cuello al tobillo con un elegante traje de hilo de color verde lima, pero aun así, le desagradó aquella familiaridad y le quitó la mano sin decir palabra. No era una mojigata, pero no quería que pensara que era una mujer fácil.

-Entonces, dime, ¿qué piensas de mi hermano? -oyó decir a Robert fríamente-. Supongo que es de .tu agrado

-Hasta el momento me han agradado todas las personas que he conocido en este país -repuso con la misma frialdad.

-Eso no es lo que te he preguntado. ¿Qué piensas de Steven?

Lauri no contestó inmediatamente. No le molestaba que la pusiera en aquel compromiso, pero no le gustaban los modos bruscos de Robert. Y tenía la sensación de que podía ser cruel y despiadado llegado el caso.

-Me cae muy bien -dijo deliberadamente-. Le interesa la gente, y es un hombre de negocios inteligente que ama su trabajo.

Robert se echó a reír.

-Dios mío, qué aburrido suena. Que Dios me libre de tener una reputación así con las damas.

Lauri se enojó.

-No era eso lo que quería decir. Steven no me resulta en absoluto aburrido y estoy segura de que él no querría esa clase de reputación con las damas a las que te refieres.

-Bueno, realmente ha encontrado en ti una gran defensora, ¿no es cierto? -dijo con ironía.

-¿Por qué no dejamos a un lado este tema? -repuso Lauri-. No quiero pasarme el día analizando a los demás.

Lauri inspiró hondo y permaneció callada mientras se aproximaban al pueblo de Kingscombe, pero la idea que ocupaba sus pensamientos era que, a pesar de todo su carisma físico, no tendría que esforzarse mucho por sentir desagrado hacia Robert Connors.

Kingscombe estaba de fiesta en el sentido más auténtico de la palabra. Había serpentinas y banderolas adornando las calles y una gran pancarta que proclamaba las celebraciones anuales. El pueblo era demasiado minúsculo para tener jardín público, pero aun así, había un grupo de bailarines actuando justo cuando Robert detuvo el coche.

-¿Quieres ver esto? -preguntó con aburrimiento.

-¡Sí, por favor! Es increíble -exclamó Lauri, sin preocuparse si Robert pensaba que era una ocupación demasiado insípida para un hombre vestirse con mallas y cascabeles y bailar ondeando pañuelos de colores al ritmo de la música. Sus movimientos eran tan

complicados como los de cualquier bailarín y había un grupo numeroso de personas contemplándolos.

-Perdone, señora, ¿pero tienen algún significado estos bailes? -preguntó Lauri a una mujer que estaba cerca, ya que Robert parecía poco inclinado a contarle nada.

-Bueno, cada baile cuenta una historia, hija, y algunas tienen que ver con ritos de fertilidad, pero ni siquiera yo sé gran cosa sobre ellos -contestó la mujer, y luego miró a Lauri con curiosidad-. No eres de por aquí, ¿verdad?

-No, soy de Boston.

La mujer pareció no comprender.

-¿Eso está por el norte?

Lauri sonrió.

-No, está en Norteamérica.

La mujer perdió interés cuando los presentes rompieron en aplausos para los bailarines, y Robert habló a Lauri al oído.

-Le habría dado igual que le hubieras dicho que eres de otro planeta. ¿Has tenido bastante? Las atracciones principales tienen lugar en las afueras del pueblo.

-Estoy lista -dijo Lauri, y empezó a preguntarse por qué Robert habría sugerido llevarla allí. A no ser que fuera sencillamente para rivalizar con Steven... o tal vez la tía Freda había insistido en que cumpliera con su deber de vecino. La idea molestaba a Lauri, porque, desde luego, no quería estar agradecida a nadie de esa manera.

-Si prefieres hacer alguna otra cosa, Robert, me alegrará poder vagar por la fiesta yo sola -le dijo cuando estuvieron otra vez en el coche.

-¿Qué te hace pensar que preferiría estar en otro sitio que no fuera con la joven más bonita del condado?

Lauri deseó que no hiciese esos cumplidos que tan fácilmente salían de sus labios, pero que no significaban nada. Al ver que no contestaba, Robert suspiró profundamente.

-Supongo que si Steven hubiera dicho lo mismo lo habrías tomado en serio, ¿verdad?

Lauri se quedó mirándolo, sorprendida. Por un momento le había parecido casi celoso... casi humano, en lugar de proyectar la imagen sofisticada que por lo visto prefería. Pero Robert se apresuró a soltar una carcajada.

-No pasa nada, muchos lo ven igual que tú. Él es el responsable de la familia y yo la oveja negra.

-Robert, si quieres que disfrute de este día, dejémoslo estar, ¿de acuerdo? -dijo malhumorada.

Se sintió aliviada cuando llegaron al prado donde estaban las

tiendas de puestos y los sonidos de la música de organillo se movían por el aire. Observó las cómicas carreras a tres pies y las carreras de sacos, y declinó el ofrecimiento para atrapar manzanas. No pudo resistir la tentación de comprar mermeladas y tartas de fruta, y vaciló delante de la tienda de la pitonisa.

-No es más que la esposa de un granjero disfrazada -le dijo Robert-. No es una clarividente de verdad, si es que esas cosas existen, que lo dudo, y sólo te dirá lo que a las mujeres os gusta oír. Que os casaréis con un caballero rico y apuesto y viviréis felices el resto de vuestros días.

-No todas queremos oír eso -dijo Lauri bruscamente-. Aunque no lo creas, no todas buscamos marido.

-Qué terrible desperdicio sería para una joven como tú que vivieras como una solterona.

-Yo no he dicho eso...

Pero su interés ya se había desviado al puesto de las jóvenes que vendían besos por un penique bajo la estricta vigilancia de sus padres. Lauri se alegró de disculparlo mientras Robert iba a cumplir con su deber por el bien de los fondos de la iglesia, como burlonamente lo expresó él mismo, y vagó por las tiendas ella sola, contenta de poder respirar a gusto y deseando que Steven estuviera disfrutando del día con ella.

Su imagen apareció en su mente de forma tan repentina que estuvo a punto de tropezar. No importaba lo encantador que Robert pudiera ser cuando quisiera, se sentía mucho más cómoda con Steven. Tal vez exteriormente no irradiara tanto poder como Robert, pero era muy inteligente y, si lo decidía, podía superar a su hermano en lo que quisiera. Aunque Lauri no sabía de dónde había salido aquel pensamiento.

-¿Te apetecería venir a casa a tomar el té? -dijo Robert cuando finalmente decidió que había tenido bastante-. La tía Freda esperaría que te lo pidiese.

Y ésa era otra razón por la que Robert nunca estaría a la altura de Steven. No tenía delicadeza, pensó Lauri mientras aceptaba la invitación.

En cuanto entraron en Connors Court, Lauri revisó su idea de que Steven era más tranquilo que su hermano. Tenía el rostro contraído de furia y se levantó de la silla con los puños cerrados en cuanto entraron en el salón.

-¿Qué ha pasado? -dijo Robert enseguida-. Parece que hubieras perdido seis peniques y encontrado sólo uno.

Aquellas palabras triviales no sirvieron para apaciguar a Steven.

-Tal vez pienses eso cuando sepas lo que va a pasar. Mi visita al bufete de Slater ha sido muy oportuna, al parecer, porque pensaba venir a vernos dentro de poco. Pero ya que estaba allí, cuando arreglamos el asunto de tía Freda...

-Cielos, ve al grano, hermano -dijo Robert con irritación-. No entiendo ni media palabra de lo que dices.

-Creo que tal vez debería dejaros para que habléis a solas de vuestros asuntos... -empezó a decir Lauri.

Ninguno de los dos se fijó en ella y, recordando que debía esperar a que uno de los dos la llevara de regreso a Hartman House, se dejó caer en uno de los sofás tapizados de seda mientras los hermanos continuaban mirándose con enojo.

-Se trata del testamento de nuestro padre -declaró Steven. Los ojos de Robert se entornaron.

-¿Cómo es posible? Todo quedó legalizado después de su muerte. ¿Qué otras noticias puede haber después de cinco años? Si Slater sabía algo que nosotros desconocíamos, nos lo debería haber dicho en su momento.

-Al parecer, hay un codicilo en el testamento que no debe revelarse hasta nuestro cumpleaños del próximo mes de mayo, y Slater dice que es irrefutable.

-Bueno, sigue. ¿Qué dice ese supuesto codicilo? -repuso Robert con furia, y Lauri pudo ver que anticipaba noticias desagradables.

-Ese viejo diablo no quiso decirme nada. Pero sentía que era su deber moral advertirnos de que no todo es tan definitivo como nosotros creemos.

-¿Cómo? ¿Y lo dejaste así?

-No podía sonsacarle nada si estaba legalmente obligado a no revelarme su contenido...

-Entonces, yo mismo iré a Exeter y obligaré a ese bastardo a confesar -bramó Robert. Al oír la exclamación involuntaria de Lauri, los dos hermanos la miraron por un momento y Steven se apresuró a hablar.

-Debes perdonar a mi hermano, Lauri, pero dadas las circunstancias...

-Dadas las circunstancias, creo que es un apelativo muy apropiado para describir a ese bufón, y puedo disculparme perfectamente yo mismo -le espetó Robert.

Lauri se puso en pie y se alisó la falda con el rostro en llamas. Lo único que deseaba era salir de allí.

-Perdonadme, pero ¿os parece bien que pida que traigan el té para los tres o me estoy tomando demasiadas libertades?

Los dos se quedaron mirándola y Lauri se sintió igual de intrusa

que un insecto irritante al que había que aplastar lo antes posible. No era una sensación muy cómoda.

-Adelante, Lauri -dijo Steven, todavía incapaz de controlar su tensión-. Tal vez sea mejor que continuemos esta conversación en privado.

“¿Y no es eso lo que sugerí nada más entrar en el salón?”, pensó Lauri. Pero había sido como hablar a la pared. Se encogió de hombros y se alejó buscando la cocina. Una vez allí le pidió a una doncella que sirviera el té para tres personas en el salón en unos diez minutos. Tal vez no le correspondiera a ella tomar la iniciativa, pero si no lo hacía seguramente no tomarían nada, y estaba muerta de sed.

Hizo tiempo vagando por los jardines, tomando el sol primaveral, y permaneció allí hasta que estuvo segura de que ya habrían llevado el té al salón. Lo que había prometido ser una excursión entretenida, pensó mientras volvía a paso lento a la casa, se había convertido en una situación embarazosa.

Como había imaginado, la doncella estaba sirviendo el té a los hermanos, que parecían un poco menos tensos que antes.

-Siento que tuvieras que presenciar nuestra discusión, Lauri -dijo Steven secamente-. Acababa de llegar a casa con tía Freda cuando Robert y tú aparecisteis y no podía apartar el asunto de mi cabeza.

-Por favor, no te preocupes por mí –murmuró-. Y puedes confiar en que nada de lo que he oído saldrá de esta habitación.

-Gracias -dijo Robert, con una peor predisposición a la calma que Steven. Pero claro, Steven había tenido más tiempo para digerir las palabras del abogado.

-Si no os importa, me gustaría volver a casa después del té.

-Por supuesto -repuso Robert-. Seguramente ya has tenido bastantes emociones en un solo día.

Lauri lo miró con enojo, sin saber si estaba siendo sarcástico o sólo brusco por su estado de ánimo. Si pensaba que asistir a las fiestas de un pueblo y escuchar una estúpida discusión entre hermanos era toda la emoción que podía soportar, no la conocía en absoluto, pensó Lauri con firmeza, y se alegró de poder abandonar Connors Court, aunque fuera en compañía del todavía malhumorado Robert.

Helen estaba hojeando una revista en el salón y levantó la vista cuando su sobrina entró en la estancia.

-¿Has tenido un buen día, Lauri? Tienes las mejillas tan sonrosadas que yo diría que lo has pasado bien, a no ser que Robert te haya estado diciendo cosas que no debería. Es un granuja encantador, pero estoy segura de que eres lo bastante sensata como para no prestar demasiada atención a sus tonterías.

-No te preocupes, no lo tomo en serio, tía -contestó-. ¿Qué miras con tanta atención?

Helen le enseñó las páginas de los vestidos medievales.

-He decidido asistir al baile de máscaras de los Connors vestida de dama de la corte medieval. Tenemos algunos disfraces viejos en el desván, así que podremos hacer algún arreglo. ¿Qué te parece?

Faltaba poco más de un mes para el baile de cumpleaños, así que era razonable que se iniciaran los preparativos. A Lauri le parecía que, cuanto más pensaba que no iba a asistir, más atraída se sentía a hacerlo. Contempló las páginas que su tía le estaba enseñando, tomadas de uno de los museos de Londres.

-Son hermosos -corroboró, leyendo el texto sobre los terciopelos y brocados y viendo las imágenes de aquellos peinados tan complicados.

-Lo son -suspiró Helen-, y tú les harías más justicia que yo. Pero tal vez te gustaría ver lo que tenemos en los baúles y ayudarme a decidir si hay algo que pueda serle útil a mi modista.

Cuando las doncellas bajaron el baúl del desván y extendieron las prendas en la cama de Helen, Lauri no pudo negar la sensualidad de las telas de los antiguos vestidos y accesorios que su tía guardaba como un tesoro. Los terciopelos de color dorado y los brocados pedían a gritos que los usaran...

-Me pregunto qué te gustaría ponerte, suponiendo que fueras a ir al baile, Lauri -reflexionó Helen.

-Tía, ya sabes que no es probable...

-Pero nada te impide soñar, ¿verdad? Yo creía que todas las jóvenes soñabais.

-Bueno, entonces -Lauri se dejó llevar inesperadamente por su imaginación-. Como soy norteamericana y la gente piensa que soy más moderna que la mayoría, me vestiría con seda de color escarlata y plumas e iría como una joven de un salón del Oeste. Seguro que dejaría perplejo a todo el condado, ¿no crees? -le dijo, y rió ante la imagen que había evocado.

-Al contrario, creo que todos los jóvenes sentirían la sangre correr por sus venas de placer -dijo Helen con ironía-. Lo tendremos en cuenta.

Lauri volvió a reír.

-Por favor, no te molestes, tía, porque no va a ocurrir.

## CAPÍTULO 7

LOS Hartman recorrían el trayecto a Londres. La excitación de Lauri crecía con cada kilómetro que cubrían en el coche de su tío, aunque Helen protestaba suavemente de vez en cuando comentando que habría sido más fácil ir en tren.

-Tonterías, querida -dijo Vernon con voz resuelta-. Ésta es la única manera de viajar, aprovechando el confort de nuestro propio vehículo.

Lauri y su tía intercambiaron miradas. Por muy lujoso que pareciera el Wolseley amarillo, el trayecto a Londres era largo y el traqueteo se hacía pesado, a pesar de que las dos noches que pasarían en hotel durante el viaje.

Llegaron a Londres en tiempo récord, según anunció Vernon eufóricamente, como si hubiese sido él el responsable del buen rendimiento del Wolseley. Aunque seguramente lo era, teniendo en cuenta los cuidados que le prodigaba, pensó Lauri con regocijo. El Park Hotel era lujoso y Lauri se maravilló contemplando a su paso los monumentos de la ciudad, de los que tanto había oído hablar y nunca había creído poder ver.

Su tía tenía la cita con el médico al día siguiente, así que para no estorbar a sus tíos con su presencia y consternación, telefoneó a la residencia de los Hawkes en cuanto se instaló en la habitación del hotel. Una doncella contestó la llamada y, momentos después, Lauri escuchó la voz de Lady Hawkes.

-Señorita Hartman, es un placer hablar con usted. A mi marido le encantará saber que se ha acordado de ponerse en contacto con nosotros. Dígame, ¿cuándo podrá venir a vernos?

-Me preguntaba si mañana resultaría conveniente. Sólo voy a estar aquí unos pocos días con mis tíos y mañana tienen un asunto personal del que ocuparse.

-Entonces, estás de suerte, querida. Ahora mismo el Parlamento está cerrado y podremos estar a tu disposición todo el día. Sugiero que tomes un taxi y vengas a nuestra casa a eso de las once de la mañana. Iremos en barco por el río, almorzaremos en una antigua posada y te enseñaremos los lugares de interés. ¿Qué te parece?

-¡Maravilloso! Muchas gracias, Lady Hawkes.

-Entonces, lo apuntaré en la agenda enseguida. Esperamos verte mañana.

Su comentario casual le recordó a Lauri lo importante que era Sir Gerald, ya que hasta en sus días de vacaciones tenía que apuntar su programa de actividades en una agenda. ¿Cómo era posible que un miembro del Parlamento empleara parte de su tiempo en enseñar a una turista norteamericana la ciudad? Aquello no sirvió para mitigar su excitación cuando le transmitió la noticia a sus familiares.

A juzgar por la mirada de alivio de Vernon, supo que se alegraba de tener el día siguiente por entero para ellos, ya que hasta la presencia de su amada sobrina sería superflua. Pero eso le hizo recordar a Lauri lo preocupado que estaba su tío por el resultado de su visita.

Sin embargo, no tenía sentido esperar lo peor, ni suponer que aquel especialista no podría hacer milagros. Aunque eso fuera agarrarse a un clavo ardiendo.

La casa de Sir Gerald Hawkes estaba excepcionalmente situada, como correspondía a un hombre de su categoría y, cuando el taxi la dejó allí, la pareja la saludó afectuosamente.

-Me alegro de verla otra vez, querida, sigue igual de hermosa -dijo Sir Gerald-. ¿Cómo está su hombre?

-Si se refiere a Steven Connors, estaba muy bien la última vez que lo vi., pero no es nada mío, Sir Gerald -empezó a decir con una carcajada.

-Tonterías. Tal y como la miraba, está más que enamorado de usted. Y no le culpo.

-Gerald, deja de meterte con ella -intervino su esposa, volviéndose a Lauri-. Siento que los niños no estén hoy con nosotros, querida, pero nos aseguraremos de que te diviertas.

-Imagino que le gustará ir en barco por el río, dado su especial interés en los barcos, ¿verdad, señorita Hartman? -continuó con una sonrisa picara.

-Me encantaría. Y mi nombre es Lauri -les dijo. No recordaba si les había pedido que la tutearan antes, pero le parecía demasiado pomposo no hacerlo.

Enseguida vació de su cabeza todo pensamiento. Aquél era el día señalado para ver Londres en todo su esplendor, y recorrieron la ciudad en el coche con chófer de Sir Gerald. La ciudad estaba admirable en primavera, con los parques llenos de flores y los antiguos edificios más majestuosos que ninguno que Lauri hubiera visto antes.

-Ahora entiendo por qué la gente se enamora de Londres -dijo horas más tarde, contemplando el vasto edificio que constituía la sede del Parlamento y la alta torre del Big Ben desde el barco-. Aunque en el fondo era un hombre de campo, a mi padre le encantaba venir aquí, y siempre quiso que conociera la ciudad.

-Es una pena que sólo vayas a quedarte unos días -dijo Lady Hawkes-. Es imposible que lo veas todo en tan poco tiempo.

-Lo sé -repuso Lauri con pesar-. Pero mi padre también dijo que siempre debía dejar algo para ver en otra ocasión. Así me aseguraría

de volver.

¿Y por qué había dicho eso cuando era tan poco probable que visitara otra vez aquel país? Cuando volviera a sumergirse en su vieja vida y en su trabajo, aquellos excesos y gastos quedarían fuera de su alcance.

-Tu padre era un hombre muy sabio, y es evidente que lo querías mucho -observó Lady Hawkes.

-Mucho, sí.

Cuando Sir Gerald insistió en que su chofer la llevara de regreso al Park Hotel a última hora de la tarde, Lauri se sentía rebosante de alegría, pero bastante cansada, así que agradeció que el chofer no se sintiera inclinado a hablar. De hecho, parecía mucho más presuntuoso que sus encantadores señores, pensó Lauri, como se decía que eran los lacayos de la realeza.

Pero pronto se olvidó de él. Subió a su habitación, se quitó el sombrero y los guantes y empezó a desnudarse. Quería darse un baño caliente para relajarse y sentirse otra vez persona antes de ir a ver a sus tíos.

Poco después, llamó a la puerta de su suite y entró en el salón. En cuanto vio la cara pálida de su tía y el rostro lúgubre de su tío supo que no iban a ser buenas noticias. Rápidamente, fue a sentarse junto a Helen en el sofá y tomó sus manos frías.

-¿Ha sido un mal día para ti, tía? -dijo en voz baja, sin saber de qué otra forma podía expresarlo. Los labios le temblaron y sabía que se debía a que estaba recordando el fallecimiento de su padre y aplicando su desolación a la situación de su tía en aquellos momentos.

Era una tontería, pero no podía evitarlo. Pero, para su sorpresa, oyó cómo Helen soltaba una carcajada que fue rápidamente cortada por un ataque de tos.

-No pongas esa cara de preocupación, Lauri, querida -dijo casi sin aliento-. Te aseguro que no voy a expirar de un momento a otro, y el señor Jellyman me ha asegurado que no padezco ninguna enfermedad terminal...

Helen hizo una pausa y Vernon tomó las riendas del recuento.

-Tu tía está enferma, Lauri -dijo Vernon con una gravedad poco acostumbrada en él, y Lauri sintió cómo se disipaba su primera sensación de alivio-. Pero la bronquitis crónica se puede tratar, y en muchos casos aliviar sus peores efectos. Jellyman nos ha dado una carta para el doctor Vine en la que recomienda ciertos medicamentos e inhalaciones de vapor que aliviarán su estado lo más posible.

-Entiendo -dijo Lauri, y agradeció que la bronquitis no fuera la enfermedad terrible que esperaba oír. Pero su tío seguía con

semblante serio, y Lauri supo que todavía no lo había oído todo.

-¿Y estos tratamientos supondrán una gran mejoría? -preguntó, deseando que lo corroborara. Helen sonrió débilmente.

-Creo que no -prosiguió su tío-. Serán de ayuda, no hay duda, y hay que confiar en el criterio del médico, pero no la curarán. Además, hay otro agravante.

-¿Cuál?

–Tu tía también padece asma y le produce muchas molestias, aunque hace lo posible para ocultárselo a todo el mundo y se retira a su habitación cuando tiene un ataque -dijo Vernon casi en tono acusador-. Pero no pudo ocultárselo a Jellyman, y la combinación de las dos enfermedades no puede tomarse a la ligera. No se sabe mucho sobre el asma, pero lo más probable es que se deba al estrés emocional tanto como a la alergia a ciertas cosas. El polen siempre molesta a tu tía, y debe tomarse las cosas con calma, cosa que no suele agradarle.

-Te agradecería que no hablaras de mí como si no estuviera presente, Vernon -repuso Helen-, o como si fuera un espécimen de un laboratorio. En cualquier caso, creo que Lauri ya ha oído todo lo que había que decir. Y esto no va a alterar nuestros planes, Lauri –añadió su tía con voz sorprendentemente firme-. Estoy segura de que has pasado un día maravilloso con tus amigos. Mañana iremos a visitar algunos lugares que todavía desees ver. Hace años que tu tío y yo no estábamos en Londres, y no tenemos intención de desperdiciar la ocasión.

Era una mujer increíble, pensó Lauri con auténtica admiración. Y entrañable. Le dio un rápido abrazo.

-Me alegro tanto de haber venido a Inglaterra, tía Helen -dijo apresuradamente-. Has hecho que me sienta como en casa, y admiro tanto tu espíritu.

-No más de lo que yo admiro el tuyo, querida. Y ahora si me disculpáis, iré a echarme una siesta antes de la cena. Luego podrás contarnos todo lo que has hecho hoy.

-Buena idea. Lauri y yo te dejaremos a solas para que descanses y daremos un paseo por el jardín –dijo Vernon enseguida.

Como Lauri había sospechado, no fue sólo para tomar el aire por lo que su tío la invitó a explorar los jardines fragantes y bien trazados del hotel.

-¿Es muy grave, tío? -preguntó en voz baja mientras caminaban agarrados del brazo.

-No es leve -reconoció-. La medicación la ayudará a controlar la enfermedad, pero parte del problema radica en la propia Helen. Debe tomarse las cosas con calma, pero no sabe cómo. Siempre ha sido una

mujer dinámica, y cualquier asomo de inactividad la horroriza.

-Mientras esté aquí, me encargaré de que no trabaje en exceso -le dijo-. Y ya es hora de que deje de concertar tantas visitas para presentarme a sus amistades. Soy capaz de manejarme yo sola, tío... Claro que ahora pensarás que soy una ingrata al decir eso.

Vernon le dio unas palmaditas en la mano.

-En absoluto, querida, y ninguno de los dos querríamos coartar tu libertad en ningún modo. Pero Helen quería hacer tantas cosas por ti durante tu estancia... Creo que esperaba poder transmitirte todas las experiencias de una vida en unas cuantas semanas, pero eso es imposible.

-Tío Vemon... ¿realmente significaría mucho para ella si me quedara más tiempo del planeado?

No era su intención hacer aquella pregunta, pero las palabras habían brotado de sus labios antes de que pudiera frenarlas. Sintió cómo su tío Vernon le apretaba el brazo.

-Significaría mucho, pero no se me ocurriría pedirte una cosa así, Lauri. Sé lo importante que es para ti volver a casa en el Titanic.

-No es más que un barco, ¿no? -murmuró Lauri-. Por espectacular e insumergible que sea.

-Y Helen nunca se perdonaría si pensara que te estaba privando de algo que te hace tanta ilusión -añadió Vernon como si no la hubiera oído-. No, querida, ni lo sueñes, sobre todo ahora que tenemos la opinión del especialista. Tu tía es muy sensible en lo relativo a su enfermedad, y hará lo posible para ocultar su gravedad, incluso a sus mejores amigas, como Freda Connors.

-Entonces, no se lo diré a nadie, tío. Pero, ¿y si pensara que no es por ella por lo que decido posponer mi regreso? ¿Y si lo que me hiciera ilusión de verdad fuera... fuera...? -buscó en su mente una razón aceptable-. Bueno, el baile de máscaras de los Connors, por ejemplo. La tía Helen también está muy emocionada ante la perspectiva, lo sé, y Steven ha intentado persuadirme para que asistiera.

Sintió que se sonrojaba al decir la última frase, y apenas sabía por qué estaba buscando con tanto apremio razones lógicas para quedarse. Vio que su tío la miraba con curiosidad.

-Bueno, claro, si sembráramos en su mente la idea de que es uno de los jóvenes Connors el motivo principal de tu decisión, estoy seguro de que la aceptaría. ¿Es Steven el favorito?

-Desde luego, no sería por Robert por quien me quedara -dijo con vehemencia, y sintió que se sonrojaba aún más-. Steven me agrada, tío, pero como sabíamos que mi estancia en Devon era temporal, decidimos no dejar que nuestra relación fuera más allá de una simple

amistad. Y ahora supongo que pensarás que fuimos muy osados al hablar de algo tan íntimo.

-En absoluto. Pero si realmente estás diciendo lo que yo creo, te rogaría que pensaras seriamente en lo que te vas a perder si cancelas tu pasaje, Lauri.

Lauri se estremeció y sintió que su corazón se paralizaba. Hasta aquel mismo instante, sólo había estado considerando la posibilidad de retrasar la vuelta a casa, pero no se había dado cuenta de que ello conllevaría perderse el viaje más emocionante de su vida. Sin embargo, recordó la cara pálida de su tía y tragó saliva.

-Creo que me gustaría mucho asistir al baile de máscaras de los Connors -dijo con cautela.

Vernon le dio un beso en la mejilla.

-Y yo creo que eres el mejor tónico que tu tía podría tener. Me encargaré de que no lo lamentes, querida. Pero no dejes que Steven piense que estás demasiado enamorada de él o estarás jugando con fuego -añadió en tono de leve advertencia.

-Entonces, sería más sensato hacer creer que soy incapaz de decidirme entre los dos, ¿no te parece? -dijo Lauri, sin saber si reír o llorar por la decisión irrevocable que había tomado.

-De momento, no le diremos nada a tu tía -continuó Vernon-. Y será fácil sugerirle que invitemos a los Connors a cenar, porque lo último que querrá en estos momentos es que la traten como porcelana y que pierda el contacto con sus amistades. Todos querrán tener noticias sobre nuestro viaje a Londres, y estoy seguro de que Steven estará interesado en saber cómo ha sido tu día con Sir Gerald Hawkes.

Casi le parecía que había sido hacía mucho tiempo, pensó Lauri con asombro, y sólo habían pasado unas horas desde que los había dejado. Pero sentía que había dado un gran salto en cuestión de minutos al posponer su regreso a Boston.

El tiempo refrescó, y el viaje de regreso a Devon fue más cansado que el de ida. Cuando Hartman House apareció ante su vista, Lauri se sintió abrumada de alivio. Su tía se había encogido en su asiento durante los últimos kilómetros y Lauri sabía que el viento afilado de marzo la estaba afectando mucho más que ella o a su tío.

-Gracias a Dios que estamos en casa -dijo Lauri con fervor-. No me gustaría hacer estos viajes muy a menudo, a pesar de lo bien que me lo he pasado. Os agradezco mucho que me llevarais, tíos.

-Ha sido un placer para nosotros, Lauri -murmuró Helen-. Pero confieso que me muero por dormir en mi propia cama esta noche. Estoy segura de que mañana todos nos sentiremos mejor, y llenos de recuerdos felices.

-Y deseosos de compartirlos con los amigos, diría yo -comentó Vernon-. Tu tía no sabe guardarse nada para ella, así que hablará por los codos con Freda Connors.

-Qué poco elegante eres hablando, Vernon -lo regañó su esposa-. Por supuesto que querré ver a Freda.

-Bueno, entonces, tal vez podríamos invitarlos a todos a cenar un día de estos, y contarles todos los detalles del viaje de una sola vez. Y Lauri querrá ver a Steven... ¿O es Robert quien ha capturado su atención? -dijo Vernon con una risita.

-Desde luego espero que no -empezó a decir Helen con alarma.

-Creo que tiene la cabeza sobre los hombros, querida -prosiguió su tío-. Así que tal vez podamos pedirle a Lauri que vaya en coche a su casa y les transmita la invitación.

Vernon no estaba siendo muy cuidadoso con su inocente engaño, pensó Lauri con pesar al oír la manera torpe en la que había sembrado en la mente de su esposa la idea de que podía estar interesada en uno de los hermanos Connors. Pero diablos, de perdidos, al río, pensó con la misma inelegancia que su tío.

-Me gustaría -dijo-. Tengo muchas ganas de hablarle a Steven de nuestro viaje.

Vio cómo sus tíos intercambiaban una mirada significativa y supo que Vernon iba a prolongar la ilusión de que había un romance incipiente entre ella y... bueno, cualquiera de los dos, supuso, un poco confusa. Sólo confiaba en que ninguno de los dos hermanos se hiciera una idea equivocada.

## CAPÍTULO 8

HELEN era más fuerte de lo que parecía, pensó Lauri con admiración. Al día siguiente de su regreso a Devon hicieron llamar al doctor Vine, le entregaron la carta con las indicaciones del especialista y recibieron las medicinas con loable eficacia. Y como su tía estaba decidida a parecer más sana que una manzana, el asunto de la cena con los Connors surgió casi de inmediato.

-Le he escrito una nota a Freda -le informó a Lauri dos días después por la mañana-. Así que, si quieres, puedes ir a Connors Court esta tarde. Estoy segura de que querrás ver a los chicos otra vez.

-Sí, por supuesto -dijo Lauri, consciente de que debía prolongar la ilusión de su interés-. No puedo esperar a hablarle a Steven de mi viaje en barco por el río, y estoy segura de que a Robert le encantará conocer los detalles más truculentos de la Cámara de los Horrores.

Su tía pareció satisfecha con su respuesta, y minutos más tarde Lauri salió a la luz del sol con una sonrisa en el rostro. Qué fácil era engañar a alguien que deseaba ser engañado, aunque fuera inconscientemente.

Cuando llegó a las cocheras, vio a su tío inclinado bajo el capó de uno de sus automóviles. Al llamarlo, se enderezó enseguida, con el rostro manchado de aceite.

-Estás preciosa -dijo con aprobación, contemplando su chaqueta amarilla limón y blusa de cuello alto, y la falda larga de color beige que dejaba ver apenas el tobillo por encima de sus botines.

-No estaré demasiado llamativa, ¿verdad? -pregunto-. Es la primera vez que me pongo aquí esta chaqueta, y pensé que si tenía que hacer de mujer fatal, era lo más apropiado.

Rió al hablar, consciente de que tendría que engañar también a Steven y a Robert haciéndoles pensar que la posposición de su marcha se debía a uno de ellos.

-No creo que nadie piense que necesites actuar como una mujer fatal para atraer a un hombre, Lauri. Es increíble que los jóvenes del condado no hayan asediado esta casa para invitarte a salir -Lauri volvió a reír, sintiéndose llena de afecto por su tío-. Pero no dejes que te detenga, princesa -continuó Vernon-. Tu carroza te espera, y de ahora en adelante es tuya. Aunque de momento, será nuestro pequeño secreto. Haremos público el regalo cuando tu tía sepa que te quedas.

Lauri se quedó mirándolo sin comprender por un momento, luego exclamó:

-¿No querrás decir que me estás dando el modelo T?

-Pues claro, y con gran placer. Pero ve y disfruta de tu juguete lo mismo que yo disfruto del mío.

Lauri se había quedado tan perpleja que lo único que pudo hacer

fue balbucir las gracias y darle un fuerte abrazo. Luego se dirigió rápidamente al coche que, a partir de entonces, le pertenecía, y pasó la mano con admiración por los asientos de cuero gris antes de alejarse despidiéndose con la mano.

Aquel regalo inesperado era tan emocionante que sintió deseos de gritar al cielo. Tuvo que controlarse para no ir a toda velocidad a Connors Court, pero tomó las curvas con cuidado, recordando el incidente que había tenido con Robert la primera vez que había circulado por aquella carretera.

Una vez en la casa, se anunció al estirado mayordomo, que la condujo enseguida al saloncito de Freda. La anciana estaba sentada junto a la ventana, leyendo. Cerró el libro enseguida y levantó la vista complacida cuando Lauri entró en la habitación.

-Caramba, qué sorpresa más agradable, querida. Aunque espero que no hayas venido a comunicarme malas noticias -añadió, consciente de que el viaje de los Hartman a Londres no había sido enteramente en beneficio de Lauri.

-En absoluto, señora -dijo Lauri, pensando qué fácil era decir pequeñas mentiras cuando era por el bien de todos-. La tía Helen está bastante bien, y le han recetado unas nuevas medicinas. Me ha dado una nota para usted.

-Gracias -dijo la anciana, tomando el sobre-. ¿Disfrutaste de tu visita a Londres con tus tíos?

-Sí, mucho, gracias -dijo Lauri-. Y como puede ver en la nota, he venido a invitarla a usted y a sus sobrinos a cenar el sábado por la noche, para que podamos contarles todos los detalles en conjunto. En concreto, estoy deseando ver a Steven, y confiaba en que estuviera aquí

-Ah, lo encontrarás en el astillero, como siempre. Y por una vez, Robert también está allí, según tengo entendido. Pero quédate a tomar el té, querida.

Lauri habló apresuradamente, presintiendo que Freda Connors querría hacerle algunas preguntas sutiles sobre su aparente impaciencia por ver a Steven.

-¿Le importa si rechazo su invitación? Me gustaría tomar el aire, hace un día precioso. Y sé que Steven estará interesado en saber que he vuelto a ver a Sir Gerald Hawkes y a su esposa.

Y si las cejas levemente alzadas de la anciana significaban que empezaba a pensar que la joven Hartman estaba especialmente interesada en su sobrino nieto, todo era por una buena causa, pensó Lauri, casi con regocijo.

-Ve, entonces. Sé que a los jóvenes os gusta juntaros y hablar como cotorras. Pero diles a tus tíos que estaremos encantados de ir a cenar

el sábado por la noche, Lauri. Sé que puedo hablar en nombre de los chicos.

Lauri se despidió, ocultando su sorpresa al oír que los dos hermanos estaban en el astillero. Aunque no debería resultar extraño, si iba a pasar a manos de Robert en unas pocas semanas. Pero no era asunto suyo. Era mejor que se concentrase en el plan que había urdido con su tío.

Cuando Lauri llegó al astillero, aparcó el modelo T junto al coche que reconoció como el de Robert. Inspiró el aroma a madera y serrín que se mezclaba con la sal del mar y algún que otro carpintero y pintor la saludó al verla. Le dijeron que Steven estaba en su oficina, y caminó con cautela hacia allí. Si Robert estaba con él, podría matar dos pájaros de un tiro.

Oyó que discutían antes de llegar a la pequeña estructura de madera y el corazón se le encogió. Después de vacilar un momento, Lauri levantó la barbilla. No tenía nada que ver con ella, y si tenían tan pocos modales que iban a mostrarse groseros con ella, revisaría la opinión que se había hecho de ellos, sobre todo de Steven. Pero sonrió para sus adentros, consciente de que sin darse cuenta, empezaba a pensar como una dama inglesa.

Su sonrisa se disipó al captar el tema de la discusión antes incluso de llegar a la puerta. Steven hablaba con voz impregnada de rabia.

-Si crees que vas a presentarte aquí y disponer de todo lo que he creado en los últimos años, Robert, estás muy equivocado.

La respuesta de Robert fue especialmente grosera.

-No podrás hacer nada, hermano, porque, cuando el astillero me pertenezca, podré hacer con él lo que quiera. Nadie puede negarme mi herencia, y sea lo que sea lo que ese bufón de Slater tenga que decir sobre un maldito codicilo, lucharé con uñas y dientes por conservar lo que por derecho me pertenece.

-Pero no quieres conservarlo, ¿verdad? Quieres venderlo al mejor postor y llevarte las ganancias a España para cultivar unos viñedos sin futuro.

-¿Y por qué das por hecho que no tendré futuro, estúpido? No sabes nada de viticultura, así que no la desprecies. En cualquier caso, si estás tan decidido a conservar el astillero, no me importará vendértelo.

Lauri oyó la respuesta furiosa de Steven.

-Nuestro padre siempre supo que el astillero no significaba nada para ti, por eso insistió en que no obtuvieras el control hasta que no fueras lo bastante maduro para dirigirlo, aunque sólo Dios sabe si eso ocurrirá alguna vez. Tenía algunas ideas retorcidas, pero la pena es

que tenía que hacer justicia con su hijo mayor. Y no tienes la decencia de cederme el astillero sin sacar tajada con ello, lo cual es típico de ti, bastardo...

-Cuidado, hermano. Si yo lo soy, tú también, ¿recuerdas? Pero deduzco por tu respuesta que no tienes fondos suficientes para comprármelo.

-Por supuesto que no, y tú lo sabes...

Lauri estaba demasiado avergonzada para continuar escuchando conversaciones ajenas inintencionadamente. Además, dejando a un lado la curiosidad, en cualquier momento podía aproximarse uno de los trabajadores y preguntarse qué hacía allí de pie todavía. Llamó a la puerta, y tuvo que dar varios golpes antes de que la abrieran con ímpetu.

-¿Sí? -espetó Steven, antes de darse cuenta de quién era el intruso. Abrió los ojos con sorpresa al ver a Lauri con su traje primaveral, y mientras murmuraba una disculpa por su tono áspero, oyó la voz lenta de Robert.

-Vaya, vaya, igual que la caballería, Lauri ha venido a poner fin a nuestra disputa.

-¿No me digas que estabais discutiendo? No puedo creerlo, Robert -dijo con inocencia-. Pero es una suerte que os encuentre a los dos, porque ya he ido a ver a vuestra tía Freda y he recibido su aprobación.

Hizo una pausa, confiando en que la falta de aliento que sentía fuera interpretada como entusiasmo juvenil y no la reacción a haber oído cosas que no debería. Trató de no mirar a Robert con enojo al sentir una pena abrumadora por Steven si su hermano llevaba adelante sus planes de vender el astillero.

-Será mejor que hables más despacio, Lauri, y nos digas qué es lo que nuestra tía ha aprobado -dijo Steven secamente, que no estaba listo para cambiar de ánimo tan rápidamente como Robert.

-Estáis todos invitados a cenar para oír los detalles de nuestro viaje a Londres, y también para que me contéis más cosas sobre vuestro baile de máscaras. La tía Helen me ha estado hablando del disfraz que piensa ponerse y he sentido envidia... incluso deseos de poder asistir yo también.

“Cielos, realmente se estaba comportando como una coqueta”, pensó Lauri. Sólo tenía que batir las pestañas como una doncella y sería evidente que tenía las miras puestas en uno de los hermanos Connors. Robert reaccionó a su malicia enseguida, como era de esperar.

-No tienes más que decir que te quedarás un poco más, Lauri, y te prometo que haré que tu estancia sea maravillosa.

-Steven ya me ha prometido eso -dijo enseguida, consciente de que

los estaba enfrentando, pero sintiéndose lo bastante mujer como para disfrutar de la sensación. No significaba nada, y ellos enseguida se darían cuenta, pero por un momento le aceleraba el corazón saber que estaba incitando una rivalidad distinta entre ellos.

-Pero Steven siempre está ocupado, mientras que yo prefiero dedicar mi tiempo a acompañar a una preciosa joven -dijo Robert.

-Descubrirás que es la clase de vida que lleva un mujeriego, Lauri, al menos hasta que regrese a España o dondequiera que lo lleven sus antojos -le espetó Steven.

Lauri sintió cómo volvían a fluir corrientes peligrosas entre ellos y retrocedió hacia la puerta.

-Bueno, de momento, como tengo mi propio medio de transporte y no tengo que escoger un acompañante para ir a casa, os daré los buenos días. Espero veros a los dos el sábado por la tarde.

Atrevidamente, Lauri les lanzó un beso al salir por la puerta y se sorprendió casi huyendo de aquella incómoda escena. Lo único que quería era salir de allí, y respirar el aire puro de los páramos..

Trató de olvidarse de ellos mientras conducía de regreso a Hartman House y aparcaba el coche en una de las cocheras. No había ni rastro de su tío y ya iba a entrar en la casa cuando un sonido procedente de la parte de atrás del edificio la sobresaltó. El lugar era tan silencioso que todos los ruidos se magnificaban, sobre todo cuando era el gemido de alguien herido.

-¿Tío Vernon? -preguntó con cautela.

-Estoy aquí, Lauri -oyó su voz mortificada-. Pensé que nunca ibas a venir. Necesito tu ayuda.

Con el corazón en la garganta, Lauri siguió el sonido de su voz. Si se trataba de un ataque al corazón similar al de su padre, entonces, no creía ser capaz de soportarlo. Y mucho menos la tía Helen.

Pensando en su frágil tía, se recompuso con gran esfuerzo y se arrodilló junto a Vernon, que estaba recostado en la pared interior de una cochera.

-¿Qué te ha pasado, tío? -preguntó con voz trémula.

-Es el tobillo, jovencita. Creo que me lo he roto, por eso no me he atrevido a moverlo. No podía hacerlo, de todas formas, sin gritar como un loco. Pero has tardado siglos en volver de Connors Court. Sólo Dios sabe dónde está Helen, es como si todo el mundo me hubiera abandonado.

Debido al dolor, su voz tenía un tono acusador y petulante, pero llevada por el alivio, Lauri sintió la urgencia más absurda de echarse a reír. No era más que un tobillo roto, cuando había temido lo peor. Pero controló enseguida sus emociones, al verlo tan pálido y enfermo.

-Entraré en casa y mandaré llamar al doctor Vine -dijo rápidamente-. Uno de los criados vendrá y te pondrá cómodo hasta que venga.

-Y di que me traigan un poco de coñac. Si tengo que permanecer aquí tumbado, más vale que saque el mayor partido posible a la situación.

Lauri contempló su pie torcido.

-¿Quieres que intente quitarte la bota? -preguntó en tono dudoso.

-Si lo haces, seguramente te mataré. No soy tan intelectual como lo era tu padre, Lauri, pero sé que no hay que tocar una herida hasta que no la vea un buen médico. Ahora, ve, hija, y no olvides el coñac. Al menos me ayudará a soportar mejor el dolor... y la humillación.

Lauri corrió hacia la casa, enormemente agradecida por que no fuera más que una posible rotura. Y tal vez ni siquiera eso, podía ser sólo un esguince.

Helen estaba cortando flores en el jardín cuando Lauri se acercó corriendo hacia ella, levantándose la falda para ganar velocidad.

-Cielos, ¿dónde está el fuego? -empezó a decir Helen, y luego su expresión cambió al ver el rostro de la joven. Comprendiendo que pasaba algo, dejó caer el cesto de mimbre que llevaba y las flores silvestres se desparramaron por el suelo-. ¿Qué pasa? ¿Le ocurre algo a Vernon?

Al oírla, Lauri notó su voz áspera y supo que aquel incidente iba a provocarle un ataque de asma. Trató de mantener la voz serena.

-Se ha hecho daño en el tobillo, eso es todo, tía. Pero como tiene miedo de habérselo roto, no debe moverse, y hay que llamar al doctor lo antes posible. Quiere que le lleven un coñac, pero sospecho que más que para aliviar el dolor lo quiere para ocultar su furia, porque no podrá conducir durante varias semanas.

-Creo que en eso tienes razón, querida -dijo su tía, pareciendo aliviada por que no se tratara de nada serio-. Llamaré al doctor Vine enseguida, mientras tú te ocupas de lo demás, e iré a verlo en cuanto termine.

Cuando llegó el doctor Vine, los criados ya habían puesto a Vernon más cómodo colocándole varios cojines detrás de la cabeza y una manta sobre las piernas. También estaba fortalecido por el coñac, y la compañía de su esposa y su sobrina.

-Tiene suerte de que no esté roto, pero es un esguince serio y habrá que vendarlo con fuerza -declaró el doctor después de cortar la bota y examinar minuciosamente el pie, operación que estuvo acompañada de maldiciones contenidas del paciente.

-¿Dice que tengo suerte después de todas estas manipulaciones? -gruñó Vernon-. Casi me arranca el pie.

-Era necesario, querido amigo, para asegurarnos de que no se había hecho nada serio al caerse. ¿Tiene alguna otra herida que quiere que examine?

-¡No! -rugió Vernon-. Déme algún medicamento para aliviar el dolor y entraré en la casa.

-Tal vez no sea una buena idea cuando ha bebido tanto coñac -dijo el doctor Vine en tono acusador.

Las maldiciones no fueron tan leves en aquella ocasión y Helen y Lauri se alejaron de la cochera mientras Vernon vociferaba el médico hasta conseguir la medicación necesaria. Los criados lo estaba ayudando a levantarse cuando el doctor se reunió con ellas a la entrada, con el rostro mucho más colorado que cuando había llegado.

-El señor Hartman es un caballero de mucho carácter y determinación -dijo con sutileza-. Sin duda, tendrá molestias por las noches hasta que baje la hinchazón del tobillo, pero les dejaré unos polvos sedantes para que pueda descansar. También para usted, señora -añadió en tono significativo.

-No será un buen paciente -dijo Helen con una sonrisa irónica-. La inactividad no le sienta bien.

-Me temo que no tiene otra elección durante las próximas semanas -replicó el médico, dándoles las bolsitas con polvos-. Les deseo un buen día, pero no vacilen en llamarme otra vez si lo estiman necesario.

Lauri miró a su tía.

-Cielos, no me digas que van a ser unos días difíciles, tía.

-Lo serán, querida. Tu tío es un hombre apacible y tiene una paciencia infinita con mi enfermedad, pero cuando es él el enfermo, puede resultar tan insufrible como una mosca. Tal vez sería mejor cancelar la cena del sábado.

-¡No harás tal cosa! -dijo Vernon, saliendo de la cochera en aquel momento con la ayuda de dos criados que lo llevaban haciendo una silla humana-. Para entonces ya estaré recuperado, y cansado de mirar a las paredes. Pero esta maldita herida es del todo inoportuna cuando iba a probar los nuevos ajustes de frenos al Wolseley.

Al menos, no iba a cancelar la cena, pensó Lauri mientras la pequeña procesión se adentraba en la casa. Se habría sentido muy decepcionada, y no sólo por el placer de contar sus experiencias en Londres. Sabía que cada vez sentía más deseos de conocer mejor a Steven y, dando rienda suelta a su imaginación, se preguntó cuál sería el desenlace de su relación si se quedaba más tiempo en Inglaterra del que ya había decidido.

¿O acaso el destino ya había tomado esa decisión...?

## CAPÍTULO 9

CUANDO llegó el sábado, los tres estaban exhaustos y exasperados, y contentos de tener una distracción. Lauri telefoneó a Connors Court y le contó a Steven el accidente de su tío, insistiendo en que no querían cancelar la cena. El timbre de su voz era fuerte y vibrante a través del hilo telefónico.

-Siento mucho lo ocurrido, pero supongo que podría haber sido peor. ¿Puedo preguntarte qué tal se porta el paciente?

-Creo que ya conoces la respuesta -contestó Lauri, detectando la sonrisa en su voz-. El tío Vernon no soporta la inactividad. Sospecho que por eso está ansioso por que nos reunamos esta noche.

-¿Y qué me dices de ti? -dijo Steven.

-Bueno, siempre me alegro de ver a mis amigos -repuso dulcemente, y luego se echó a reír-. Deja de buscar cumplidos, Steven.

-¿Por qué no? Nunca he comprendido por qué ha de ser una prerrogativa exclusiva de las damas.

-Supongo que no tiene por qué serlo. Y bueno, por supuesto que me hace ilusión verte. A ti y a Robert y a tu tía Freda -añadió para cubrirse las espaldas.

-Por el momento tendré que contentarme con eso, aunque preferiría pensar que no era vernos a los tres "en masa" lo que te atraía.

"Desde luego que no", pensó Lauri, y a pesar de que todo aquello se estaba volviendo un poco personal, recordó el plan que ella y su tío habían urdido y volvió a reír.

-Tal vez no, pero tienes que dejar que una mujer guarde sus secretos, ¿no? Y ahora, me despido hasta más tarde.

Colgó el auricular, pero todavía estaba sonriendo cuando dio media vuelta, y se sobresaltó al ver a su tía rondando por la habitación.

-Cielos, me has asustado. No te había oído llegar.

-Todo el mundo sabe que cuando una joven está enamorada, no piensa en otra cosa que en su amor. ¿Quién era, Steven o Robert con quien hablabas?

-Oh, tía Helen, serías toda una alcahueta si te dieran la oportunidad, ¿verdad?

-Es uno de los placeres de la madurez, querida, y como no tengo hijas, es natural que me preocupe de que cuando te cases hagas la elección apropiada.

-¿Y si decido no casarme? -preguntó Lauri alegremente-. Tal vez prefiera dedicar mi vida a causas justas.

Helen frunció los labios.

-Bueno, por muy noble que parezca la idea, confío sinceramente en que no hagas una cosa así. Sería un terrible desperdicio de tu femineidad.

-Por el amor de Dios, tía -rió Lauri-, haces que me sienta como un objeto que hay que entregar al hombre apropiado.

-Hay destinos peores -replicó Helen, sin amedrentarse-. Tu tío ha preguntado por ti, Lauri -dijo a continuación-. Si no es mucho pedir, le gustaría que te reunieras con él en la biblioteca, donde está estudiando sus manuales de automóviles. Mientras tanto, iré a echarme la siesta.

Lauri ocultó un pequeño gemido y Helen se alejó con un suspiro de alivio al saber que no era ella la que debía distraer a su marido durante las dos horas siguientes. A pesar de lo mucho que Lauri quería a su tío Ver-non-, se había convertido en un oso gruñón desde que se hallaba sometido a un descanso forzoso. Pero tenía que admitir que al menos su mente ágil no se había visto obligada a abandonar su actividad acostumbrada. Cuando lo encontró en la biblioteca, sentado junto a la ventana con el pie en una banqueta, parecía mucho más animado. En cuanto la vio, dejó los libros a un lado y sonrió.

-Ah, Lauri, haz que traigan un poco de limonada y luego ven y siéntate conmigo. Tenemos que hablar -añadió, y Lauri adivinó enseguida que estaba tramando algo.

Cuando la doncella se presentó con la jarra de limonada, Lauri sirvió dos vasos y lo miró inquisitivamente.

-¿De qué tenemos que hablar? ¿De la vida en general o de algo más concreto? -preguntó. Su tío soltó una profunda carcajada.

-Me conoces demasiado bien, jovencita -le dijo-. Por supuesto que se trata de algo concreto, y he tenido una idea mejor que la que habíamos planeado.

Lauri aparentó estar desolada.

-¿Quieres decir que ya no tengo que fingir estar enamorada de Steven o Robert Connors para quedarme aquí? -rió, aunque en aquel mismo instante sintió una punzada de dolor en el corazón. ¿Cómo podía resistirse a abandonar aquel plan tan arriesgado? Era jugar con fuego y alguien podría resultar herido.

-Este maldito tobillo mío ha sido un regalo del cielo -declaró su tío, irrumpiendo en sus pensamientos-. No podré conducir durante semanas y necesitaré un chofer, así que he decidido designarte para el trabajo. ¿Qué te parece, Lauri?

-¿No querrás decir que te fías de mí lo bastante como para dejarme conducir tu Wolseley? Claro que el modelo T no es lo bastante grande para que mantengas la pierna estirada...

-¡Por supuesto que me fío de ti, hija! Y en cuanto tu tía vea lo

indispensable que eres y lo patético que me vuelvo, será la primera interesada en que te quedes.

-Bueno, no creo que debas ponerte muy patético tío, porque nadie se lo tragará -dijo Lauri con ironía, pero no podía negar que se le había acelerado el corazón al pensar en conducir el Wolseley. Era un automóvil tan bello, elegante y poderoso...

-Entonces, ¿trato hecho? -dijo Vernon al ver el brillo en sus ojos. Lauri se inclinó para darle un abrazo impulsivo.

-Si hablas en serio, por supuesto que sí.

-Y cuando llegue el momento, ¿qué te parecería si fuéramos todos a Southampton a ver partir al Titanic? -añadió, sin apartar los ojos de su rostro-. ¿Te disgustaría mucho sabiendo que no vas a viajar en él? A tu tía y a mí nos apetece mucho ir a despedirlo.

Lauri sintió que el corazón se le encogía.

-Estoy segura de que podré ocultar mi decepción, tío. Al menos, lo intentaré.

-Tienes el mismo espíritu que tu padre, Lauri -le dijo Vernon con una sonrisa de verdadero afecto.

Era el mejor cumplido que podía haberle hecho.

Cuando la familia Connors se presentó a cenar el sábado por la noche, los Hartman tenían numerosas anécdotas que contar sobre el viaje a Londres. Helen ya le había asegurado a Freda que no iba a expirar de un momento a otro, sino que simplemente debía tomarse las cosas con más calma. Como si Freda supiera exactamente qué palabras debía decir, miró a Lauri, que estaba sentada junto a Robert. Steven, en cambio, ocupaba la silla próxima a la de su tía al otro lado de la mesa.

-¿Y todas estas emociones no te han persuadido para prolongar tu visita, Lauri? Tengo entendido que vas a conducir el espléndido automóvil de tu tío para llevarlos de un sitio a otro. Deben de alegrarse mucho de que estés con ellos en estos momentos. Cuando alguien no tiene hijos, uno de los mayores regalos es poder contar con los hijos de otros.

Siendo una solterona, aquello podía considerarse como un comentario malicioso, pero las miradas de afecto que dirigió a sus sobrinos confirmaron que tenía sus propios motivos para hablar así. ¿Qué sería de ella sin la compañía de sus chicos, como ella los llamaba?

-He intentado por todos los medios convencerla para que se quedara, tía Freda, pero tiene un corazón cruel -dijo Steven con tristeza burlona. Lauri respondió en tono de broma, sintiendo que su corazón se aceleraba al ver el brillo en sus hermosos ojos.

-Bueno, tal vez esté tentada a hacerlo -dijo alegremente-. Sobre todo ahora que no sabemos durante cuánto tiempo estará incapacitado el tío Vernon. A su edad, el cuerpo tarda más en curarse, ¿no?

Sabía que aquel comentario lo provocaría, y su risa traviesa le indicó que sabía exactamente a qué estaba jugando.

-Querida, si así pudiera disfrutar de tu deliciosa compañía más tiempo, me quedaría en cama para siempre.

-Ni se te ocurra -replicó Helen con voz enérgica, pero se volvió a Lauri con mirada esperanzada-. Pero ¿de verdad lo estás considerando, Lauri? Sé lo mucho que deseabas viajar en ese barco.

-Pero si lo hace, se perderá nuestro baile de máscaras, y le he prometido que no se arrepentirá si asiste a nuestra fiesta -dijo Robert, inclinándose hacia ella para dejarle inspirar el aroma de la loción de afeitar que utilizaba. No era sofocante, pero un poco exagerada, y Lauri alteró un poco su postura y se quedó mirando a Steven a la cara.

-Empiezo a pensar que tengo más motivos para quedarme que para irme. Como mi padre ya no está y mi única familia vive a este lado del océano...

-Y sería diferente si tuvieras a un joven esperándote -corroboró Vernon en tono inocente-. ¿Qué tiene Norteamérica que no tengamos nosotros?

Lauri desvió la mirada de Steven en aquel momento, consciente de que se había ruborizado. Al momento siguiente notó la mano de Robert sobre la suya y la apartó enseguida.

-Eso es lo que llevo intentando decirle desde hace tiempo -le dijo Robert con cierta insinuación en la voz. Para alivio de Lauri, Freda bufó ante aquel comentario y miró a su sobrino nieto con intensidad.

-Espero que Lauri tenga el suficiente sentido común para no tomarte en serio, hijo mío. Serías capaz de dejarla y partir para otros países si así se te antojara.

-Tal vez -sonrió Robert-, pero seguramente llegará el día en que quiera llevar una vida más doméstica, por aburrido que eso parezca.

-Qué condescendiente -dijo Steven con ironía-. Pero como millones de personas consideran que el matrimonio es un estado feliz, debe de tener algo en su favor.

-Bueno, tú estás más hecho para eso que yo, hermano -le dijo Robert con su familiar tono de rivalidad en la voz.

Lauri inspiró profundamente mirando a su tío y vio que inclinaba levemente la cabeza, como si supiera exactamente lo que iba a decir.

-Dado que todos estáis tan interesados en mi futuro, me parece un buen momento para anunciar que he estoy considerando seriamente la idea de prolongar mi estancia en Inglaterra... si a mis tíos no les importa.

-¡Querida! -exclamó Helen-. Sabes que es nuestro mayor deseo. ¿Pero no lo harás por mí, espero?

-Bueno, es evidente que en parte sí, aunque sólo porque siento un gran cariño por ti, tía Helen. Pero el tío Vernon y yo ya hemos hablado de este asunto y, bueno, ya está decidido. No voy a echarme atrás.

Steven habló con energía.

-Bueno, son las mejores noticias que podíamos haber oído. Y haremos lo posible para compensar que no viajes en el Titanic.

-Pero, Lauri, sé que era uno de tus sueños -dijo Helen.

-El tío Vernon y yo ya hemos hablado también de eso -dijo rápidamente, confiando en que no pareciera que estaba todo planeado-. Se ocupará de cancelar mi pasaje, y así podré asistir a ese baile de máscaras del que tanto he oído hablar.

Habló alegremente, incapaz de ignorar por completo el profundo sentimiento de decepción que experimentaba por no poder cruzar el Atlántico en aquel barco tan espléndido. Era una ocasión tan excepcional, y se la iba a perder...

-¿Crees que podrías soportar ver la salida del Titanic? -dijo Steven de repente, como si le estuviera leyendo el pensamiento-. Habíamos pensado ir en coche a Southampton a despedirte, pero tal vez te entristezca mucho...

-En absoluto -dijo Lauri enseguida, consciente de que sus tíos se entristecerían mucho más si no asistían a la salida del barco-. De hecho, el tío Vernon y yo estábamos pensando en convertir el viaje en unas pequeñas vacaciones.

-Caramba -dijo Helen-. Realmente habéis estado haciendo planes.

-Espero que no pienses que te estábamos excluyendo, tía -dijo Lauri-. Iba a ser una sorpresa, pero agradable, espero...

Su tía contuvo una tos con cierto esfuerzo.

-No lo dudes ni por un momento, querida.

Los Hartman ingleses eran realmente fuertes, pensó Lauri de nuevo, y eso era parte también de su naturaleza. Cuando un plan concluía, había que urdir otro lo antes posible... No era una mala filosofía.

-En cualquier caso, es una idea estupenda -dijo Robert-. Y tal vez deberíamos acompañaros en esa aventura. ¿Qué dices tía Freda? ¿Estás dispuesta a hacer un pequeño viaje?

-Sabes cuál es la verdadera razón de que me alegre de que te quedes, ¿verdad? -le preguntó Steven una semana antes de que partieran hacia Southampton. Habían salido a dar un paseo en coche por la costa de Devon. El coche estaba aparcado en un promontorio, y

el mar brillaba en torno a ellos, apacible y hermoso bajo los últimos rayos del sol.

-No lo sé, ¿debería? -dijo Lauri, con voz repentinamente ronca. Al sentir que le pasaba el brazo por los hombros, no hizo intento de apartarlo.

-Creo que sí. Te he amado desde el día en que te vi, y sólo tienes que decir que sí para que...

-Pero los dos sabemos que nos hemos resistido a algo tan definitivo -dijo con cautela-. Todavía no voy a quedarme permanentemente, así que en realidad no ha cambiado nada, ¿verdad?

-¿No? Creo que los dos sabemos que algo ha cambiado. Pero si sigues decidida a volver a Boston...

Lauri notó la frustración en su voz, mezclada con el enfado.

-Todavía no he decidido nada sobre mi futuro, Steven -le dijo-. Por favor, no me presiones. Voy a estar aquí un tiempo, así que ¿por qué no lo dedicamos a conocernos mejor?

Lauri estaba impaciente consigo misma. Se suponía que era una joven norteamericana sofisticada y segura de sí misma, pero la proximidad de aquel hombre carismático la ponía tan nerviosa como un conejillo asustado.

-Sé todo lo que necesito saber sobre ti, Lauri -replicó-. En cuanto a mí, soy bastante sencillo...

-Vamos, deja de ser tan modesto. Eres un hombre encantador, y cualquier mujer sería una tonta... -se interrumpió bruscamente, consciente de que había estado a punto de decir que cualquier mujer sería una tonta no enamorándose de él.

-¿Sí? -dijo con el rostro muy próximo al suyo.

Lauri supo que iba a besarla, y quería que lo hiciera. Lo anhelaba. ¿Y por qué no? Los dos eran adultos y estaban solteros, y no había nadie por los alrededores. Con un pequeño suspiro se fundió en sus brazos y sintió la firmeza de sus labios sobre los suyos. Steven la ciñó contra su pecho y ella pudo oír los latidos agitados de su corazón.

Lo amaba.

-Está bien, ya que insistes, intentaré no ir demasiado deprisa. Pero será endiabladamente difícil, dado lo mucho que te deseo.

Murmuró aquellas palabras junto a su boca. Fue un susurro íntimo y sensual. Lauri entreabrió los labios para saborearlo y sintió cómo la sangre corría rauda por sus venas. Se estaba deshaciendo de placer con el roce más leve.

-Sólo quiero estar seguro de que mis atenciones son bienvenidas, querida Lauri -prosiguió, y por la gravedad de su voz supo lo mucho que se estaba reprimiendo.

-Son bienvenidas, Steven -susurró-. ¿Pero qué tal si de momento

mantenemos en secreto nuestros sentimientos? La gente pensará que es demasiado pronto para que estemos abiertamente vinculados.

-¿Y qué importa la gente? -preguntó de un modo que le hizo pensar en la actitud arrogante de Robert. Pero como sus palabras tenían unas connotaciones maravillosas de posesividad, le encantaron en lugar de alarmarla. Aun así, rió con pesar.

-Los dos tenemos familias en que pensar. Además, como te he dicho, no hay prisa. Robert y tú tenéis una gran fiesta de cumpleaños a la vista y tenemos todo el verano por delante.

“Y tal vez toda nuestra vida”, pensó, conteniendo el aliento. Era un pensamiento delicioso, pero que, de momento, debía guardar en secreto. Tenía que estar segura de que hacía lo correcto quedándose en Inglaterra. No tenía familia en Boston, pero algunos de sus amigos pensarían que estaba loca por cambiar su forma de vida de forma tan radical...

## CAPÍTULO 10

EL DÍA antes de que el Titanic partiera con rumbo a Norteamérica, las familias Hartman y Connors planearon salir pronto hacia Southampton. Para entonces, los periódicos no hablaban de otra cosa y a medida que se acercaba la fecha, Lauri tenía que reprimir con frecuencia su profundo pesar por no formar parte de la travesía. Pero no osó dejar entrever sus sentimientos a sus tíos cuando se acomodaron en el Wolseley, que ya conducía perfectamente.

El tobillo de su tío estaba mucho mejor y podría haber conducido durante parte del viaje, pero parecía contento permitiendo que Lauri siguiera detrás del volante. Además, así respaldaba la ilusión de que se iba a quedar como su chofer, y no porque Helen estuviera enferma.

Habían acordado reunirse con Steven y Freda Connors en un punto de la carretera. Robert ya había partido a resolver un asunto personal y se reuniría con ellos en Southampton la mañana del diez de abril. Para Lauri fue un alivio que Robert no se quedara a dormir en la pequeña y acogedora posada a mitad del trayecto donde su tío había reservado habitaciones para todos. Robert la irritaba y, a veces, le resultaba difícil comportarse cívicamente con él. Era lo que su padre habría descrito como un hombre a la caza de la mejor oportunidad, fuera la que fuera.

Pronto se olvidó de él al divisar el coche de Steven, e intercambiaron una mirada fugaz e íntima mientras los demás pasajeros se saludaban entre ellos antes de partir en convoy, con Steven a la cabeza. Pero todos se alegraron de llegar a la posada donde pasarían la noche. Como el tiempo era agradable, habían hecho un picnic a medio camino, pero, cuando por fin alcanzaron el establecimiento, todos estaban cansados.

Las habitaciones eran confortables y les dieron una cena abundante en el comedor. Las dos tías se retiraron justo después. Vernon se quedó charlando durante un rato y luego declaró que el tobillo le empezaba a doler, así que él también se retiraba a su cuarto.

-No te importa, ¿verdad, Lauri? Estoy seguro de que Steven te hará compañía, si todavía no estás lista para ir a la cama.

-Me apetece quedarme un poco más, tío, así que no te preocupes por mí -le dijo, brindándole una afectuosa sonrisa. Lo besó en la mejilla y observó cómo se alejaba caminando pesadamente hacia las escaleras, apoyándose en el bastón que se veía obligado a utilizar.

-No estoy seguro sobre su último comentario -dijo Steven-. Yo estoy más que listo para ir a la cama.

Steven le tomó la mano y se la llevó a los labios mientras hablaba, y Lauri sintió que el corazón le daba un vuelco. Tendría que haber estado ciega para no reconocer el deseo en sus ojos y el significado de

sus palabras, que desataron una oleada de pasión en su interior que nunca antes había experimentado.

-Steven, recuerda dónde estamos -le dijo en voz baja, repentinamente nerviosa.

-Lo recuerdo, en una posada íntima y acogedora a un lado de la carretera, y me parece un lugar delicioso para dos personas que se desean tanto la una a la otra.

Lauri contuvo el aliento y lo miró sin decir palabra. Nunca había sido tan franco y, aunque sus palabras reflejaban sus propios sentimientos, la asustaban.

-Steven, sabes lo peligroso que sería dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

-No debes alarmarte, querida -le dijo, de forma más distante-. No soy de piedra, pero siempre te respetaré. Puedes estar segura de ello.

-Entonces, tal vez sea mejor que nosotros también nos retiremos. A habitaciones separadas, quiero decir -añadió nerviosamente, en caso de que pensara que le estaba transmitiendo una sutil invitación.

Al ver su sonrisa irónica supo que había adivinado su pensamiento, pero Steven no hizo ninguna réplica provocativa. Salieron juntos del comedor y se separaron en las puertas de sus respectivas habitaciones, pero Lauri se sorprendió lamentando el hecho de que los amantes tuvieran que restringir todo contacto físico salvo el más benigno hasta el día de su boda.

Debía de ser mala, pensó mientras se desnudaba rápidamente en la fría habitación para meterse en la cama. No era propio de una mujer soñar con un hombre con tanto anhelo, ni siquiera en aquella época más moderna. Todavía había protocolos y buenos comportamientos que respetar, y suponía que siempre los habría, pero las normas no tenían en cuenta las emociones... ni la frustración de saber que el hombre que amaba estaba al otro lado de la pared. Y seguramente, él también estaba despierto.

Llegaron a Southampton con suficiente antelación. El Titanic partiría al mediodía en dirección a Cherbourg, donde recogería más pasajeros antes de poner rumbo a Nueva York. Toda la ciudad estaba de fiesta, con banderolas y serpentinas por las calles, bandas de música tocando en las plazas y una multitud que pululaba tratando de buscar el lugar más ventajoso desde donde despedir al barco.

Era imposible no dejarse llevar por la emoción o asombrarse ante la presencia espectacular del enorme navío, inigualable en tamaño y en lujos en todo el mundo y fuente de tanto orgullo nacional. Al instante, Lauri recordó todos los bocetos y los artículos que había leído sobre el barco. Sabía que había una piscina instalada para

quienes se atrevieran a usarla, una pista de patinaje sobre hielo y un gimnasio; había pianos de cola, orquestas y bibliotecas, todo un hospital para los que tuvieran la desgracia de estar enfermos, e incluso maravillosas rosaledas en cubierta que evocarían el aire fragante de Inglaterra.

Las imágenes todavía daban vueltas en su cabeza cuando sintió que Steven le apretaba la mano, aprovechando la intimidad que ofrecía el gentío.

-Habrá compensaciones, te lo aseguro -le dijo.

-Lo sé -murmuró, consciente de lo bien que comprendía sus sentimientos. ¿Y cómo podía dudar de sus palabras cuando su estancia en Devon prometía mucho más que un barco inanimado, por muy suntuoso y espectacular que fuera? Le devolvió el apretón antes de que la masa de gente los separara.

-Vaya, vaya, qué escena más tierna -oyó que decía una voz burlona-. ¡Y cuánto tiempo llevas así!

Se volvió con un suspiro, reconociendo la voz enseguida. Ya se preparaba para darle a Robert una réplica mordaz, cuando vio a la joven que llevaba del brazo. Robert tenía debilidad por las damas, aunque Lauri no estaba segura de que aquélla mereciera el título, pero no estaba dispuesta a quedarse callada.

-Podría decirte lo mismo. ¿No vas a presentarme a tu acompañante? Estoy segura de que a tu tía le gustaría conocerla.

Al parecer, su comentario no fue del agrado de Robert ni de la joven. Ella tiró del brazo de Robert, y él frunció el ceño a Lauri para censurar su torpe sugerencia.

-Rose y yo vamos a reunimos con unos amigos, así que de momento no vamos a unirnos al grupo. Tal vez serías tan amable de darle el mensaje a mi tía. Dudo que eche de menos mi compañía.

Lauri observó cómo él y Rose se alejaban y se fundían con la masa. Robert parecía emanar siempre cierto odio, pensó Lauri. Tal vez se debiera a que su padre nunca había confiado mucho en él y siempre había favorecido a Steven. Pero todo eso era historia, y Robert ya no era un niño.

-Por fin te encuentro -oyó decir a su tío-. Empezábamos a pensar que tendríamos que organizar equipos de búsqueda. Vamos a volver a los coches para tomar un refrigerio.

-Me encantará beber algo -le dijo.

Steven y las damas se reunieron con ellos en ese momento y regresaron a los coches, donde estaban guardadas las cestas de picnic. Tomaron algún tentempié y brindaron con champán, como correspondía a la ocasión, y Lauri se dio cuenta de lo sedienta que estaba después de tantas emociones.

-¿Has visto a Robert? -preguntó Freda de repente-. Realmente es un chico malo, nunca aparece cuando dice.

-Lo he visto un momento -dijo Lauri, ocultando su sonrisa al oír que describía a Robert como un “chico malo”. Pero antes de que nadie pudiera hacerle más preguntas sobre él, oyeron los saludos de Sir Gerald Hawkes y su familia. Él parlamentario estrechó la mano de Steven.

-Sabíamos que les encontraríamos aquí para desear "bon voyage" a esta pequeña dama, así que nos pareció una buena oportunidad para tomarnos unos días de vacaciones y visitar el astillero para ver los progresos del yate -se volvió a Lauri-. Me alegro de poder despedirte personalmente, querida, ¿pero no deberías haber embarcado ya? Ya son casi las doce.

Lauri se quedó mirándolo fijamente, dándose cuenta de que no podía saber que había decidido posponer su marcha.

-Yo... yo... -balbució, pero por alguna razón no pudo decir palabra, y miró a su tío con expresión aturdida. Vernon les proporcionó la información necesaria mientras Lauri se recuperaba.

-Lauri ha decidido no dejarnos después de todo. Me torcí el tobillo tontamente y está haciendo de chofer para nosotros. Así que podremos tratarla como nuestra hija durante unas cuantas semanas más, al menos.

-Qué generoso de tu parte, Lauri -exclamó la esposa de Sir Gerald-. Debe de haber sido una decisión muy difícil renunciar a un viaje así.

-Desde luego que lo fue -dijo Lauri, apoyándose en el brazo de su tío-. Pero ahora que la he tomado, me hace ilusión conocer Devon a fondo. Sé que a mi padre le habría complacido mi elección.

-Bueno, siempre que seas feliz -dijo la dama, moviendo la cabeza ligeramente, como si no pudiera entender que alguien renunciara a aquella travesía histórica.

-Lo soy -dijo Lauri, confiando en que nadie interpretara la sonrisa cálida y fugaz que dirigió a Steven Connors. Enamorarse era el sentimiento más feliz y glorioso del mundo...

Pero cuando empezaron a tocar las sirenas, acompañadas de los gritos de despedida de los espectadores, Lauri no pudo ignorar el malestar que sintió en el estómago. Realmente era una travesía histórica, y había decidido no formar parte de ella.

Sintió las manos de Steven sobre sus hombros de pie como estaba a su espalda y la leve presión de sus dedos le indicó que comprendía cómo se sentía. La luz del sol brilló en la franja dorada que rodeaba el casco del barco al salir del muelle, como una promesa exterior del esplendor que habría hallado dentro. Todo habría sido tan mágico...

-No puedo prometerte nada que lo iguale, pero intentaré que todos

los días que estamos juntos sean memorables, si me lo permites -dijo en voz baja.

Lauri contuvo el aliento. Hasta aquel momento la cuestión del matrimonio nunca había surgido y, desde luego, no debía interpretar sus palabras como tal. Era demasiado pronto. Se recostó en Steven por un momento, incapaz de darle una respuesta entre el gentío. Tal vez sólo lo había dicho para ver cómo reaccionaba. Y la reacción de Lauri fue no decir nada.

Cuando por fin el barco partió de Southampton y la multitud se dispersó, todos estaban acalorados y agotados, y un poco irritables. Era hora de iniciar el trayecto de regreso a la posada para descansar otra noche antes de volver a casa. La familia de Sir Gerald iría a Kingscombe dos días después, y aceptaron enseguida la invitación para cenar en Connors Court.

Lauri condujo el Wolseley amarillo con cuidado por las calles bulliciosas de Southampton y hacia la carretera abierta de dirección oeste. Se sentía extrañamente desorientada y trataba de no imaginar lo que los pasajeros estarían naciendo en el barco en aquel momento. También trataba de olvidar lo que Steven le había susurrado. Debería estar maravillada, y lo estaba, pero también tenía la extraña sensación de no querer que las cosas fueran demasiado deprisa. Siempre había tenido que domar su naturaleza apasionada, y estaba apasionada con Steven. O podría estarlo, si le daban la oportunidad.

Empezó a alarmarse de sus propios sentimientos y decidió distraerse trabando conversación con los exhaustos pasajeros. Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

-¿Visteis a Robert y a su joven acompañante entre el gentío? Parecía muy elegante.

Vernon bufó.

-Parecía el tipo de mujer casquivana por el que Robert siente debilidad últimamente. Tiene un criterio pésimo en lo relativo a mujeres, si es que la desaparecida Alice Day no ha sido ya prueba de ello.

-Cielos, me había olvidado por completo de ella -dijo Lauri, recordando a la dama de compañía que había robado las joyas a Freda Connors-. Ella, desde luego, no parecía casquivana...

-Pero no se puede juzgar a nadie por las apariencias, ¿no, querida? -intervino Helen.

-Cierto.

Y si Robert y Alice realmente habían tenido un romance, desde luego, no podía reconocerse a una mujer apasionada por su aspecto. Lauri estaba convencida de que Robert no se contentaría con nada

menos.

Entonces, ¿era así como la veía a ella? ¿Cómo una mujer fácil y casquivana? Se estremeció, consciente de que estaba dando rienda suelta a su imaginación y que debía de ser la tensión de aquel día lo que ocupaba su mente con imágenes y pensamientos no deseados. Aquel día que debía haber sido la culminación de su sueño...

-Me alegraré de llegar a la posada -declaró-. Y estoy segura de que agradecerás el descanso, tía Helen.

-Los dos lo haremos -intervino Vernon-. Tú y los chicos podéis divertiros después de la cena. Imagino que Robert se dignará a reunirse con su familia, porque hay una habitación reservada para él.

La idea hizo que Lauri volviera a estremecerse. Steven era demasiado caballeroso como para llamar a su puerta durante la noche, ¿pero Robert...? Realmente estaba viendo fantasmas donde no los había, pensó, enojada consigo misma.

Delante de ellos vio el coche de Steven, que encabezaba la marcha. Nadie sabía dónde estaría Robert en aquellos momentos, pero a Lauri no le importaba que no apareciese finalmente.

Robert apareció, por supuesto. Y sin compañía, aunque Lauri casi pudo oler el aroma a perfume barato de Rose en su ropa.

-Bueno, qué reunión más íntima, ¿no te parece, hermano? -dijo con arrogancia después de que los tres se acomodaran en el salón de la taberna y los mayores se hubieran retirado a sus habitaciones hacía largo tiempo.

-Me sorprende que te hayas molestado en unirte a nosotros en este humilde establecimiento -comentó Steven-. Yo creía que tenías cosas mejores que hacer.

Robert se echó a reír.

-¿Y perderme la oportunidad de ver a la deliciosa Lauri? -elevó su copa de vino hacia ella al hablar, y Lauri sintió que sus mejillas se sonrojaban.

-Robert... -dijo Steven en tono de advertencia, y su hermano abrió los ojos con fingida inocencia.

-¿Qué es lo que he dicho? Estoy seguro de que Lauri no es reacia a oír unos cumplidos del todo merecidos, ¿verdad, querida?

-Depende de si son sinceros o no -replicó-. Y depende de quién los haga.

Se echó a reír, y Lauri pensó que era imposible avergonzarlo. Estaba tan seguro de su virilidad que no contemplaba la posibilidad de que una mujer se resistiera a él.

-Si lo que pretendías era ponerme en mi sitio, encanto, sólo has conseguido que esté más ansioso de ir a la caza -fueron sus ofensivas palabras.

-Por el amor de Dios, Robert, si no puedes ser más sutil, será mejor que te guardes tus pensamientos -le espetó Steven con mirada furiosa y los puños cerrados.

Antes de que pudiera responder, Lauri habló por sí misma.

-No tengo por qué escuchar todas estas tonterías. Ha sido un día muy largo y, en cualquier caso, estoy cansada de conducir. Si no os importa, y aunque os importe, voy a darme un baño antes de acostarme.

“Y si te atreves a ofrecerte a enjabonarme la espalda, Robert, te daré una bofetada”.

Pero ni siquiera Robert podía ser tan grosero, pensó con furia mientras salía del salón, deseando que aquella idea no hubiese pasado por su cabeza. Su dormitorio estaba al otro extremo de la posada, y Lauri se sentía agradecida por ello. Pero no sabía por qué estaba tan nerviosa por su culpa, no significaba nada para ella.

Aunque cuando Steven y él discutían, a veces era difícil distinguir el uno del otro. Sólo cuando Steven y ella estaban solos todo era diferente...

Recogió lo que necesitaba de su habitación y caminó a paso rápido por el pasillo hasta el cuarto de baño. Permaneció en la bañera largo tiempo, sumida en la ensoñación y preguntándose si no estaba haciendo una tontería al no dar a conocer al mundo sus sentimientos por Steven. Pero seguía pensando que lo mejor era esperar.

Lauri se estremeció ligeramente y se dio cuenta de que el agua se había quedado un poco fría. Salió de la bañera rápidamente, envolviéndose en las toallas antes de ponerse el camisón y una bata gruesa y salir a toda prisa por el pasillo en dirección a su dormitorio. Pero no lo bastante deprisa.

-Pocos caballeros tienen oportunidad de ver lo que estoy viendo -la acosó la voz sarcástica de Robert. Lauri puso la mano en el pomo de la puerta y Robert la cubrió con la suya al momento.

-Un caballero se habría quedado rezagado al final del pasillo hasta que la dama hubiese entrado en su habitación antes que avergonzarla -replicó Lauri. Robert se echó a reír.

-Estamos en el siglo veinte, encanto, no en la Edad Media. Y yo creía que eras lo bastante moderna como para no avergonzarte por esta pequeña indiscreción.

Lauri sintió el rostro en llamas.

-Creo que tienes una opinión muy pobre de las mujeres, Robert.

-Al contrario, las tengo en muy alta estima, sobre todo aquéllas que me conceden sus favores...

Se inclinó hacia ella con la mano firmemente puesta sobre la suya, de modo que Lauri no podía abrir la puerta de su habitación. Supo que

iba a besarla y no quería, pero Robert le rodeó la cintura con fuerza con su otro brazo y Lauri forcejeó en silencio para no despertar a toda la posada y provocar un escándalo.

Entonces, alguien arrancó a Robert de su lado.

-No sabes cuándo parar, ¿verdad? -le espetó Steven a su hermano con ojos fríos como el acero-. ¿Es que no ves que la estás molestando?

-En cambio, tus atenciones son bienvenidas, ¿verdad, hermano? -se burló Robert, y al ver que ninguno de los dos contestaba, entornó los ojos y los miró alternativamente-. ¿O acaso me he perdido algo en el tiempo que he estado fuera?

Antes de que Steven pudiera decir nada que lo confirmara o lo negara, Lauri abrió la puerta de su cuarto y entró rápidamente, dando un portazo. Seguramente, el ruido habría despertado a todos los huéspedes.

Todavía podía oír a los dos hermanos discutiendo, y rezó para que fueran a arreglar sus diferencias a otra parte. Pero unas cuantas palabras captaron su atención y pegó el oído a la puerta, incapaz de resistirse.

-Cuando el maldito astillero me pertenezca, tendré mucho que decir en muchos sentidos y podrás irte al infierno -decía Robert.

-Y yo tendré mucho que decir al respecto.

-No podrás hacer nada. Ni siquiera nuestro padre le negaría a su hijo su derecho de nacimiento, por muy loco que estuviera.

-No eres su único hijo...

-Pero soy el primogénito, no lo olvides.

-No creo que pueda -oyó decir a Steven con amargura-. Siempre me lo estás recordando.

A medida que las voces se perdían, Lauri comprendió que se habían alejado. Se sentía mal y temblorosa después de oír su disputa, y aún más al ser consciente de que no debía haberla escuchado.

Pero mientras se quitaba la bata y se metía en la cama, comprendió que al menos aquella pequeña escena le había hecho olvidar la decepción de aquel día. Había dejado de imaginar por dónde estaría navegando el Titanic, y qué estarían haciendo los pasajeros más afortunados del mundo. Se había olvidado de todo menos de que no deseaba ser motivo de enfrentamiento entre dos hermanos.

## CAPÍTULO 11

LOS DÍAS siguientes consistieron en una ronda de compromisos entre los Connors y los Hartman. Sir Gerald Hawkes y su familia permanecieron en Devon durante unos días más y fueron invitados a cenar a ambas casas, donde las dos familias coincidieron. Parecía que todos ellos estaban destinados a convivir estrechamente, pensó Lauri, pero su tío había probado su tobillo en su estimado Wolseley y se había declarado a sí mismo apto para conducir.

-Así que te relevo de la responsabilidad por el momento, Lauri, aunque todavía habrá ocasiones en las que me alegre de tenerte como chofer -anunció.

-Y sabes que me encantará hacerlo -dijo Lauri, aunque en el fondo se alegraba de no tener que estar al servicio de todos y poder alejarse en su pequeño coche. Había ocasiones en las que le gustaba estar sola.

Miró a su tía. Helen se había mantenido bastante bien durante los días tan ajetreados que se habían sucedido, pero en aquellos momentos parecía más pálida, y Lauri pensó que no les vendría mal el descanso cuando la familia Hawkes regresara a Londres.

Para sorpresa suya, Lauri se dio cuenta de que estaba hablando como una mujer de campo, y supo lo tentadora que se estaba volviendo la idea de echar raíces en el condado natal de su padre. Aunque sólo fuera como una hija adoptiva para sus tíos.

La paz que sucedió a la marcha de Sir Gerald Hawkes y su familia fue perturbada pocos días después, cuando Steven se presentó en Hartman House conduciendo a toda velocidad mientras Lauri y sus tíos todavía estaban desayunando. Era tan extraño verlo a aquella hora y con un aspecto tan desarreglado que al momento supieron que algo iba mal. Pero no podía ser algo relacionado con Freda, de lo contrario les habría telefoneado.

Por consiguiente, debía ser algo que afectara a la familia Hartman de un modo más personal, dedujo la mente lógica de Lauri mientras consideraba las posibilidades como si su vida dependiera de ello. No le gustaban las premoniciones, pero sabía que estaba a punto de escuchar algo terrible.

-Vaya, hoy has madrugado mucho, jovencito -dijo Vernon enseguida, al parecer desprovisto de un sexto sentido para el desastre.

-¿Puedo hablar con ustedes en privado, señor? -repuso Steven apresuradamente. Las doncellas estaban despejando la mesa y Vernon asintió enseguida y condujo a su familia al salón.

Las damas se sentaron y Vernon se quedó de pie con actitud expectante mientras Steven permanecía con la ansiedad reflejada en el rostro, como si lo último que deseara fuera tener que decirles nada.

-Creo que será mejor que nos lo cuentes lo antes posible -dijo su tío con aspereza, como si hubiera comprendido que aquello no era una visita de cortesía. Steven asintió.

-Muy bien. Sir Gerald Hawkes me ha telefoneado a primera hora esta mañana. Creyó que lo mejor era hablar conmigo primero en lugar de dirigirse directamente a ti, Lauri, pero no hay modo de impedir que lo sepas. Todo el mundo lo sabrá muy pronto...

-Dios mío, ¿qué ha pasado? -susurró Lauri con los labios secos. Se puso en pie y agarró a Steven del brazo, consciente de que su presentimiento se iba a hacer realidad.

-No hay ninguna forma sencilla de decirlo, así que iré al grano. Se trata del Titanic. Se ha hundido. Chocó con un iceberg y se hundió, llevándose con él tantas vidas que... Cielos, es terrible.

Helen emitió un grito ahogado y Vernon maldijo expresivamente sin molestarse en disculparse. Lauri se sorprendió soltando una carcajada de incredulidad.

-No seas tonto, Steven. ¿Cómo ha podido hundirse? Es insumergible, todo el mundo lo sabe.

Su carcajada se extinguió al instante y sintió cómo le fallaban las piernas mientras seguía aferrada a Steven.

-¿Qué dijo Sir Gerald, Steven? -preguntó su tío con aspereza-. Cuéntanos lo ocurrido.

-Sólo Dios sabe lo que pasó. Dicen que la noche era clara y fría, pero que el mar estaba en calma. Los pasajeros estaban cenando cuando el vigía vio un iceberg poco después de medianoche. El barco viró bruscamente, pero fue demasiado tarde. Cuando confirmaron el daño, estimaron que el barco tardaría dos horas en hundirse y llamaron a los pasajeros a los botes salvavidas.

Steven ignoró la exclamación de Helen y prosiguió, demasiado absorto en su narración lúgubre.

-Todavía no lo saben con exactitud, pero puede que hubiera mil quinientas personas a bordo cuando fue devorado por las aguas. Algunos de los supervivientes han descrito cómo la proa se hundía mientras la popa se elevaba hasta la vertical. Las luces todavía estaban encendidas en las ocho cubiertas cuando desapareció, e incluso pudieron oír a la banda tocando en cubierta música de jazz...

-¡Basta! -exclamó Helen de repente-. Es suficiente. No quiero oír una palabra más.

Lauri se dio cuenta de lo entrecortada que se había vuelto la respiración de su tía y vio que hurgaba en su bolsillo para sacar su frasco de sales. Ella misma había contenido el aliento mientras asimilaba las implicaciones de lo que Steven les había contado con voz fúnebre.

-Debemos oírlo, querida -replicó Vernon-. Saldrá en los periódicos dentro de unas horas, y es el deber de todo inglés llorar la muerte de las pobres almas que no sobrevivieron al desastre.

-Pero Lauri podría haber estado entre ellas. ¿Es que no tienes imaginación, Vernon? -le dijo su esposa casi a voz en grito.

-Intento no tenerla -dijo en tono lúgubre, comprendiendo a dónde quería ir a parar.

La mente de Lauri iba en la misma dirección. De no ser por su decisión de quedarse en Inglaterra por más tiempo, ella también podría haber sido uno de esos pobres supervivientes... o tal vez no. La imagen aterradora del barco hundiéndose en el agua helada y de encontrar la muerte en sus profundidades fue lo único que ocupaba su mente en aquellos momentos.

No se dio cuenta de lo mucho que estaba temblando hasta que Steven la abrazó, sin preocuparse de que aquél no fuera el lugar apropiado para hacerlo. Pero, por el rabillo del ojo, Lauri pudo ver que su tío estaba más preocupado atendiendo a su esposa, que parecía haberse desmayado.

-Habría dado cualquier cosa por no darte esta noticia -dijo Steven con aspereza junto a su mejilla mientras la abrazaba. Dadas las circunstancias, era lo menos que podía hacer un amigo, y debería haberle proporcionado un gran alivio, pero Lauri casi lo odió por habérselo contado. Forcejeó para soltarse, pero Steven la sujetó.

-Debo ayudar a mi tía -jadeó-. No se encuentra bien, y la noticia ha debido de ser un shock terrible para ella.

-Tu tío la está cuidando. ¿Y qué me dices del shock que tú has recibido, querida? -dijo en voz baja-. Eres la más perjudicada de todas por la noticia y tardarás un tiempo en recuperarte. No antepongas siempre las necesidades de los demás a las tuyas.

Lauri consiguió finalmente soltarse de su abrazo y corrió junto a su tía, que estaba muy pálida. Tenía los ojos cerrados, y Vernon estaba haciendo lo posible por reanimarla, pero las sales no le hacían efecto.

Sería la más cruel de las ironías, gimió Lauri para sus adentros, que su tía tuviera un ataque al corazón al oír la noticia de la terrible tragedia de la que su sobrina se había salvado milagrosamente.

-Llamaremos al doctor Vine ahora mismo, tío -balbució-. Necesita cuidados médicos.

-Si me permite, señor, lo telefonearé y le explicaré las circunstancias -dijo Steven enseguida.

-Adelante, ve. Creo que yo no podría repetir el relato.

La franqueza de sus palabras le indicó a Lauri lo mucho que temía por la salud de su esposa. Normalmente era tan locuaz, pero la noticia, y el efecto que había tenido en su esposa, habían hecho mella en él

también. Parecía viejo, enfermo...

Lauri nunca se había sentido tan desorientada o asustada en la vida. Tragó saliva, comprendiendo que el miedo se había apoderado de ella. Había estado a punto de morir...

Su tía todavía no había recuperado el conocimiento cuando Steven fue a buscar un poco de coñac. Lauri no sabía si era buena idea dárselo a Helen en aquellas circunstancias, pero no podía pensar con claridad, así que dejó que los demás decidieran.

-¿Crees que debemos moverla? -le dijo a Vernon. Su tío lo negó con la cabeza.

-Creo que no. Cuanto menos esfuerzo tenga que hacer mejor. Pero me temo que las noticias han tenido un efecto traumático en ella.

-Sí -dijo Lauri.

Su tío la miró con aspereza, fijándose en su rostro pálido y cansado. Los ojos azules de Lauri parecían brillar con un fuego extraño y Vernon sintió una punzada de alarma. Hasta aquel momento, todos sus pensamientos habían estado dirigidos a su esposa.

-¿Y qué me dices de ti, querida?

-¿De mí? Sigo aquí, y doy gracias a Dios por ello, pero me siento muy culpable por haber sobrevivido cuando alguien debió de alegrarse tanto por quedarse con mi pasaje.

No había dado forma a aquel pensamiento antes en su cabeza, pero una vez expresado, sabía que no le resultaría fácil librarse de él. Por su culpa, otra persona había perecido en las aguas gélidas del Atlántico, ahogándose en la oscuridad, aterrorizada y sola, de la forma en que todo mundo estaba solo en sus últimos momentos.

-Bebe esto.

Apenas se dio cuenta de que Steven le había llevado una copa fría a los labios, o de que estaba temblando tanto que parte del coñac se derramó por su barbilla y le manchó el vestido.

-Así está mejor -le dijo en tono casi acusador al oído-. ¿Cómo piensas ayudar a tu tía si te derrumbas ahora? Necesitan que estés fuerte.

Se quedó mirándolo fijamente. ¿Acaso no sabía que no era fuerte? Quería llorar y gemir y gritar... No quería que Steven Connors le dijera lo que debía hacer, o cómo debía comportarse... le molestaba que se inmiscuyera en sus sentimientos más profundos...

-Gracias a Dios que el médico ha llegado -le oyó decir momentos después. Fue a saludarlo, haciéndose cargo de la situación a pesar de que era el extraño en la casa. Pero era más que eso, se dijo Lauri. Era un vecino, un amigo, y un amigo muy querido... Apartó a un lado aquel pensamiento al ver que el doctor Vine entraba en el salón y se

dirigía directamente a su paciente para tomarle el pulso y auscultarla.

-Parece un mal asunto, señor -le dijo el doctor Vine a Vernon-, pero dé gracias a su buena estrella por que la joven no estuviera en el barco, o estaría lamentando algo más que una reaparición de los problemas respiratorios de su esposa.

Lauri soltó una exclamación por su falta de sensibilidad, pero seguramente el doctor estaba tan familiarizado con la naturaleza precaria del nacimiento y de la muerte que no vio nada osado en su afirmación. Se alegró de que su tía no la hubiera oído, aunque para alivio de todos, vio cómo Helen empezaba a parpadear.

-Bien -dijo el médico-. Si hubiera permanecido inconsciente mucho más tiempo, tal vez su estado se habría complicado más. Ahora mismo está sufriendo los efectos del shock, así que recomiendo varias semanas de descanso absoluto. El gran consuelo es que la joven podrá cuidar de ella.

"Entonces, me alegro de ser útil, y mucho más de no haberme hundido con el barco", se dijo Lauri, e inmediatamente se horrorizó al pensar que tal vez lo había dicho en voz alta. Pero al parecer no lo había hecho, así que tragó saliva y asintió.

-Me quedaré todo el tiempo que mi tía me necesite -murmuró-. De hecho, seguramente me quede indefinidamente. Lo último que se me ocurriría hacer en un futuro próximo es viajar en barco.

Se estremeció, pensando en la forma tan extraña en que el destino estaba conduciendo su vida. Había hablado deprisa, pero lo que había dicho era totalmente cierto. Poner el pie en un barco en aquellos momentos sería tan aterrador como pisar un nido de víboras.

-Dicen que la mejor manera de superar un miedo así es enfrentarse a él -oyó decir a Steven-. Incluso un trayecto corto por la bahía te ayudaría a disipar tu preocupación.

-No lo creo -le dijo fríamente, preguntándose si todo el mundo iba a volverse insensible a partir de entonces-. De cualquier forma, la tía Helen me necesitará para que la cuide.

-No soy una inválida -dijo Helen con voz débil por primera vez desde su desmayo-. Pero si dices en serio lo de quedarte, no sabes el bien que le harás a mi corazón.

-No voy a dejarte, tía Helen -dijo Lauri con voz ahogada, colocándose otra vez junto a ella para tomarle la mano.

Y no sólo lo hacía por su tía, ni porque hubiera encontrado el amor de su vida. En Devon estaba a salvo. Quedándose allí había burlado a la muerte, y no quería pensar más allá, aunque se sintiera más cobarde que nunca en su vida.

Robert Connors sabía perfectamente cómo debía encarar Lauri sus

problemas. Después de regresar de su último viaje y completamente al corriente de la noticia, visitó a los Hartman y encontró a Lauri en el invernadero, con la cara pálida. No se parecía en nada a la joven vital que conocía sino a una niña abandonada. En cuanto descubrió el motivo, fue brusco hasta el punto de resultar grosero.

-Tienes que dejar de sentirte culpable, Lauri. Más bien, da las gracias a tu buena estrella por seguir viva. No sabes quién compró tu billete ni lo que le pasó. Eso ya es historia, Lauri, y no puedes cambiarlo.

-Lo sé. Pero debe de tener una familia que estará desolada. ¿Cómo crees que eso me hace sentir?

Estaba respirando dificultosamente, como le ocurría a su tía cuando iba a tener un ataque de asma. Se sentía débil, y el aroma intenso de las flores exóticas y el calor del invernadero provocaron gotas de sudor en su frente. No quería poner un nombre o una cara a su sustituto, pero tampoco podía quitárselo de la cabeza.

Entonces, unos brazos la rodearon, estrechándola. Alguien le habló en voz baja al oído y le acarició la mejilla con el mentón. Alguien que estaba aprovechando aquel momento en el que se sentía tan vulnerable...

-Gracias por tu preocupación, Robert -le dijo, forcejeando para apartarse de él-. Pero no necesito que me consuelen. Además, ya estoy bien.

No lo estaba, pero no tenía intención de permanecer allí de pie abrazada a aquel hombre, casi comprometiéndose a la luz del día. Se separó y salieron al exterior, pero Robert la mantuvo agarrada del brazo mientras buscaban un banco en el jardín para que pudiera recuperarse.

-Prométeme una cosa -le dijo con arrogancia cuando estuvieron sentados.

-¿Qué?

-Que no harás ningún intento por averiguar quién compró tu billete. Porque si lo haces, será una locura, Lauri.

-Sé que tienes razón -dijo lentamente, reconociendo que aquella loca idea se le había pasado por la cabeza... y que Robert era más perspicaz de lo que había pensado.

-Bien -continuó-. Porque no te imagino como una hermana de la caridad, llevando comida y medicinas a los pobres y necesitados. Y puedes apostar hasta tu último dólar que en cuanto esas personas se percataran de tu culpabilidad y de tu desesperación por ayudarlos de cualquier modo posible, jugarían con tus sentimientos y te dejarían sin un centavo.

-Cielos, eres todo corazón, ¿verdad, Robert?

-No, sólo soy práctico. Dejo que mi hermano sea el soñador.

-¿En serio? Dudo que haya nadie que crea que un hombre de negocios de éxito como Steven sea un soñador -dijo, defendiéndolo, y contempló la sonrisa cáustica de Robert.

-Bueno, es evidente que tiene en ti una admiradora. Pero tendrá que buscar otro negocio del que ocuparse si no puede comprármelo cuando llegue el momento.

-No lo dirás en serio, ¿verdad?

Lauri dio las gracias por poder hablar de otra cosa que no fuera el desastre, aunque aquello no fuera asunto suyo. Robert se encogió de hombros.

-¿Por qué no? No significa nada para mí...

-Pero lo es todo para Steven.

Los ojos de Robert centellearon de furia.

-Si vamos a seguir poniéndonos sentimentales esta tarde, tal vez sea mejor que te recuerde que no soy el guardián de mi hermano.

Lauri se soltó de su brazo.

-Te agradezco tu compañía, pero ahora voy a entrar en la casa -dijo deliberadamente-. Mi tía se estará preguntando dónde estoy.

Robert se inclinó hacia ella antes de que pudiera levantarse.

-¿Qué tal un beso, por el bien de la amistad? -dijo en tono de burla, como si supiera perfectamente que no sería por ninguna otra razón. Lauri se echó hacia atrás.

-¿Y qué tal si guardas tus besos para mujeres que los aprecien? -le espetó, y giró en redondo antes de que pudiera retenerla. El corazón le latió con fuerza. No le gustaba, pero no podía negar su atractivo animal. Seguramente sería un buen amante, le dijo su parte maliciosamente sensual... y un mal enemigo. Claro que no había enemigos buenos.

-¿Ya se ha ido Robert? -preguntó su tía con sorpresa cuando Lauri se reunió con ella en el salón-. ¿No lo invitaste a tomar el té?

-Tenía cosas que hacer. Ya conoces a Robert, siempre va de un lado a otro, no sabe estar quieto -le dijo Lauri con soltura, pensando que no podría haber soportado ver cómo conversaba de asuntos triviales con su tía.

Lauri se dio cuenta con alarma de que corría peligro de aislarse del mundo con sus pensamientos. Se le pasaría, pensó con frenesí. Sólo era una reacción natural a la noticia de la tragedia. Sólo de imaginar a toda la masa de pasajeros muñéndose...

-Es hora de que pensemos en nuestros trajes para el baile de máscaras -anunció Helen.

Lauri se quedó mirándola con expresión estúpida, preguntándose si

habría oído bien. Vio que su tía sonreía levemente antes de proseguir.

-Sé lo que estás pensando, Lauri. ¿Cómo puedo ocuparme de algo tan frívolo cuando acaba de ocurrir una tragedia? Pero cuando no se puede hacer nada al respecto, es la única salida, querida. Sólo puedes llorar por la muerte de esos desgraciados durante un tiempo, pero luego tienes que dejar ir ese recuerdo o te devorará por dentro como un cáncer.

-Nunca lo dejaré ir...

-Sí, lo harás. Es más, debes hacerlo. Toda la humanidad se sentirá triste por esas víctimas y otros como ellos, pero no son una preocupación tuya personal. En cuanto antes te metas eso en la cabeza, mejor.

Lauri esbozó una sonrisa.

-Y yo que pensaba que al quedarme te animaría. En cambio, creo que te deprimo.

-Tonterías, eso es imposible -dijo Helen con energía-. Pero insisto en que empecemos a animar a los demás pensando en los disfraces. Si no encontramos nada en los baúles, debemos encargar que nos hagan uno, y eso llevará tiempo.

Lauri no sabía cómo iba a poder ocupar sus pensamientos con un baile frívolo, pero su tía tenía razón. No debía consumirse pensando en la tragedia.

De repente, hizo una pausa y miró a su tía con más intensidad.

-Pero se suponía que ibas a tomarte unas semanas de descanso absoluto, tía Helen.

-¡Bah! -repuso la dama con poca elegancia-. Descansaré cuando me haga falta. Ahora mismo lo que necesito es volver a sentirme parte del mundo... y tú también.

## CAPÍTULO 12

SU TÍA había dicho la verdad. Durante los días siguientes la atención de los periódicos se centró en la suerte del Titanic y de sus pasajeros, pero luego se desvió a otros sucesos. Si la humanidad podía dejar pasar tan fácilmente aquella tragedia, en parte era un alivio, pensó Lauri. Le ayudaba a mitigar su sentimiento de culpa, de cuya inutilidad ya estaba convencida.

-Mi familia también ha dejado a un lado la tragedia -dijo Steven cuando fue a visitarlos una mañana a principios de mayo-. Nadie debería obsesionarse con ella, y por eso me propongo llevar a Lauri hoy a la bahía. El mar está tan tranquilo como un estanque...

Steven vio cómo Lauri se estremecía, y supo que había escogido mal las palabras. El Atlántico también había estado hermoso y tranquilo durante aquella noche de abril...

-Sabes que no puedo hacerlo -dijo Lauri claramente.

-Claro que puedes, nunca te he tenido por una gallina. Pensaba que esa descripción estaba reservada para mortales inferiores a alguien que ya ha cruzado el Atlántico.

En aquella ocasión lo dijo deliberadamente, retándola e ignorando sus ojos turbulentos cuando lo miró con enojo.

-¿Qué daño puede hacerte, querida? -dijo Vernon-. No puedes seguir con cara lúgubre el resto de tu vida, y un día de sol te sentará bien y te devolverá el color a las mejillas.

-¿Y bien? -insistió Steven-. No tenemos por qué estar mucho tiempo en el barco. Y hace un tiempo demasiado bueno para quedarse en casa... o trabajar -antes de que Lauri pudiera contestar, la tomó de la mano y la puso en pie-. Sabes que siempre estarás a salvo conmigo, Lauri.

Y si aquella frase pretendía ser un comentario enigmático, todo el mundo decidió ignorarla.

Diez minutos después iban en coche en dirección a la costa, y con cada kilómetro que pasaba, Lauri se decía que aquello era un gran error, y que si tenía algo de sentido común, debía decirle a Steven que detuviera el coche al instante. Sintió cómo le cubría la mano con la suya y se la apretaba durante un largo momento.

-Ya sabes lo que se dice, ¿no? Enfréntate a tu dragón.

-Pues a mí me parece una tontería -repuso Lauri, decidida a ser beligerante-. ¿Quién en su sano juicio se enfrentaría a un dragón?

Pero Lauri sorprendió la sonrisa en su mirada y se relajó.

Al final, el corto paseo en barco por la bahía no fue tan terrible, y Lauri sintió cómo sus nervios se apaciguaban poco a poco. La brisa soplaba suavemente en las velas, y no había más ruido que el crujido del timón y el susurro de las olas cuando el barco las surcaba sin

esfuerzo. Era otro mundo... un mundo sin traumas, y Lauri se esforzó por creerlo.

-¿Está teniendo efecto el exorcismo? -dijo Steven en tono casual cuando regresaban lentamente al astillero.

-Creo que sí -dijo Lauri con sinceridad. Aquel pequeño velero no podía compararse con un transatlántico, pero si podía sentirse a salvo en el agua, había algo que decir en favor de la tranquilidad que ésta transmitía.

-Tengo que decirte algo, Lauri -dijo Steven con voz más seria-. Y tal vez éste sea el mejor momento para hacerlo.

-¿Qué es? -repuso Lauri con aspereza. Había estado tan absorta en sus propios miedos que no se había percatado de la reserva en su voz, que se hizo evidente en aquellos momentos.

-Bueno, al parecer, Alice Day había reservado un billete para viajar en el Titanic, y no pudo resistir la tentación de enviar a Robert una nota triunfante de despedida contándoselo, aunque declinó notificarle el nombre falso con el que viajaba. Seguramente, le dejó la nota a otra persona para que la echara al correo, porque la ha recibido hace poco.

Durante unos segundos, Lauri no supo quién era Alice Day. Se había vuelto tan insignificante en sus pensamientos. Luego lo recordó. Alice Day había sido la dama de compañía de Freda Connors, la que le había robado y traicionado.

-¡Pero no era más que una empleada! ¿Cómo pudo costearse el viaje? ¿Estás seguro de que la nota no ha sido una broma de mal gusto?

-Robert se la llevó a la policía y confirmaron que la letra era suya. En cuanto a cómo se permitió el pasaje, han proseguido la investigación en estas últimas semanas y han descubierto que la joven tenía por costumbre utilizar nombres falsos y disfraces. Los beneficios de sus robos le habrían permitido fácilmente comprar el billete.

-¡Cielo santo! -susurró Lauri, sintiéndose repentinamente indispuesta-. Steven, no creerás...

-Yo no lo creo, y tú tampoco deberías -dijo con brusquedad, consciente de a dónde se habían desviado sus pensamientos-. Según la nota, reservó el billete mucho antes de que tú cancelaras el tuyo. Hasta tuvo la osadía de decir que buscaría a otra amiga norteamericana y se cuidaría de eludirte.

Lauri tragó saliva.

-¿Sabes algo más? -dijo con cautela. “Como... ¿se habrá ahogado? O... ¿estará contando un relato elaborado de su supervivencia a una audiencia compasiva e ingenua de norteamericanos?”

-Nada -dijo Steven con rostro lúgubre-. Y ojalá no te hubiese contado tanto. Pero si estás pensando en que lo que le ha pasado a

Alice podría haberte pasado a ti, olvídalo. No merece la pena que te disgustes por ella...

-¡Cómo puedes decir eso! -exclamó, horrorizada por su crueldad-. A pesar de lo que hizo, era un ser humano y no merecía el destino de esa gente...

-Lo sé, y lo siento. Escogí mal las palabras.

-Y tanto. De hecho, hablabas como tu hermano -repuso Lauri-. ¿Cómo se lo ha tomado él, por cierto?

Steven se encogió de hombros.

-Las relaciones de Robert suelen ser efímeras, y aunque le chocó un poco recibir su nota después del hundimiento del barco, se lo está tomando con filosofía. ¿Qué más puede hacer? No va a llorar por ella, y no quiere localizarla, aunque la policía ya tiene algunos datos en su poder. Todavía la buscan por robo en varios condados.

-Espero que no la encuentren -dijo Lauri, estremeciéndose-. No creo que quiera saber...

-Yo tampoco. Pero por lo que sabemos de ella, si ha sobrevivido ya estará viviendo con otra identidad. Así que intentemos olvidarla. No dejemos que las noticias echen a perder nuestro día.

-Dime, ¿ya habéis decidido tú y tu tía qué disfraces os vais a poner para el baile? -le preguntó Steven cuando pasaron diez minutos de silencio.

Tal fuera poco sensible por su parte mencionar un evento tan frívolo cuando acababan de hablar de la posible muerte de Alice Day, pero Lauri agradeció el cambio de tema.

-Por supuesto, y la modista ya ha venido varias veces a casa, pero no esperarás que divulgue qué voy a ponerme, ¿verdad? De lo contrario no tiene sentido que nos presentemos con máscaras, ¿no crees?

Steven se echó a reír.

-Touché. Pero haría falta algo más que un disfraz y una máscara para que me ocultaras tu encantadora persona, Lauri. Sólo tendría que tocarte la mano y sentir tus dedos en torno a los míos. O ver la curva de tus labios, aunque no fuera capaz de contemplar tus hermosos ojos azules por la máscara. No importaría, porque te reconocería en cualquier parte.

Lauri contuvo el aliento. Parecía que había pasado tanto tiempo desde que se habían hablado con ternura, o besado, o exteriorizado su mutuo afecto. Lauri sabía que había sido ella y sus emociones lo que habían mantenido a Steven a distancia todo aquel tiempo.

Pero no pudo ignorar el deseo en sus ojos al mirarla en aquellos momentos, ni los latidos acelerados de su propio corazón y la oleada

de deseo que corría por sus venas.

-Yo también te reconocería -susurró-. Siempre, Steven.

Steven sonrió levemente, como por algún pensamiento personal. Y luego se acercó a ella y la abrazó, y sus labios se fundieron en un beso largo y dulce.

Los dos sintieron que el barco se balanceaba, y Steven tuvo que retomar el control de la embarcación y de sí mismo, pensó Lauri estremeciéndose. Porque si se hubieran visto en un lugar más estable que un velero, no le cabía ninguna duda que el beso habría dado pie a algo más. Lauri estaba enardecida de deseo, y no hacía falta ser un genio para saber que el sentimiento era mutuo. Y algo tan normal, tan esperado como estar enamorada, le pareció de repente lo más maravilloso del mundo.

Sus tíos tenían el semblante grave cuando Steven la dejó en Hartman House. Vernon se aclaró la garganta.

-Hemos tenido visita -dijo con cautela-. Robert trajo a su tía esta tarde.

-No te preocupes, tío. Sé todo lo de Alice Day.

-Así que Steven te lo ha contado -dijo Helen, con la misma cautela que Vernon mientras trataba de evaluar la reacción de su sobrina-. Fue toda una sorpresa, ¿verdad?

-Lo fue, pero no voy a extraer de ello ninguna interpretación personal. A veces, la justicia tiene su forma peculiar de arreglar las cosas, y prefiero no saber nada más. ¿Por fin vino la modista para probarte el traje?

Helen pareció claramente aliviada por su reacción.

-Sí, y dejó también el tuyo para que te lo probaras y vieras su movilidad, como ella misma dijo. Volverá mañana. Aunque debo confesar que estoy cansada de tanto ponerme y quitarme enaguas y volantes.

-Pero piensa en lo magnífica que estarás cuando todo haya acabado. Nunca se verá una reina más regia en Inglaterra que tú durante el baile, tía -sonrió.

-Y tú serás una hermosa cantante de salón del Oeste -dijo su tía, devolviendo el cumplido.

-Bueno, eso espero, aunque empiezo a arrepentirme. La señorita Brandon me está haciendo un traje muy provocativo -dijo Lauri frunciendo el ceño-. No soy una mojigata, pero no quiero exhibirme innecesariamente.

-Tienes que hacer el papel, querida -intervino su tío-. Y el cuerpo femenino no tiene nada de malo. Grandes artistas a lo largo de los tiempos lo han admirado y reverenciado.

-Además -alegó su tía-, llevarás puesta la máscara que está

haciendo la señorita Brandon, y siempre que los tres no vayamos juntos a todas partes, puedes permanecer de incógnito el tiempo que quieras.

Teniendo en cuenta que Steven había dicho que la reconocería en cualquier parte, Lauri no estaba tan segura de las palabras de su tía. Pero se sorprendió esperando que Robert no fuera tan hábil reconociéndola, y que otras jóvenes invitadas lo mantuvieran suficientemente ocupado.

-Por cierto, Vernon, dile a Lauri qué has decidido ponerte para el baile.

-¡Es verdad! Todavía no me has dicho nada -exclamó Lauri.

-Tu tía cree que no deberíamos hacer pareja, así que seré el pirata Barbanegra. ¿Qué te parece?

-Una elección estupenda -rió Lauri, imaginándolo-. Nadie relacionará a la reina con un pirata y una cantante de salón.

-Me pregunto qué piensan ponerse Robert y Steven -dijo Helen-. ¿Te ha dicho algo al respecto, Lauri?

-Ni una palabra. Pero lo que sí me ha dicho -se acordó Lauri de repente-, es que van a posponer el baile. Creen que será mejor celebrarlo una semana después de su cumpleaños, para asistir a la lectura del testamento con su abogado y dejar zanjado ese asunto. Y ahora, si me excusáis -añadió, no queriendo ocupar sus pensamientos con el posible contenido del famoso codicilo-, iré a mi habitación y me probaré el traje. Le diré a Maisie que me ayude. Es la doncella más discreta y no quiero que nadie se entere de cuál va a ser mi disfraz.

-Dios mío, parezco una mujer de la calle -exclamó.

-Bueno, ¿no es eso lo que debe parecer? -dijo Maisie en tono dubitativo.

Lauri no podía replicar. Pero no se reconocía, ni siquiera sin la máscara de seda y plumas que la señorita Brandon había prometido confeccionar.

Paseó la mirada lentamente por su reflejo en el espejo del dormitorio, y lo que vio fue una mujer voluptuosa, con la parte superior de sus cremosos senos expuestos de forma provocativa por encima del atrevido escote. De repente, se puso nerviosa al pensar en lo que la gente pensaría al verla, y el corpiño blanco de seda brillante dejó ver la contracción de sus pezones. Lauri tuvo que reprimir el impulso de cubrirse con las manos. La falda corta de volantes de color escarlata se ceñía a sus caderas enfatizando su cintura de avispa, completando el efecto de la buscona, pensó Lauri. Y dejaba ver sus piernas cubiertas con medias plateadas y rematadas con zapatos de tacón de aguja de color rojo. Aquello era excesivo.

Y más aún, el color llameante de la peluca parecía iluminar todo su rostro, haciendo que sus ojos brillaran más de lo normal y sus labios entreabiertos parecieran más rosados y brillantes y más henchidos...

Daba la impresión de ser una mujer de mundo, y lo que era más, aquel traje le hacía sentirse como si lo fuera... Aquel pensamiento hizo que se le acelerara el pulso, y bajó la vista antes de que Maisie viera el repentino brillo en sus ojos y comprendiera a qué se debía. Porque en lo único que pensaba Lauri en aquellos momentos era en el instante en que Steven Connors la reconocería en el baile para después mirarla con ojos de deseo...

-Creo que he visto bastante -murmuró a la doncella-. Al menos no necesitaré más arreglos. ¿Podrías ayudarme a quitarme todo esto, Maisie?

-Estoy segura de que a su apuesto galán le encantará, señorita -dijo la joven, obedeciéndola. Lauri se echó a reír.

-No tengo ningún apuesto galán -le dijo.

-¡Pues debería! Una joven tan encantadora como usted -dijo Maisie con atrevimiento-. Me sorprendería que no se hubieran enamorado de usted todos los jóvenes del condado.

-¡Espero que no! ¿Qué haría con tantos pretendientes? -bromeó Lauri.

Sobre todo cuando sólo deseaba a uno...

Pero había llegado el momento de tranquilizarse un poco, así que pasó las dos horas siguientes escribiendo a sus amistades de Boston. Afortunadamente, ya les había informado de antemano que había cancelado su billete en el Titanic, o habrían estado bombardeando a la compañía naviera para tener noticias suyas. Pero era el momento de decirles que iba a quedarse en Inglaterra definitivamente.

Al día siguiente de la cita de los Connors con su abogado, sonó el teléfono a primera hora de la tarde y le dijeron a Lauri que era para ella. Con cierta sorpresa, tomó el auricular y saludó, luego su corazón dio un pequeño vuelco al oír la voz masculina. Le oyó decir su nombre, y parecía tan cercano como si estuviera de pie a su lado.

-Me alegro de oírte, Steven -dijo formalmente, a pesar de la forma en que le latía el corazón.

El hombre se rió brevemente.

-No soy Steven, jovencita, sino Robert. Siento decepcionarte.

-No me has decepcionado -mintió-. Pero tu voz parecía la de él y no imaginaba que estarías por aquí... -balbució.

-Pues ya ves que sí, y me preguntaba si te apetecería venir a dar un paseo a caballo, ya que me lo perdí la primera vez. Los animales necesitan ejercicio, y yo también. ¿Qué me dices, Lauri?

Montar a caballo no era uno de sus pasatiempos favoritos, pero la idea era tentadora... aunque iba a asegurarse de que fuera un paseo y nada más. No se fiaba de Robert, y además ya había entregado su corazón a otra persona.

Y si se había producido un conflicto entre los hermanos desde la reunión con el abogado, Robert no lo dejó entrever por su actitud... y Steven no le había informado de nada. Pero, ¿por qué iba a hacerlo, cuando eran asuntos familiares?

Dejando a un lado todos aquellos pensamientos, Lauri accedió a ir con él con la condición de que le dieran una yegua dócil. No quería enemistarse con los vecinos de sus tíos rechazando la invitación, sobre todo cuando también iban a ser sus vecinos.

Un poco más tarde, fue en coche a Connors Court y encontró a Robert esperándola con los caballos ensillados. Hacía un día maravilloso, suave pero más bien cálido, y cabalgaron a medio galope a campo traviesa y hacia la cala en la que había estado con Steven. Robert podía resultar una compañía agradable cuando no trataba de ser el hombre más macho del mundo, pensó Lauri con irreverencia. No le extrañaba que las mujeres se enamoraran de él.

-Hora de descansar, creo -dijo Robert después de que cabalgaron por la playa y los cuatro acabaron jadeantes. Bajó de su montura y se acercó a Lauri para ayudarla a desmontar. Al tocar suelo, Robert la rodeó con sus brazos y no había escapatoria.

-Robert, no lo hagas, por favor...

-¿Por qué no? -dijo, regocijándose de lo que a él le parecía una resistencia simbólica-. Los dos somos jóvenes y solteros, y no me digas que eres inocente, cielo. Conozco a las mujeres norteamericanas...

-Entonces, no deberías creer todo lo que oyes- le dijo, sintiéndose estúpida por tener que forcejear en silencio con él en aquel tramo de playa.

-Tal vez no es lo que oigo, sino lo que sé -repuso Robert en tono seductor-. Soy un poco más terrenal que mi hermano en ese sentido, te lo aseguro.

-Steven es un caballero -le espetó Lauri sin poderlo evitar.

Robert rió e inclinó la cabeza. Lauri permaneció inmóvil, consciente de que iba a besarla y de que apenas podía hacer nada para detenerlo, aparte de darle con la rodilla donde más le dolía. Y eso parecía una reacción un poco estúpida si lo único que pretendía era besarla. Un beso nunca había hecho daño a nadie, sobre todo si ella no respondía...

Robert habló con mordacidad cuando el beso terminó.

-No eres tan inmune como pretendes ser, ¿verdad? Hasta

consideraría la posibilidad de sentar la cabeza con una mujer como tú. ¿Qué te parecería si me ayudaras a poner término a mis costumbres alocadas, dulce Lauri?

Lauri se quedó mirándolo fijamente.

-Si estás diciendo lo que yo creo, olvídalo. La mujer que te dome tendrá que ser tolerante con tu comportamiento, pasado y futuro, me parece a mí, y yo no tengo esa clase de tolerancia.

No podía creer que le estuviera contestando de aquella manera. Y Robert no podía estar hablando de una relación más seria y permanente, ¿verdad? Sintió la alarma crecer en su interior, porque no quería mantener aquella conversación, y mucho menos considerar el matrimonio con Robert Connors, si eso era lo que realmente había insinuado.

De repente, Robert la soltó y retrocedió para hacerle una profusa reverencia.

-Te pido mis disculpas si he ido demasiado rápido para ti -dijo con una humildad exagerada-. La gente siempre dice que me he acostumbrado a conseguir lo que quiero sin esfuerzo, pero tal vez eso sea porque siempre me he quedado con la escoria y no con el oro. Y tú eres oro puro, Lauri.

-Tonterías -dijo Lauri, incapaz de mantener la cara grave o creer en su cambio de humor camaleónico ni por un momento-. Guarda tus suaves palabras para aquéllas que las aprecien, Robert. Y antes de que digas algo que luego lamentarás, voy a dar otro medio paseo antes de que estos animales se enfríen. ¿Me sigues?

-Por supuesto. ¿No es lo que he estado diciéndote todo este tiempo? -dijo con una sonrisa seductora.

## CAPÍTULO 13

LAURI vio a Steven una vez más antes de la fecha del baile, cuando fue a hacer un recado para su tía al pueblo de Kingscombe y no pudo resistir la tentación de pasarse por el astillero para saludarlo.

Se mona por saber cuál había sido el resultado de la reunión de los hermanos con el abogado, pero no se atrevía a preguntarlo a no ser que él se ofreciera a proporcionarle la información. Para alivio suyo, no tardó en hacerlo, y sus noticias la dejaron atónita.

-Mi padre tuvo la última palabra, después de todo, aunque debí imaginar que le gustaría retorcer un poco más las cosas -dijo con amargura-. Y ahora parece que Robert ha dado marcha atrás y que está considerando la idea de conservar el astillero y dirigirlo conmigo.

-¿Y? -dijo Lauri con cautela, sin comprenderlo del todo pero detestando interrumpirlo. Steven maldijo entre dientes.

-Y, mi dulce inocente, eso significará el fin de una hermosa relación, si es que alguna vez la hemos tenido. Querrá llevar el astillero a su manera y echará a perder todo lo que he logrado en todos estos años.

-¿Tan seguro estás? Es su herencia, a fin de cuentas, y seguramente querrá lo mejor para el negocio...

Steven se volvió hacia ella con los ojos llameantes de furia.

-Créeme, Lauri. Conozco a Robert. No tiene un interés real en el negocio, nunca lo ha tenido. En sus manos no durará ni una semana. Mejor dicho, nueve meses.

Steven dejó de hablar tan bruscamente, que Lauri supo que todavía había más. Se sentó en su pequeña oficina, cruzando los brazos con resolución.

-Sé que no es asunto mío, pero ¿vas a explicar ese comentario tan misterioso o voy a irme pensando en qué diablos estarías insinuando?

-El codicilo de mi padre estipula que Robert se case en menos de seis meses y lleve una vida decente -le explicó con voz grave-. Ésas son sus palabras exactas. Si no lo hace, el astillero pasará a mis manos y también perderá la herencia de Connors Court. Puedes imaginarte la conmoción y la furia que le produjo esta revelación. Así que, después de una hora discutiendo con Slater para tratar de demostrar infructuosamente que el viejo estaba fuera de sus cabales cuando murió, Robert salió del bufete hecho una furia declarando que tenía intención de hacer lo que mi padre había decretado. Se casaría con la primera mujer que se le antojara, y dirigiría el negocio como a él le apeteciera. Y luego, haría lo que siempre había querido, venderlo todo, incluida la casa, y largarse.

-¿Pero eso no invalidará los términos del testamento? -preguntó Lauri, que no podía creer que Robert fuera capaz de tanta crueldad

para con su hermano.

-No si el matrimonio dura los seis meses, o incluso si la boda se celebra sólo una semana antes. Hay otras legalidades con las que no te aburriré, pero ése es el quid de la cuestión. Pase lo que pase, parece que yo soy el perdedor.

-Steven, no sé qué decir, excepto que lo que me has dicho no saldrá de esta habitación, por supuesto -dijo Lauri con voz débil. Evidentemente, no era el momento de demostrarle compasión. Su orgullo había sufrido notablemente y ninguna mujer podía aliviar el ego herido de un hombre hasta que no estuviera preparado para aceptar consuelo.

-Gracias, aunque te aseguro que no cederé sin luchar. Pero mantente en guardia en el futuro.

Lauri lo miró sin comprender. Luego Steven soltó una carcajada amarga.

-Mi hermano necesita una esposa, cariño, ¿y quién es la candidata más apta y encantadora para el puesto?

Lauri sintió que se ruborizaba intensamente, y se sintió disgustada y enojada al comprender el significado de sus palabras. Ya era bastante terrible darse cuenta de lo que estaba insinuando acerca de su hermano, pero acerca de ella...

-¿Crees que me casaría con un hombre sólo por su posición? Pensaba que me conocías mejor.

Y debía de estar equivocado sobre Robert. No podía desearla a ella cuando había tantas jóvenes que captaban su atención y que apreciaban su condición. Pero sus pensamientos dieron un brusco giro, porque ¿acaso no había dado un paseo con él a caballo, cuando le había dicho más cumplidos que los acostumbrados y casi le había hecho una torpe proposición de matrimonio?

Se le encogió el corazón, porque lo último que quería era ser la causa de la rivalidad entre los dos hermanos. Y por la mirada de Steven en aquellos momentos, podía adivinar que lo estaba devorando por dentro. Le puso una mano en el brazo y le habló con urgencia.

-¿Es que no sabes que no estoy interesada en Robert ni en los bienes materiales? Los norteamericanos no codiciamos tanto las propiedades, por si no te habías dado cuenta.

Pero no se atrevió a decir nada más, porque había límites a lo franca que podía ser, incluso siendo norteamericana, hasta que las intenciones de un hombre no fueran definitivas. Y Steven todavía no había pedido su mano formalmente, ni lo conocía el tiempo suficiente para esperar que lo hiciera.

Steven la puso en pie y le acarició la mejilla por un momento. No era el lugar, o el momento para la intimidad, pero aquel simple gesto

la conmovió.

-Confío en que siempre pienses así, Lauri -dijo con aspereza-, si es que llegara el día en que sólo pudiera ofrecerte a mí mismo.

Lauri formuló su respuesta a duras penas, porque sabía que Steven hablaba en serio y no quería arrojarse a sus brazos ni parecer una cazafortunas.

-Te aseguro que los bienes materiales no son realmente importantes para mí, Steven -volvió a decir–. Pero, por tu propio bien, y porque sé que significa mucho para ti, confío en que encuentres una solución a todo esto.

Por fin llegó la noche del baile, y mientras se vestía en su dormitorio, declinando la ayuda de una doncella, Lauri sintió que la emoción y el nerviosismo empezaban a minar su confianza en sí misma.

El disfraz que había escogido era tan atrevido, y sospechaba que la mayoría de los invitados ingleses estarían vestidos de manera más conservadora que ella. De hecho, la idea de aparecer como una cantante de salón podía delatarla al momento, pensó con vacilación, dado que era tan típicamente norteamericana. Aunque su tía le había asegurado que los ingleses perdían sus conocidas inhibiciones en ocasiones como aquélla y que se vestirían con la misma extravagancia que ella. De todas formas, Lauri confiaba en poder ocultar su identidad hasta la medianoche cuando, según era la costumbre, todo el mundo se quitaría la máscara.

¿Pero cómo iban a presentarse por separado los tres y fingir que no se conocían? Al parecer, Vernon ya había pensado en todo.

-Llevaré a tu tía en el Wolseley, Lauri, y con las faldas tan voluminosas que lleva, apenas habrá espacio para ti -le dijo-. Así que uno de nuestros vecinos a accedido a llevarte con él y su esposa. ¿Te parece bien?

Sí, aunque Lauri habría podido conducir por sí misma. Pero claro, presentándose en su propio coche se delataría. Después de despedirse de sus tíos, Lauri ultimó su disfraz colocándose la máscara de seda y plumas y la peluca pelirroja y esperó con nerviosismo hasta que oyó el claxon del coche de los vecinos. Con el corazón en un puño, bajó las escaleras a toda prisa, presa de una emoción que la enardecía lo mismo que la asustaba.

Los jardines de Connors Court estaban salpicados de farolillos y los criados se aproximaban en cuanto oían el ruido de un automóvil para aparcarlo en la zona reservada para los vehículos. De modo que no debía haberse preocupado tanto por que la reconocieran tan pronto, pensó Lauri, porque todo el mundo entraba en la casa a pie para ser

conducidos por el mayordomo y otros criados al espacioso salón. Todos recibieron una copa de champán antes de entrar en el espléndido salón de baile donde una banda tocaba música suave y donde tres personas aguardaban para saludar a sus invitados.

Los tres debían ser identificados, ya que eran los anfitriones de la velada. Freda Connors estaba realmente regia como la reina María de Escocia, y los dos hombres que estaban junto a ella...

Lauri contuvo el aliento, comprendiendo en aquel momento por qué Steven había sonreído tan enigmáticamente cuando ella le había dicho que lo reconocería enseguida. Porque, aparte de saber que Steven y Robert eran los anfitriones junto a su tía, no los reconocía en absoluto. O al menos, no tenía ni idea de cuál de los dos bandidos vestidos con trajes llamativos e idénticos hasta el último detalle era Steven... y cuál Robert. Si había sido su intención engañar a todo el mundo y provocar el asombro y regocijo de los invitados, lo habían conseguido admirablemente.

El maestro de ceremonias que presentaba a los invitados por sus seudónimos se inclinó hacia Lauri. Se quedó perpleja por un momento y luego recordó el nombre que había escogido.

-Soy la señorita Zafiro -murmuró, pensando en el nombre tan absurdo que había escogido basándose en el color de sus ojos. Pero era demasiado tarde para cambiar de idea, porque el maestro de ceremonias lo pronunció en voz alta.

-Bienvenida, señorita Zafiro -dijo Freda Connors, con la voz ligeramente cambiada bajo la máscara plateada-. Espero que pase una buena noche.

-Gracias, señora. Estoy segura -dijo Lauri en una voz más aguda de lo normal, con el acento exagerado de una joven de Alabama que había pensado emular.

¿Por qué demonios no habría escogido disfrazarse como una elegante dama sureña, pensó? Pero ya era demasiado tarde para cambiar.

Al avanzar hasta el siguiente anfitrión, una mano masculina envolvió la suya y los dedos le presionaron con más fuerza de la necesaria.

-Es un placer, señorita Zafiro -dijo la voz detrás de la elegante máscara negra-. Y solicito el primer baile.

-Gracias, señor -murmuró, avanzando.

Volvieron a estrecharle la mano y la voz que le habló era la misma, y los ojos detrás de la máscara los mismos... y no sabía a quién correspondían. Lo más probable era que el segundo en dar la bienvenida fuera el más joven... pero claro, podrían haber alterado el orden para engañar a todo el mundo.

-Guárdeme un baile o dos, señorita Zafiro, porque sé que estará muy solicitada esta noche -dijo la segunda voz.

-No dude que lo haré, señor -dijo Lauri con voz tensa, soltando la mano que sostenía la suya para dirigirse al centro del salón de baile con una sensación profunda de desorientación. Con los disfraces y máscaras le parecía que no conocía a nadie y eso la incomodaba. Por absurdo que pareciera, se sentía rodeada de extraños.

-Mi baile, creo -dijo una voz en su oído tiempo después, cuando todos los invitados habían llegado. Para entonces, Lauri ya había bailado con todos los jóvenes de la fiesta. Se volvió rápidamente y se vio en los brazos de un apuesto bandido-. Y permítame decirle que está muy hermosa esta noche... señorita Zafiro -continuó.

-Vaya, gracias, atento señor -dijo Lauri con una sonrisa afectada-. Y usted realmente da la imagen de bandido. Me pregunto cuánto va con el hombre y cuánto con el personaje.

Su anfitrión rió, abrazándola más de lo que era necesario para el baile. Lauri contuvo el aliento ligeramente y sintió cómo sus dedos le acariciaban la espalda.

-Nunca lo sabrá, ¿verdad? Al menos, no hasta más tarde.

-¿Y usted me conoce a mí? -inquirió.

-Ah, eso sería revelador, ¿verdad? Pero detesto romper la magia tan pronto.

Dio vueltas en sus brazos por el salón y mientras bailaban, Lauri sintió que la excitación crecía en su interior. Ya se había olvidado de la sensación extraña que había tenido al llegar y se comportaba como la joven extrovertida que era y que correspondía a su papel.

Se dio cuenta de que alguien tocaba el hombro de su bandido y, al momento siguiente, estaba en los brazos de otro hombre. Casi podía haber sido el mismo, ya que la similitud entre los dos hermanos no sólo era sorprendente, sino que con sus disfraces era muy emocionante no saber quién era quién.

Miró a su nuevo compañero de baile provocativamente, tratando de adivinar si era Robert o Steven por su reacción a la pregunta que estaba dando forma en su cabeza.

-Me pregunto cuál de los bandidos robará el corazón de una dama esta noche. ¿La ablandará con sus atenciones o la conducirá a un lugar resguardado aprovechando la oscuridad de la noche?

Su acompañante rió y Lauri se estremeció. Maldición, seguía sin poder distinguirlos, y aquello empezaba a ponerla nerviosa. Sabía que amaba a Steven, ¿pero su amor no debería reconocer en brazos de quién estaba bailando? Aquella incapacidad le habría hecho dudar de sus propios sentimientos, pero Lauri era una mujer fuerte y no estaba

dispuesta a sucumbir a aquel juego.

-¿Acaso un bandido colmaría de atenciones a una dama, encanto? Creo que no, aunque no suelo comportarme de una manera tan osada como mi personaje podría sugerir.

-¿Pero, tal vez, bastante osada? -insistió.

-Tal vez. O tal vez no -respondió su acompañante, y dio vueltas con ella por el salón a un ritmo aún más trepidante.

Cuando el baile terminó, la acompañó a la mesa larga de bufé para beber y tomar algún tentempié. El tiempo pasaba y ya sólo quedaba media hora para la medianoche. Entonces, sabría con certeza...

-¿Le apetecería dar una vuelta por el jardín, señorita Zafiro? -preguntó el bandido cuando estuvieron saciados-. Le prometo que su honor estará razonablemente a salvo conmigo -añadió con una sonrisa en la voz.

Recordando su papel, Lauri rió.

-Es un lástima, señor. Nunca pensé que un bandido fuera tan poco galante como para no permitirse un ligero coqueteo con una joven de Alabama.

El bandido se echó a reír y la llevó del brazo a través de la masa de invitados. Lauri avistó a su alter ego a lo lejos, hablando animadamente con un obispo y un diablo vestido de negro, pero seguía sin distinguirlos.

Tal vez un paseo por el jardín le daría una pista mejor. Si era Robert y pretendía besarla, y ella forcejeaba, su reacción sería grosera y torpe. En cambio, si era Steven... Inspiró profundamente, sintiendo que el corazón le palpitaba con fuerza. Estar a solas con un enmascarado aquella noche era algo muy romántico y no quería echarlo a perder. Al menos hasta que dieran las doce.

-Dígame, mi encantadora señorita Zafiro, ¿es la fiesta de su agrado? -preguntó la voz suave. Al inclinarse hacia ella, Lauri pudo oler un rastro de licor en su aliento y supo que fuera quien fuera, debía de haber estado bebiendo.

De modo que era Robert... o tal vez no. Podría ser Steven poniéndola a prueba, viendo cómo reaccionaba si creía que su acompañante era su hermano. Querría saber si su integridad y su desprecio por el dinero podría ser quebrantado con el estímulo de ser la esposa de Robert y la señora de la casa.

-No tiene ni idea de lo mucho que deseo besarla, señorita Zafiro -oyó decir al bandido-. No creerá que puede presentarse con ese atuendo tan provocativo y no despertar la lujuria en todos los hombres con sangre en las venas.

-Robert, por favor, no... -dijo cuando sus brazos la inmovilizaron. Estaban rodeados de setos y fuera de la vista de las parejas que

paseaban por el jardín.

-Ah, no, encanto, no harás que me delate de esa manera. Por esta noche, soy el bandido enmascarado sin nombre. Y no voy a quedarme sin un beso, aunque tenga que conservar esta maldita máscara para obtenerlo.

Antes de que Lauri pudiera resistirse, había bajado la cabeza para besarla. Las máscaras que llevaban ofrecían espacio más que suficiente para comer y hablar y sintió el contacto ardiente de sus labios al separar los suyos de una forma más enérgica de la que ella hubiera preferido. Entonces, sintió la punta de la lengua en la boca. Estaba siendo realmente osado, aprovechando que ella no podía gritar cuando la apretaba con tanta fuerza.

Pero Lauri no supo lo que hacía. La velada había estado llena de emociones y parecía culminar en los brazos de aquel hombre, aunque todavía no supiera a quién pertenecían. Sintió que la cabeza le daba vueltas. Conocía aquel tacto y aquel sabor... tenía que ser Steven.

Unas risas rompieron el hechizo al que parecía haber sucumbido y se soltó de los brazos de su captor a tiempo justo de ver a otra pareja que entraba en el recinto. Era un marino francés acompañado de una mujer que había visto llegar a una hora avanzada de la noche. Estaba vestida como una dama española, con una preciosa mantilla de encaje y un vestido centelleante de color turquesa. Entonces, Lauri sintió que el bandido se quedaba repentinamente inmóvil.

-¿Los conoces? -preguntó enseguida, y se dio cuenta que en lugar de sentirse ofendida por lo ocurrido la embargaba una gran curiosidad. No creía que el marino francés hubiera sido la causa de la reacción del bandido, así que debía de haber sido la mujer.

-Tal vez -respondió en una voz extrañamente intensa-. En cualquier caso, es hora de que volvamos al salón para quitarnos todos las máscaras.

¿Y por qué estaba tan segura de que, fuera quien fuese aquella mujer, el bandido iba a asegurarse de estar cerca de ella cuando lo hicieran? Y si era Steven...

Lauri se sintió presa de los celos en aquel instante, y se preguntó si la mujer podría ser alguien de su pasado, alguien a quien hubiera amado. No pensaba que un hombre tan dinámico como Steven hubiera alcanzado los treinta años sin relaciones previas, pero lo importante para Lauri era poder formar parte de su futuro.

## CAPÍTULO 14

COMO antiguos amigos de la familia Connors, los Hartman estaban invitados a pasar la noche en la mansión, ya que la velada continuaría hasta la madrugada, una hora especialmente tardía para Helen. Lauri, en cambio, habría preferido regresar a casa. El ambiente estaba demasiado cargado para su gusto, aunque nadie más parecía darse cuenta. Claro que no a todo el mundo había estado en brazos de un enmascarado en el jardín. Pero en cuanto volvieron al salón de baile, su bandido desapareció alegando que tenía un asunto del que ocuparse.

El repentino sonido de los platillos de la pequeña orquesta la sobresaltó, y el maestro de ceremonias anunció que sólo faltaban unos segundos para la medianoche y que todo el mundo debía prepararse para revelar su identidad a los presentes. La expectación alcanzó su punto culminante y, cuando el reloj de caja dio las doce, los invitados se quitaron las máscaras.

Lauri sintió que el corazón le daba un pequeño vuelco al descubrirse el rostro. En el salón se oyeron exclamaciones de alborozo y reconocimiento, y los grupos se apiñaban unos contra otros, pero durante unos instantes, Lauri avistó a la dama española de vestido turquesa al otro extremo de la estancia. Y vio que uno de los hermanos Connors se inclinaba sobre ella con intensidad para tomarla del brazo y salir disimuladamente por una de las puertas del salón. Nadie pareció darse cuenta de sus movimientos salvo Lauri, que se sintió llena de curiosidad.

Aun así, tardó más de media hora en sortear a los invitados que se daban la enhorabuena por los respectivos disfraces. No dejaba de pensar que no era asunto suyo lo que Steven, o Robert, estuvieran haciendo con la dama española... salvo que su corazón le decía lo contrario. Si se trataba de Steven y estaba teniendo un encuentro amoroso, entonces no podría soportar la idea de haber estado haciendo el ridículo durante tanto tiempo. Y si era Robert... entonces alguien debía advertir a la dama que sus intenciones no eran del todo honorables.

Sí, debía averiguarlo. Recorrió en silencio el laberinto de habitaciones que partían del pasillo central y de repente oyó una voz cerca del oído.

-Te he estado observando, chica de salón. ¿A dónde crees que vas?

Lauri se sobresaltó y luego se volvió lentamente... hasta encontrar el rostro sin máscara de Steven Connors. Incluso a la tenue luz del pasillo, supo que era él sin rastro de duda, y dio gracias en silencio por haberlo reconocido al instante. Pero aquélla era su casa y no tenía derecho a merodear por ella.

-Necesitaba tomar el aire...

-¿Ah, sí? ¿En mitad de la casa? -sonrió y su rostro perdió su expresión inquisitiva, transformándose en el Steven que conocía-. ¿O estabas haciendo lo mismo que yo, siguiendo a mi hermano y a esa misteriosa dama española?

-¿Quién es? -preguntó, sin molestarse en negarlo.

-¿Quién sabe? ¿Por qué no vamos y lo averiguamos?

Tomó su mano y avanzaron como dos conspiradores hacia la puerta cerrada de la biblioteca, la última habitación del pasillo. Steven abrió la puerta lentamente y los dos permanecieron inmóviles al ver a Robert y a la desconocida unidos en un abrazo apasionado. Al principio, no se percataron de su presencia, pero Robert debió de verlos por el rabillo del ojo y se separó al instante de su acompañante para mirar a Steven con enojo.

-¿Qué es esto? ¿Me estás espiando, hermano? ¿O es que tú y tu colonial señorita Zafiro también estabais buscando un pequeño escondite donde poder disfrutar de unos momentos de intimidad?

Lauri supo enseguida que Robert nunca había sido de su agrado, y nunca lo sería. No tenía el tacto de Steven, y la avergonzó con sus palabras insultantes. Pero Steven no mordió el anzuelo.

-¿Por qué no nos presentas a la dama, Robert? -dijo haciendo gala de sus buenos modales-. Creo que no la conozco.

La acompañante de Robert habló entonces en voz baja y cultivada, pero con un acento que denotaba que era extranjera.

-Robert, no debí haber venido así, pero cuando supe que celebrabais un baile de máscaras no pude resistirme a mezclarme con los demás invitados. Ahora debo irme...

-Por supuesto que debiste haber venido -dijo Robert con aspereza-. Tienes todo el derecho del mundo a estar aquí.

-¿No sería mejor que explicaras ese comentario? -inquirió Steven con aspereza, avanzando por la estancia revestida de madera en dirección a la pareja. Lauri lo siguió más discretamente. De acuerdo, no era asunto suyo, pero harían falta cinco hombres para sacarla de allí en aquellos momentos.

Vio cómo Robert pasaba el brazo por los hombros de la mujer con instinto protector y cómo ella inclinaba la cabeza ligeramente hacia él. Se miraron y, aunque fue un movimiento fugaz, el gesto sorprendió a Lauri por su intimidad.

-Ésta es María Lorenzo -dijo Robert con brusquedad-. Seguramente te suene el nombre, hermano.

Steven se quedó callado por un momento. Luego dijo:

-¿La gente del vino?

-Cielos -rió Robert con cierta desesperación-. Viviendo como vives

absorto en tu pequeño mundo no sabes nada, ¿verdad? Sí, la gente del vino. El padre de María es García Lorenzo, el propietario de los viñedos más prósperos de Andalucía, y exportador de los mejores vinos españoles.

-Querido -oyeron que María volvía a murmurar. Robert se adelantó a ella.

-No, María, ya que tienen tanta curiosidad por mis asuntos, será mejor que lo sepan todo. De todas formas, lo sabrán dentro de poco.

-¿Quieres que lo cuente yo? -preguntó la joven sin mucha convicción.

Robert movió la cabeza y, antes de que María pudiera decir nada más, empezó a hablar en una voz entrecortada que seguramente ocultaba sus sentimientos mejor que cualquier arrebato emocional.

-María y yo nos conocemos desde hace tiempo. Ella era la razón por la que siempre volvía a España, a pesar de lo que los demás pensaran de mis andanzas. María, y mi interés por la viticultura, por supuesto. Pero la familia Lorenzo es muy orgullosa, prácticamente pertenece a la aristocracia en la jerarquía española. Como muchas de las familias más antiguas del país, no acogen a un intruso de otra cultura hasta que no lo conocen bien.

-No creo que eso te hubiera frenado -replicó Steven-. Y si estabas tan enamorado de María, no entiendo por qué has empleado tanto tiempo en otras correrías durante el último año. Lamento si mis palabras la ofenden, señorita Lorenzo, pero conozco a mi hermano...

-Pero no tan bien como yo -dijo la mujer con suavidad, parándole los pies a Steven. María miró a Robert con expresión interrogante y éste asintió.

-La última vez que fui a ver a la familia Lorenzo, me dijeron que María se había ido a hacer una larga gira por Europa con una tía suya y que ya no quería verme. Desde entonces, cada vez que iba al extranjero, era con el único propósito de encontrarla. No podía creer que hubiera desaparecido sin darme explicaciones. Los dos habíamos significado mucho el uno para el otro.

Si aquello parecía revelar una nueva faceta de Robert, Lauri era consciente de que Steven no estaba convencido. Pero cuanto más avanzaba el relato, más segura estaba de cuál sería el desenlace.

-Confío en que disfrutara de su viaje, señorita Lorenzo -dijo Steven, que al parecer no veía lo que Lauri anticipaba.

-Si se refiere al hecho de que permanecí en una clínica privada en París con un nombre falso y todos los lujos hasta que... bueno, hasta que ocurrió cierto suceso, entonces sí, disfruté de bastantes comodidades.

-Ahórrate esa mirada de indignación, hermano, y te diré lo que a

María le resulta demasiado delicado expresar -intervino Steven con renovada aspereza-. Sí, estuvo en una clínica esperando el nacimiento de su hijo, nuestro hijo, y ojalá lo hubiera sabido antes de esta noche, porque nunca habría consentido que naciera ilegítimo pese a lo que pensara la familia Lorenzo.

-Hicieron lo que creían que era mejor para mí, Robert -murmuró María con desolación-. Lo que tenían que hacer...

-¡Cielo santo! -Steven había dado un paso al frente, mirando furibundo a la pareja mientras Lauri trataba de contenerlo-. Y te crees ese cuento, ¿verdad, hermano? ¿No crees que es una coincidencia que una de tus amantes se haya enterado de tu herencia y de que necesitas casarte en menos de seis meses y haya decidido aprovechar la oportunidad?

Lauri lanzó una exclamación ante aquellas palabras tan brutales, pero antes de que pudiera decir nada, Robert se había abalanzado sobre Steven y lo había agarrado del cuello.

-Vas a retirar lo que has dicho, bastardo, o te mataré... -masculló.

-Dame una prueba de que su historia es cierta y lo haré encantado -repuso Steven, y luego los dos empezaron a pelearse rodando por el suelo como salvajes.

-Basta -gritó Lauri-, a no ser que queráis que vuestros invitados oigan y presencien vuestro indigno comportamiento.

Estaba horrorizada por lo que había ocurrido tan rápidamente y no podía imaginar lo que María Lorenzo estaría pensando... pero podía ver lo pálida que estaba a pesar de su tez morena. Antes de que Lauri pudiera adivinar lo que estaba a punto de hacer, María dio media vuelta y salió de la biblioteca.

Cuando los dos hermanos se levantaron finalmente del suelo, Lauri estaba al borde de las lágrimas. En el fondo de su corazón, no dudaba de la historia de María. Había visto demasiada emoción en las miradas que se habían intercambiado Roben y ella, y no parecía la clase de mujer capaz de inventar la existencia de un hijo. La conmoción y la desgracia que sufriría una familia de alta alcurnia como la suya nunca le permitiría recurrir a tal subterfugio.

-María -exclamó Robert, volviéndose-. ¿A dónde ha ido?

-Fuera de tu vida para siempre, diría yo -repuso Lauri, horrorizada, consciente de que no era asunto suyo, pero comportándose como si lo fuese. Robert pasó a su lado, casi tirándola al suelo.

-Voy en su busca. Vuelve con los invitados, Steven -le espetó-. Y trata de comportarte como si estuvieras disfrutando del resto del baile, porque yo no lo haré.

Lauri se humedeció los labios. No se atrevía a pensar en cuáles podían ser las consecuencias de aquella extraña situación. En aquellos

momentos, estaba abrazada con fuerza a Steven, y tampoco se atrevía a preguntárselo.

-Será mejor que recordemos dónde estamos -dijo Steven con aspereza-. Tenemos invitados en la casa, y uno de los anfitriones debería dejarse ver.

-Steven...

-Mañana, Lauri. Mañana lo aclararemos todo. Durante el resto de la noche, seguiremos cumpliendo con nuestros papeles. Conozco mi deber, aunque a mi hermano le convenga olvidarlo cuando le place.

Al volver al salón, nadie dio la impresión de haberlos echado de menos. Lo que a Lauri le había parecido toda una vida seguramente no había durado más que media hora. Pero una media hora que sin duda cambiaría drásticamente la vida de ciertas personas.

A la mañana siguiente, Lauri se despertó tarde, justo cuando una doncella le abría las cortinas. La intensa luz del sol le hizo daño a la vista, y se protegió los ojos con la mano. A pesar de haberse acostado bien avanzada la madrugada, se puso alerta enseguida, sobre todo porque había algo que hacer. Por un momento, Lauri no supo qué era, pero luego los recuerdos se agolparon en su cabeza. Había que averiguar cuáles eran las intenciones de Robert Connors hacia la hermosa María.

Después de bañarse y vestirse, se apresuró a bajar al comedor. Steven ya estaba allí con los mayores, y no había rastro de Robert.

-¿Has dormido bien, querida? -le preguntó Freda, sorprendentemente vivaz considerando su supuesta fragilidad. Y Helen también estaba relajada y alegre. Les había sentado bien el evento social de la noche anterior, pensó Lauri, y contestó que había dormido muy bien.

-Nos iremos después del desayuno, Lauri -dijo Vernon-. ¿Quieres regresar con nosotros o tienes otros planes?

-Lauri y yo pensábamos <lar un paseo esta mañana -dijo Steven antes de que pudiera contestar-. La llevaré a su casa más tarde, si les parece bien.

Lauri dio a entender que lo habían planeado juntos. En cualquier caso, habría recurrido a cualquier excusa para quedarse...

Así que, tiempo después, Steven y ella se dirigían en coche hacia la costa.

-¿Pudiste dormir? -le preguntó Lauri.

-A decir verdad, estuve tratando de controlar la urgencia de ir a tu habitación -contestó con voz turbulenta.

-¿En serio?

-Pero luego pensé que un deshonor en la familia era suficiente, así

que no podía hacerte eso a ti.

Habló con aspereza y, por un segundo, Lauri no pudo seguir sus pensamientos. Pero cómo no, se refería al hijo que ya era un hecho. El hijo de Robert y María. Ignoró su voz cortante, consciente de que tenía que descargar su indignación de alguna manera, aunque resultara insultante.

-¿Qué crees que pasará, Steven?

-Sólo Dios lo sabe. No tengo ni idea de a dónde fue anoche. Desde luego, no regresó a la casa, al menos para quedarse, porque no durmió en su cama.

-¿Crees que le pedirá a María que se case con él?

-Por supuesto. Eso resuelve todos sus problemas, ¿no? Y ella no va a decir que no, de lo contrario, ¿por qué habría venido a verlo cuando podría no haberle revelado la existencia de su hijo?

-Pero estoy segura de que no es una cazafortunas, Steven -se sintió obligada a decir Lauri-. Por lo que oí anoche, su familia es mucho más rica que la tuya, así que debe de ser amor.

-Y tú eres demasiado romántica -replicó.

Lauri se dio cuenta de que habían recorrido el camino al astillero como por instinto, y enseguida supo por qué. Steven se sentía seguro allí, al menos durante el tiempo que durara el negocio...

-Dios mío, no ha perdido el tiempo, ¿verdad? -le oyó decir con furia.

A Lauri se le encogió el corazón al ver a Robert y a María. Los dos estaban vestidos formalmente, de modo que Robert debía de haber vuelto a la casa en algún momento durante la noche. Llevaba a María del brazo y le señalaba distintos aspectos del astillero con aire posesivo y señorial.

Steven no tenía intención de aceptar la derrota fácilmente. Caminó por la arena a grandes pasos, con Lauri a sus espaldas, y agarró a Robert del brazo para darle media vuelta y obligarlo a encararse con él.

-Has venido a reclamar tu tajada, ¿verdad? -le dijo, y se volvió de inmediato a María-. Supongo que sabrá por qué necesita una esposa, señorita. ¿O es que mi hermano se ha olvidado convenientemente de decírselo?

-Por supuesto que sé por qué necesita una esposa -contestó en su voz suave y cultivada-. Lo mismo que yo sé por qué necesito un marido, y por qué los dos sabemos que estamos hechos el uno para el otro, a pesar de los que intentan separarnos.

-¿Lo ha intentado alguien? -intervino Lauri enseguida.

-Mi familia... el padre de Robert...

-¿Qué diablos quiere decir con eso? -le espetó Steven-. ¿Cómo iba a hacer algo así mi padre desde su tumba?

-Te recuerdo que estás hablándole a una dama, Steven -replicó Robert con voz letal-. Así que cuida tus modales.

-¿Y quién eres tú para hablarme de modales? Siempre has preferido solucionar tus problemas con los puños en lugar de con palabras.

Antes de que Steven pudiera decir nada más, Robert le había dado un puñetazo en la mejilla. Lauri soltó una exclamación al ver la sangre y automáticamente dio un paso adelante, pero María se interpuso y la asió del brazo con sorprendente firmeza.

-No, es algo que deben arreglar entre ellos.

Los trabajadores del astillero se arremolinaron alrededor de los hermanos, y cada vez que uno le asestaba un golpe al otro, les daban voces de aliento. Y cuando tuvieron fuerzas para hablar, los dos se dirigieron insultos.

-Avergüenzas el apellido Connors -dijo Steven-. Y el apellido Lorenzo también...

-Eso es asunto mío y ya está todo arreglado.

-¿Cómo? ¿Comprando a una dama?

Robert le dio un puñetazo en el estómago y Steven cayó al suelo de rodillas durante unos segundos. Por el pequeño silencio que se hizo entre los trabajadores, Lauri dedujo qué hermano querían que ganase la disputa.

Entonces, se oyó un grito salvaje. Steven se puso en pie otra vez y le devolvió el puñetazo, de modo que Robert dio vueltas y cayó al suelo, vencido. Lauri vio cómo María se arrodillaba junto a su amado herido, sollozando y acariciándole la cabeza en el regazo, hasta que Robert empezó a volver en sí. Entonces, Lauri sintió que Steven la agarraba del brazo.

-Volvamos a la casa y resolveremos este asunto -dijo con voz de mando. Bajó la vista a donde estaba tumbado su hermano y a Lauri aquel gesto le pareció extrañamente simbólico-. María y tú nos seguiréis en cuanto te hayas recuperado -le ordenó-. Supongo que estarás en condiciones de conducir.

Robert estaba en condiciones de brindarle una sonrisa sarcástica, aunque con una mueca de dolor.

-Lo que tú digas, hermano.

Steven dio media vuelta con Lauri del brazo. Rodeados por los trabajadores que todavía vitoreaban a su patrón, iniciaron el trayecto de regreso a Connors Court. A pesar de que detestaba la violencia, Lauri se sentía extraordinariamente orgullosa de la fuerza y la dignidad de Steven. Estaba malherido, pero seguía siendo el campeón

de sus trabajadores... y el suyo, pensó.

-¿Te duele? -preguntó casi tímidamente.

-Sobreviviré -repuso Steven-. Pero hablaremos más tarde, si no te importa.

Le cubrid la mano con la suya para suplir la aspereza de sus palabras, y Lauri supuso que estaba demasiado absorto pensando en los acontecimientos que se sucederían en las próximas horas para decir nada más.

Freda Connors lanzó una exclamación de horror al ver el aspecto de su sobrino.

-¿Se puede saber qué ha pasado, Steven? ¿Te han asaltado unos rufianes?

-Podría decirse que sí -dijo Steven con ironía, y antes de que pudiera añadir nada más oyeron el ruido del coche de Robert. Al minuto siguiente, él y María entraron en la casa.

El rostro de Freda era la imagen de la incredulidad, pero no pareció relacionar el hecho de que los dos hermanos estuvieran igual de malheridos.

-Bueno, sea lo que sea lo que ha pasado esta mañana, confío en que les dierais su merecido a esos rufianes -dijo con brusquedad.

-Se lo dimos, tía -dijo Steven-. ¿Qué te parece si pides algo de beber para las señoritas mientras Robert y yo nos arreglamos? Luego tenemos un asunto serio del que hablar.

-Por supuesto, querido -dijo Freda, respetando la forma en que lo disponía todo mientras Robert se limitaba a deslizar la lengua por su labio roto-. Y tal vez Lauri pueda explicarme lo ocurrido y presentarme a tu amiga, a quien no creo tener el gusto de conocer -añadió, asumiendo su posición de señora la casa una vez que los hermanos se hubieron ido.

-En realidad la conoce, señorita Connors -dijo Lauri-. ¿Recuerda a la misteriosa dama española del baile de anoche? Ésta es la señorita María Lorenzo, y es amiga de Robert.

“Muy amiga”, añadió en silencio. Pero Freda se comportó como una auténtica dama inglesa, y las tres tomaron té e intercambiaron cumplidos como si nada extraño hubiera ocurrido o estuviese a punto de ocurrir.

-Mi familia ha acogido a Robert con los brazos abiertos -le dijo María a Freda con cautela, saciando un tanto su curiosidad-. Su conocimiento sobre vinos y su elaboración ha impresionado mucho a mi padre.

Lauri no pudo evitar preguntarse cómo acogería el señor Lorenzo a Robert si supiera que era el padre del hijo de María. ¿O ya lo sabía?

¿Y qué había sido del niño? Todavía había muchas preguntas por contestar...

Los hermanos se reunieron con ellas después de cambiarse de ropa y de lavarse las heridas, e invitaron a las señoritas a acompañarlos a la biblioteca. Lauri lo hizo con el corazón agitado. La tensión entre los hermanos no había disminuido. Luego María miró a Robert y éste sacó una cartera de su bolsillo y le tendió a Steven varias fotografías.

-Éste es mi hijo. Míralo con atención y dime si tienes alguna duda de si María dijo la verdad sobre su paternidad.

Lauri estiró el cuello para observar las fotografías junto a Steven. El bebé tendría unos tres meses y era la viva imagen de Robert, pero con los ojos oscuros de María Lorenzo.

-Por supuesto que acepto que es tu hijo -dijo Steven fríamente-. No dudaría de la palabra de una dama. ¿Dónde está el niño ahora mismo?

-Se llama Roberto -dijo María con serena dignidad-. Y ahora mismo está con mi familia.

Se quedó en silencio y miró a Robert con vacilación. Robert tomó las riendas del relato.

-Al principio, María se negó a decirle a su familia el nombre del padre y la enviaron a París con su tía, como ya os ha dicho. Habían planeado dar al niño en adopción, pero en cuanto María lo vio, supo que no podía hacerlo. Y además, Roberto sería el heredero del imperio del vino de la familia Lorenzo, y su padre anhelaba tener un nieto varón... -Robert miró a Steven con una media sonrisa-. ¿Te das cuenta, hermano, de que la familia de María es mucho más rica que la nuestra? Si le estuviera ofreciendo casarme con ella para mantener esta insignificante herencia, sería un insulto...

-Robert, por favor -dijo María en voz baja.

-De modo que, finalmente -concluyó Robert-, María se enfrentó con su padre y éste le exigió que viniera en mi busca para averiguar qué pretendía hacer en relación a este asunto.

-¿Y qué pretendes hacer?

Robert tomó la mano de María y se la llevó suavemente a los labios.

-Casarme con ella, por supuesto.

-Y eso resuelve todos tus problemas, ¿verdad? -dijo Steven, incapaz de ocultar su amargura.

-No del todo. María se niega en redondo a criar a Roberto en este clima tan frío. Si quiero a mi hijo, y a mi encantadora María, estoy obligado a vivir en España y a aceptar la oferta de su padre de asociarme con él en el negocio de la familia para asegurar la herencia a Roberto. La vida no es fácil, ¿verdad, hermano?

Lauri no pudo dar crédito a la burla en su voz, y vio que Steven

cerraba los puños. Entonces, Robert habló con irritación.

-Por el amor de Dios, Steven, deja de poner cara de indignado. Al menos, María cree en mí, y sí, tenemos la intención de casarnos lo antes posible. Y yo me propongo cederte legalmente toda mi herencia y librarme de ella. El astillero nunca fue de mi agrado, de todas formas, y disfrutaré frustrando los intentos de manipulación de nuestro padre. Tenemos intención de ir a ver al abogado hoy mismo, y cuanto antes dejemos todo legalizado, mejor. Estoy ansioso por volver a España y ver a mi hijo. ¿Qué te parece, hermano? ¿Trato hecho?

Lauri supo que Steven no podía ser tan grosero como para rechazar aquel pacto y, minutos después, la pareja se fue y ella y Steven se quedaron a solas. La rodeó con sus brazos en silencio durante unos momentos y luego la miró a los ojos y habló con voz ronca.

-De modo que ya está casi todo arreglado. Lo conozco lo bastante bien como para saber que no se echará atrás, especialmente con todo lo que podría perder en España. Robert ha conseguido lo que realmente quería, pero yo creo que los dos hemos ganado, porque yo también tengo casi todo lo que siempre he querido.

-¿Casi todo? -susurró Lauri, sintiendo que el corazón le latía con fuerza. Tenía miedo de confiar en que Steven estuviera a punto de decir lo que ella quería oír.

-Casi -continuó-. Estoy seguro de que la familia de María organizará una boda por todo lo alto en España. Robert debe casarse cuanto antes, porque querrá estar con su esposa y su hijo. Tú y yo no tenemos tanta prisa, pero seré el invitado principal por parte del novio y me encantaría asistir a la boda acompañado de mi prometida.

-No tienes una prometida -dijo Lauri.

-Pero la tendré si dices que sí -su voz se hizo más intensa, llena de pasión-. ¿Quieres casarte conmigo y vivir a mi lado el resto de nuestras vidas, mi querida Lauri? Te juro que me volveré loco si me rechazas.

-Bueno, no podría soportar que enloquecieras, así que será mejor que diga que sí, ¿no crees? -dijo con voz ahogada. Una voz que fue silenciada con un beso largo y prometedor.

***Fin***